This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 304 391

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

790
M645
t v. 2

TRILOGÍA TAURINA

Pascual Millán

TRILOGÍA TAURINA

SEGUNDA PARTE

EN LA PLAZA

Ilustraciones de SÁNCHEZ SOLÁ

MADRID.
GINÉS CARRIÓN, IMPRESOR
Calle de la Verónica, 13 y 15.
1906

PRESERVATION
COPY ADDED
A/F 12/04/90

ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIV. OF CALIFORNIA

AL SALIR LAS CUADRILLAS

AL PUEBLO DE VALENCIA

Dedica este proemio

El Autor.

I

ALLÁ por el año 1865 (ya lo dije en otra ocasión), vivía en la calle de la Aduana, en un inmueble de su propiedad, el concienzudo é inspirado compositor de música religiosa, D. Urbano Aspa.

Ocupaba el último piso de la misma casa D. Luis Ferrant, excelente pintor

442827

de historia—como entonces decíamos—y padre político de Alejandro Ferrant, artista este que, andando el tiempo, había de ser una gloria de España.

Las familias de ambos puede decirse que formaban una sola (tal era su amistad), y ya en casa del músico, ó bien en el estudio del pintor, nos reuníamos unos cuantos mozalbetes que sólo nos separábamos á las horas de comer y dormir.

Eramos, todos, entusiastas de las bellas artes, no perdíamos función en el Real, ni concierto en los Campos Elíseos, y sabíamos *ce* por *be* las obras que tenían entre manos Casado, Domínguez, Haes, Luis Madrazo, Mercadé, Palmaroli, Sans, Rosales, Bellver y Vallmitjana, todos los cuales *se las traían*, como ahora decimos.

Muy cerca de allí, y en la misma calle—durante la temporada de toros—se hospedaba el *Tato*, y en la casa de enfrente el *Gordito*, los dos rivales que traían alborotada á la afición y gozaban tanta popularidad como el general Prim, ídolo de las masas, emigrado por aquel tiempo, y á quien los que soñábamos con libertad y redención habíamosle erigido altares en nuestros corazones.

Los domingos y días de corrida animábase un tanto la calle de la Aduana, de suyo muy tristona, y nosotros, como muchachos, no quitábamos los ojos de la casa en que vivían los matadores, esperando el momento de verles salir con sus trajes de luces, montar en el coche, saludar con la mano á los vecinos y desaparecer por la angosta calle de Peligros, en dirección á la de Alcalá, hasta donde los seguíamos, corriendo, por admirarles unos instantes más.

Y hablábamos de ellos, y leíamos lo que al día siguiente decían los periódicos, y nos interesábamos por uno ú otro, según las simpatías que nos inspiraban, y éramos *tatistas* ó *gordistas* sin haberles visto torear, y hablábamos de toros constantemente, y nos íbamos al *tendido de los sastres* á ver sacar las reses muertas, hundiendo nuestras miradas en el circo mientras duraba la operación del arrastre—durante la cual se abrían las puertas de la plaza,—envidiando á los que estaban dentro.

Entonces, y viendo el espectáculo por su lado artístico, se desarrolló en nosotros la afición á los toros, una afición loca, ardiente, frenética, llegando el caso de sustituir los cartones de la

Aduana—juego que distraía nuestros ocios durante la noche,—por otros cartones taurinos, que dibujó Alejandro Ferrant, en los cuales á la Aduana reemplazó una plaza de toros, al martillo un torero, y á la campana un picador.

Entonces pintó Ferrant sus primeras acuarelas taurinas, y entonces comencé yo á coleccionar libros, periódicos y revistas de toros, la lectura de los cuales era mi mayor deleite.

Pero jamás se me ocurrió escribir sobre tal materia: lo hice de arte y de literatura en varias publicaciones; mas no quise abordar la crítica taurina, porque juzgaba punto menos que imposible reflejar en el papel las impresiones de la corrida, pintar un grandioso espectáculo, en que el arte, el valor, la hidalguía, la luz, el sol, los colores, la animación, la belleza, formaban un cuadro que se empequeñecía y perdía sus encantos al describirle.

A mi juicio, cabía criticar las obras de arte; podía hacerse una revista musical; podía juzgarse al cantante en el desempeño de una partitura, al actor en la interpretación de un drama: para eso bastaba ser inteligente en la materia y saber escribir. Si un Raul, *verbi gratia* (cito este personaje, porque *Los*

Hugonotes era entonces para nosotros la última expresión del drama lírico), cambia ciertas notas por no tener seguridad en ellas; si suprime algunas frases por la misma razón; si transporta aquí y desafina allá; si hace de la atrayente figura creada por Scribe un tipo ordinario, un gritador de zarzuela, un hugonote incapaz de inspirar cariño, no ya á Valentina, pero ni á la última fregona de su tiempo, la censura es fácil, la zurribanda convence y la crítica cumple su misión con perfecto conocimiento de causa. Está allí la partitura, que dice lo que ha de cantarse; está el libreto, que marca al artista su papel y la manera de representarle; está la historia, que pinta la época en que se fija la acción y no puede mudarse á capricho: cabe, sí, que el artista lleve algo personal, algo suyo, á la interpretación de la obra; pero siempre dentro de un marco imposible de cambiar: Raul será siempre Raul; nunca Vasco de Gama ni Juan de Leyden.

Pero en los toros, la crítica me parecía imposible. En una corrida no hallaba nada fijo, nada estable, nada sujeto á reglas; lo que del lidiar se ha escrito resultaba letra muerta llevado á la práctica. *Pepe-Illo* publicó un tratado de

torear por el que ningún torero debía perecer en la arena, y él mismo desmintió con su muerte aquellas teorías. Montes suscribió el libro más completo que sobre la manera de torear existe, y un toro le obligó á retirarse de la plaza.

No, no creía posible limitar la acción de un torero en el redondel, encerrarle dentro de un círculo de reglas. Tanto valdría poner puertas al campo.

En la lucha con la res, todo me parecía hijo del momento: la intuición, las condiciones personales, el estado del ánimo, la superstición, muchas veces, determinaban el éxito ó la derrota.

Hacer la reseña de una corrida de toros cual se hace una revista de teatros, me parecía absurdo. ¡Cómo! ¿Podía sujetarse á patrón aquel embestir de la fiera impetuoso, instintivo, terrible; aquel agitar el engaño burlando la acometida; aquel drama sangriento donde la muerte se cernía entre los reflejos del sol al herir las doradas lentejuelas?

¿Era dable reglamentar lo imprevisto, lo accidental, lo que surgía de un instantáneo impulso del arte ó de valor?

Y aun reglamentándolo ¿cómo discutirlo más tarde? El libro, el cuadro, la estatua, perduran como materia de discusión; pero el grupo del hombre y la

fiera se borra apenas bosquejado, el toro muere y la discusión es baldía; se entabla sobre cosas que ya no existen. De aquí la divergencia de los aficionados tratándose de suertes verificadas en una corrida: éste califica de *baja* y *tendenciosa* la estocada que aquél tiene por inmejorable.

Y mientras eso ocurre, el único que podía mostrar dónde la recibió, el toro, se halla ya comido y digerido, quizá, por los mismos que discuten su muerte.

Por eso rehuso tenazmente las discusiones sobre *re taurina*. Escribo lo que me parece y dejo al público que juzgue, sin dárseme un ardite cuanto puedan decir los que de los toreros viven y las migajas de su mesa recogen: especie de pordioseros sin asilo que, de concedérselo, habría de edificarse entre la cárcel y el manicomio.

Con aquellas mis ideas sobre crítica taurina, consideraba difícil, si no imposible, que llegase á hacerla. Pero (y aquí del refrán) «nadie puede decir de este agua no beberé»; yo que ninguna sed tenía, hube de convertirme en hidrópico.

En 1880 se fundó *El Manifiesto*, diario zorrillista, periódico de ideas que venía á defender las revolucionarias,

mantenidas con tanto brío por el emigrado en París.

Había un no sé qué de romántico, en aquella publicación, por demás sugestivo. Desde el director hasta el último de los redactores, soñábamos con la revolución, ansiábamos ver las calles llenas de barricadas y contemplábamos con deleite aquella pintura, de la época romántica, en la cual junto á mesas rotas, sillas desvencijadas y colchones agujereados—que sirvieron de baluarte—se halla muerto un joven vestido elegantemente: á su lado está el alto sombrero que las balas arrebataron de la cabeza al herirla; sobre los hombros descansa una larga cabellera rubia, rizosa y bien cuidada. Aquel mártir de la idea no era un paria: era un escritor notable que, llegado el momento, sabía defender á balazos lo que su fe vacíara en las cuartillas.

También nosotros, jóvenes la mayor parte, nos sentíamos dispuestos á sacrificar nuestras vidas por la República. ¡Cómo no! si al lado de Ruiz Zorrilla se agrupaba lo más honrado, lo más valioso, lo más independiente del país!

¡Quién había de decirnos que los aduladores de D. Manuel, los que mayor cariño le manifestaban, irían al po-

co tiempo á servir á la realeza, humillándose á sus pies, doblegándose con lacayuna ruindad, pordioseando un mendrugo de aquellas gentes á las cuales habían injuriado sin respetar siquiera su atendible indefensión de caídos!

¡Cómo habíamos de sospechar que los que alardeaban de patriotas, de republicanos, de antiborbónicos, quienes se llamaban hijos de la revolución y solo por la revolución vivian, habían de traicionarnos haciendo añicos su dignidad, su nombre, su decoro, sirviendo de comparsas odiados allí donde pudieron ser primeras partes aplaudidas, viendo siempre en sus manos, como Lady Macbeth, la mancha que los fusilados por sus predicaciones habían impreso!

¡Ah! si algún día España es dueña de sus destinos, si llega un momento en que pueda liquidar la catástrofe del 98 —á que nos llevó aquella chusma de traidorzuelos—¡cuánto hay que hacer aquí briosamente para vengar á los muertos y convertir en hombres á los vivos!

No; no podíamos sospechar lo que iba á ocurrir; juzgábamos á los demás por nosotros y todos nuestros esfuerzos en pro de la causa nos parecían mezquinos.

Escribíamos gratis el periódico; en él poníamos nuestra alma toda; los que teníamos medios de vida, además de redactores sin sueldo, éramos accionistas, y por cumplir como tales, prescindíamos no pocas veces de lo necesario. Aquella publicación era para nosotros un pedazo de nuestro ser, la mimábamos como se mima al hijo débil que se nos mete en el corazón y allí echa sus raíces.

Si nos hubieran dicho que el periódico necesitaba hacer fortuna, vivir espléndidamente y con él nosotros, hubiéramos protestado. ¡Vivir de *El Manifiesto!* ¡Medrar á su costa! ¡Qué desatino! Le queríamos pobre. ¿No era un apóstol de la verdad? ¿No venía á luchar entre los humildes contra los poderosos? Pues debía sufrir su suerte amarrada á la de sus redactores.

Todos poníamos nuestra voluntad, nuestra imaginación, nuestras energías al servicio del diario: quien más hacía se consideraba más padre de aquello que debía vivir por el amor de todos.

***

Entre las secciones del periódico debía figurar la taurina: en un diario po-

pular era imprescindible; de suprimirla, hubiérase roto con la tradición del partido progresista, ya republicano sincero, una vez convencido de que la democracia es incompatible con la monarquía. Había, pues, que dedicar cierto espacio á una fiesta, encarnada por tal modo en nuestras costumbres, que formaba parte de la vida nacional, y yo fuí el encargado de las revistas de toros. Sólo en aquellas circunstancias y por *nuestro* periódico me decidí á sacrificar mis convicciones: únicamente la idea de que se tomase por egoísmo y despego á *El Manifiesto* lo que era desconfianza en las propias aptitudes, me obligó á ser crítico.

En sus comienzos fuéme el trabajo muy penoso. De asistir á la corrida como espectador, á presenciarla como crítico en funciones, había una inmensa distancia. Antes, era dueño de mi voluntad; hablaba con quien me parecía; aplaudía cuando las faenas me gustaban y silbaba, á todo pulmón, si la brega no iba á mi gusto; discutía con quien se prestaba á discutir; miraba al ruedo, sin perder detalle, en las ocasiones solemnes, y distraía mi atención, mirando á las buenas mozas, cuando en el redondel «actuaba» algún torero de pan lle-

var y el infeliz tenía el santo de espaldas.

Ahora no era dueño de mi albedrío, sino esclavo de la fiesta; debía analizarlo todo, escudriñarlo todo, fijarme en todas las minucias; lo que otras veces pasaba inadvertido, tenía ahora su valor; no podía distraerme un momento ni hablar con nadie durante la lidia: el lápiz trazaba sobre las cuartillas notas y más notas, sin descansar un segundo; primero citaba la suerte tal como yo la viera, luego venía la apreciación, y ella reflejaba toda la vehemencia de mi carácter.

Había tomado mi papel en serio; quería que los lectores del diario zorrillista supiesen la verdad de lo ocurrido en la plaza, y á fin de que en las horas que mediaban entre la corrida y la confección del periódico no pudiese modificar mis impresiones, las escribía en el circo, á raiz del suceso, tal y como entonces me pareció, tratando de copiar el natural, como un paisista lo hiciera con los colores. Y terminada la corrida, tras una angustiosa labor en que la imaginación, los nervios, la voluntad, las simpatías, el deber, reñían fiera batalla, de la cual salía el cuerpo destrozado, tenía que ir á la re-

dacción, ordenar aquellos apuntes y darles alguna forma literaria para servirlos al público.

Afortunadamente no sembraba en estéril terreno; los lectores se encariñaron con aquellos escritos, y si no podían ver el trabajo y la fuerza de voluntad que representaban, apreciaron la verdad que en ellos resplandecía, y muy pronto tuve mi público, victoria más difícil de conseguir de lo que á muchos les parece.

Poco á poco, el hábito vino haciendo menos ardua la tarea, y lo que fué en sus comienzos deber penoso, llegó á constituir un *sport* agradable, casi casi una necesidad del espíritu: ya, me hubiera sido espinoso asistir á una corrida como simple espectador; fuera para mí un suplicio ver en el ruedo algo cobarde, antiartístico, contrario á la grandiosidad de la fiesta y no poder decir en letras de molde: «Lo que hizo Fulano ó Perengano es repulsivo; vestir el traje de luces, llamarse lidiador, aspirar á los triunfos de todo género que el arte proporciona y huir vergonzosamente ante un cornudo, no tienen nombre; portarse como una tímida mujerzuela delante de 13.000 espectadores, indica un enervamiento imposible en un

espectáculo basado en el valor y el desprecio á la vida.»

Sentir esto y callarlo, viendo tal vez que alguien. por escrito, lo aplaudía ó disculpaba, hubiera sido un sacrificio superior á mis fuerzas.

Además, habíame convencido de que lo que yo juzgaba un imposible no lo era; que algo existía para fundamentar los juicios; que si no se edificaba sobre cimientos sólidos, en tierra firme, se construía sobre emparrillados de madera, y así levántanse también edificios que duran muchos años.

En el ataque violento, instintivo, vertiginoso de la fiera, había un algo que podía clasificarse y estudiarse. Ya lo hicieron otros; ya habían dividido á los toros en clases; ya nos dijeron que así como los habitantes del planeta solo forman un reducidísimo número de temperamentos, bien conocidos en la ciencia, así también todas las reses bravas solo tienen un más reducido número de temperamentos, analizado por críticos y naturalistas serios, y cada una lucha con arreglo al suyo.

Venía, por remate de cuentas, á pararse en esta concreta y filosófica definición del toreo, que con toda su sal andaluza daba *Lagartijo*:

«El toreo es muy sensiyo: Se pone osté delante der toro; viene er toro y se quita osté: no se quita, pues le quita á osté er toro. Y ya está».

Hay, pues, un principio fijo, inmutable, ineludible con todas las clases de toros y todos los temperamentos de lidiadores: quitarse cuando el bruto viene, para no salir quitado (y tal vez muerto) por él. Y en esa manera de quitarse, donde encajan todas las gallardías de la persona, todos los refinamientos de la estética, todos los impulsos del valor, todas las iniciativas individuales, todas las inspiraciones del momento; en ese modo de burlar la acometida, donde se revelan los creadores, los genios de su profesión, los que llevan al arte la nota personal y el reflejo de su especialísima idiosincrasia, se fundamenta el toreo.

No, no puede éste ser enseñado; sólo un imbécil como Fernando VII se atreve á establecer una oficial escuela de tauromaquia.

No se enseña á torear; mas puede aprenderse el *a b c* del oficio, y eso ya es una base.

Con ella; con la clasificación de los toros por sus condiciones; con el re-

cuerdo de lo que las grandes figuras del arte hacían, según los casos; con los escritos de hombres serios y de indiscutible autoridad; con la mirada siempre fija en la estética, juzgándolo todo bajo el prisma del arte—ya que sólo por él resulta atrayente y fascinadora una lucha que lleva consigo regueros de sangre y espuertas de inmundicia—podían hacerse revistas de toros y contribuir con ellas á la cultura y educación del país.

Además, en las revistas de toros, había ancho campo para todas las cuestiones; su estilo prestábase á todos los atrevimientos imaginarios; á veces se empleaba un lenguaje picaresco que no tenía—si así vale decirlo—patria ni hogar, y que el público leía con encanto; alternaba la prosa con el verso; mezclábase lo mortificante y lo encomiástico, el alfilerazo y la caricia; allí podía tratarse cualquier asunto; política, artes, ciencia, literatura, todo encajaba en aquellos trabajos de *re taurina*. ¡Cuántas veces pasaron inadvertidos ciertos ataques, á cosas y personas, que fuera de allí hubieran motivado la denuncia del periódico y el encarcelamiento de su director! Pero allá ¿quién se metía con una chirigota, dicha en un argot

especial, que se escurría fácilmente por las mallas del Código?

¡Ay! en veinticinco años ha cambiado mucho la forma de aquellos escritos que hicieron populares *La Señá Pascuala, Sobaquillo, Sentimientos, El Alguacil,* y tantos otros que, á tener hoy la misma edad é idénticas aficiones, no producirían, seguramente, tan hermosos trabajos; porque si un Rafael y un Salvador podían inspirarles, no cabe inspiración ninguna ante esa torería, que empieza por no saberse vestir y acaba ignorando cómo se coge el capote.

II

Antes de ir más allá, cúmpleme decir cuatro palabras sobre el estado del toreo en ese largo período que empieza en 1865 y termina con los últimos años del siglo XIX.

La primera figura que viene á mi memoria es la de Cayetano Sanz, aquel torero fino, elegante, distinguido, con sus patillas negras, su color pálido y su porte de aristócrata. Era madrileño, había nacido en los barrios bajos y contaba con la admiración, no sólo de aquellas gentes de humilde esfera, entre las cuales se criara, sino con la de la más alta sociedad.

Sus aventuras amorosas fueron la hablilla de los desocupados. Estos, en el prurito de endiosar al mozo, barajaban con su nombre los de muchas damas del gran mundo, y á seguir en su fantasía á los propaladores de ciertas

especies, habría que dar al matador un sitio en el Romancero ó un lugar preferente en los libros de caballerías.

Pero dejando á un lado las historias amorosas, muy comunes en los lidiadores—y aquí fuera de sazón—es lo cierto que Cayetano tenía entrada en todas partes, que se buscaba su compañía y que como un honor se la consideraba.

Quien le haya visto en sus últimos tiempos, fatigándose á la menor carrera, tosiendo incesantemente, volviendo la cara al meter el brazo, dejando el estoque á la mitad del viaje, no podrá concebir que aquel hombre luchó, nada menos que con Montes y Redondo, allá por los años de 1850.

Y es que Cayetano llegó á sus postrimerías de lidiador conservando la afición á los toros, el deseo de salir á la arena, de bregar con las reses, sin tener en cuenta que el tiempo desmoronaba un cuerpo lleno de cicatrices, quitándole por momentos el vigor y la resistencia, que iban á refugiarse en el espíritu, engañando á la voluntad.

Y aun entonces, cuando un toro no venía «por el dinero de la corrida», Cayetano lo lanceaba de capa y lo pasaba de muleta poniendo cátedra,

asombrando á las nacientes estrellas, á los que subían al pináculo, á los que sabían dar grandes estocadas, llevándose de calle al público.

Nadie, absolutamente nadie, manejó el capote como Cayetano; nadie toreó con tanto aplomo, con tanta holgura, con tanta distinción. Regateáronle sus méritos como espada: no existió quien le discutiese como torero.

***

Haciendo contraste con la figura de Cayetano, estaba la de Manuel Domínguez, hombre de hierro, con un corazón que no le cabía en el pecho, y energías capaces de lidiar á toda una vacada junta.

Vicisitudes de la suerte lleváronle á América. Allí, en su lucha por la vida, fué de todo: soldado, matador, guajiro, baratero entre los matones, jefe de cuadrilla, industrial, negrero, y en todas partes se impuso por su temple, mirándosele con respeto: *el bravo señor Manuel* era el terror de la gente maleante; nadie se atrevía á levantar la voz donde él estaba.

Nunca fué torero; pero como matador, ninguno más valiente. No entendía de filigranas; los adornos, las

posturas, los desplantes más ó menos artísticos, no rezaban con el; pero á parar, á dejar venir al toro hasta los pliegues de la muleta, á esperarle á pie firme, á hundir todo el estoque sin moverse, como si aquella mole que avanzaba fuese una inmensa burbuja que iba á desvanecerse al contacto del acero, á eso nadie le ganó. En él únicamente pudieron admirar cómo se recibían toros á conciencia los neófitos de entonces.

***

Venía luego *Curro Cúchares*, simpático, atrayente, generoso, liberal, sin ninguna cultura, pero con más *caídas* que un clown: sus dichos se celebraban por doquier; su toreo no le debía nada á nadie: era suyo, suyo exclusivamente. Discípulo de la famosa academia sevillana, diríase que puso *Cúchares* especial empeño en desacreditarla, haciendo todo lo contrario de lo que allí aprendió. Bullía incesantemente, sin cuidarse de lo que hacían los otros; él iba á lo suyo; no había suerte que se le resistiera; para todas tenía un tranquillo, un algo de su invención. ¿Era serio? ¿Era artístico? ¡Bah!, eso no le importaba; lo hacía sin riesgo de su persona, y... aquello era torear; lo de-

más, entregarse á los toros sin saber el oficio. Ya se lo dijo á su hija cuando iba á casarse con el *Tato*: «Mira que tós los toreros no son como tu padre, que dice güervo, y güerve; los otros vienen en camiya ú por los hilos.»

Nadie como él logró apreciar desde el primer momento lo que *se traían los toros*, y con arreglo al *huéspede* (una de sus frases) preparaba la comida. Así pasó treinta años de espada sin tener una avería seria, sin disgustos en la plaza, querido de todos, hasta de los críticos más atrabiliarios, que le dispensaban su toreo burdo, de tranquillos, *ventajoso,* en gracia á la mucha que tenía aquel hombre tan bueno.

***

Cuando yo debuté, como aficionado á toros, en aquella época en que aún se hacían barricadas en las calles y los conspiradores se jugaban la vida de verdad, los tres diestros antes dichos estaban en el ocaso; ya no iba el público á la plaza solo por verles, y si ellos no arrebataban, mal podían hacerlo los *Salamanquino*, Suárez, Ponce, Mora y otros que durante su vida torera se limitaron á *montar la guardia.*

Entonces el *Tato* y el *Gordito* eran

los héroes populares, los ídolos de la multitud; por ellos se iba á los toros; ellos absorbían la atención de las gentes; ellos traían revuelta á la afición, llevando al ruedo aquel calor y aquel espíritu de lucha que se cernía en el ambiente, obligándonos á todos á tomar partido por algo ó por alguien, sin mirar nunca dónde se hallaba el interés, sino dónde nos empujaba el corazón.

Las rivalidades entre el *Tato* y el *Gordito* estaban en su período de crecimiento, si bien no habían llegado á la mayor altura: todavía en el ruedo se guardaban las formas; aún no se habían enconado las pasiones; aún se respetaban, mirándose como compañeros, los individuos de ambas cuadrillas. Los dos matadores *daban* lo *suyo*, los dos procuraban quedar mejor; el *Tato* encastillándose en el volapié, aquel volapié *en las tablas,* buscando al toro en su querencia, donde pesaba más, metiéndole la muleta en el hocico—convertida de puro liada en banderola de guardabarrera—y vaciando con el cuerpo, según decía *Curro Cúchares*. ¡Tan poca era la salida y tan estrecha la reunión!

Cuando el toro caía hecho una pelota y el matador saludaba al público con aquel ángel que Dios le diera, estallaba

una tempestad de aplausos, llenábase el ruedo de cigarros y la ovación no concluía hasta muy entrada la lidia del toro siguiente.

Y el *Gordito*, que no podía competir con su tocayo en lo de matar, apelaba al toreo efectista, de adorno, de gracia y también de mérito, ¡quién lo duda! Sentado en la silla, con un par de rehiletes cortos en la mano citaba al bruto, le dejaba llegar, y en un espacio donde casi era imposible hacer suerte quebraba, plantando las banderillas al toro y saliendo tranquilamente, mientras el animal se cebaba en la silla, la cual quedaba hecha añicos. Y la ovación al colosal banderillero era idéntica á la obtenida anteriormente por el colosal matador.

Cuando recuerdo aquella asombrosa manera de parear quebrando y oigo ahora á un Fuentes, nada menos, que el tal quiebro no existió, que no es posible hacerle como lo explicamos los que le vimos, siento tal conmiseración por la actual torería, la estimo en tan poco que, comparando tiempos y tiempos, digo con la convicción más profunda: «El mejor de los toreadores actuales no hubiera servido ni para mozo de estoques de aquellos toreros tan grandes».

Entonces, repito, la competencia en-

tre los dos Antonios no rebasaba el límite de lo correcto. Fué en el año 1868 cuando las pasiones se desbordaron, cuando vino la lucha encarnizada, cuando cesó todo respeto y toda conveniencia, agrediéndose en la calle los individuos de ambas cuadrillas, provocando la prensa andaluza á la madrileña de tal modo, que lejos de favorecer al *Gordito*, sus paisanos echáronle encima al público de nuestra plaza, y Carmona fué completamente derrotado.

Al año siguiente (1869), sufrió el *Tato* la desgracia que todo buen aficionado conoce. En la media corrida celebrada el 7 de Junio por la tarde (hubo otra media por la mañana), para solemnizar la jura de la Constitución, el cuarto toro, *Peregrino*, de la ganadería de D. Vicente Martínez, hirió al espada en la pierna derecha, siendo necesario amputársela á los pocos días.

Aún recuerdo la tarde de Octubre de aquel año, en la que se jugó una corrida extraordinaria á beneficio de Antonio Sánchez. Este y su cuadrilla salieron á la plaza en una carretela descubierta: el público hizo al infortunado diestro una ovación delirante; aquel hombre valiente entre los valientes, lloraba como un niño; el *Cuco,* su bande-

rillero predilecto, no podía contener el llanto, y entre los espectadores veíamos muchos ojos enrojecidos, á los cuales se asomaban las lágrimas, y gestos de inmensa pena ante el infortunio.

No lo cabía más grande para el *Tato:* en lo mejor de su vida, en el apogeo de su gloria, con todos los públicos de su parte, querido, mimado, ensalzado, debía forzosamente abandonar la arena y retirarse. ¿A disfrutar de sus rentas? ¿A gastarse alegremente lo adquirido en la profesión? ¿A convertirse en un burgués adinerado? No; á sufrir hambre y privaciones, á vivir miserablemente, á servir un destino en el matadero de Sevilla, sin el cual tal vez hubiese implorado la caridad pública aquel mozo arrogante, que atraía sobre sí las miradas de España entera; aquel hombre que con su tez blanca, su ensortijado pelo, su rico vestir y sus deslumbrantes joyas, traía á mal traer á casi todas las damas de la Corte. Era torero, reunía las típicas condiciones del Tenorio popular, esas, sin las cuales, el lidiador nada vale, ni significa, ni representa; sólo queda en él una vulgar figura, un hombre zafio que vive como puede de su oficio.

El *Tato*, á los veinte años, próxima-

mente, de espada—pues comenzó estoqueando reses siendo un chiquillo—no tenía para vivir: cualquiera de estos *icos, illos* de la moderna torería á quienes el santo les venga de cara un poco tiempo, compran—lidiando chotos—tierras, cortijos, títulos de la Deuda... ¡Y hábleles usted de vergüenza torera, de romanticismo, de rumbo, de condiciones típicas! ¡No se reirán poco!

III

Muerto *Curro Cúchares*, inutilizado el *Tato*, afligido el *Gordo* y perdiendo de día en día facultades Cayetano Sanz, el toreo hubiera sufrido una profunda crisis á no surgir las incomparables figuras de Rafael y Salvador.

Ellas dieron nuevo impulso al espectáculo, engrandeciéndole hasta lo indecible y prestándole tal vida, que su época marca indudablemente el apogeo de la fiesta de toros.

El año 1865 tomaba la alternativa Rafael; en 1867, Salvador.

Desde el primer momento vino la competencia entre aquellos dos mozos que se disputaban el favor del público; pero una competencia noble, grande, la cual no entibió nunca el cariño sincero que ambos se profesaban, no obstante el decidido empeño de sus amigotes—más papistas que el papa—en enemistarles. Comenzó la lucha en

Granada, la tarde del 11 de Junio de 1868 (segunda corrida en que toreaban juntos Rafael y Salvador), y tales cosas hicieron, que el Presidente los llamó á su palco «y les amonestó para que se ajustasen á la lidia tal como la recomienda el arte» (1).

El público de Madrid infundió siempre á los lidiadores más respeto que el de provincias, así es que en nuestra plaza no se arriesgaban los dos rivales á salirse de sus casillas. Pero comenzó la prensa á llorar al *Tato*, llegó para este diestro la hora terrible de las alabanzas, y entonces *Lagartijo* y *Frascuelo*, creyéndose en cierto modo preteridos, siguieron en Madrid, aunque no con tanto empuje, la lucha entablada en provincias.

En la tarde del 19 de Septiembre de 1869 se rompieron abiertamente las hostilidades. *Frascuelo* se agarró á los cuernos del toro, y con asombrosa tranquilidad deshizo un nudo que retenía al animal enredado en la brida de un penco. Después, al banderillear, pidió una silla, cometiendo tal serie de atrocidades antes de clavar los palos, que

---

(1) *El Mengue*. Año II. Núm. 11.

por un momento hubimos de pensar si aquel mozo había perdido la razón.

Lagartijo, por su parte, luego de una horrible tarascada—de la cual salió con vida gracias á Salvador que, montera en mano, se interpuso entre el compañero y la fiera—sin inmutarse lo más mínimo «volvió al toro, colocó nuevamente el pañuelo en el suelo, clavó en él los pies y citó. El bicho arrancó como una bala, y Rafael, sin moverse absolutamente nada, quebró de cintura y colocó un asombroso par en las péndolas» (1).

Tomen de esto buena nota Fuentes, *Bombita é altri tanti*, para que cuando hablen con quienes lo vieron hacer, no se pongan en ridículo, negando que existió, solamente porque ellos no tienen condiciones para imitarlo.

Siguió la rivalidad entre *Lagartijo* y *Frascuelo,* cada vez más acentuada, más tenaz cada día, pero siempre con igual nobleza, con el mismo espíritu caballeresco. Se entregaban á los toros; llegaban á lo increíble en punto á temeridad; su vida fuera de la plaza era un suplicio; querían verse allí, entre su

---

(1) *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo.*

público, luchando incesantemente, disputándose las palmas en buena lid y anhelando la ocasión de arriesgar su vida en pro de la de su contrario.

Por eso Rafael, en aquella memorable corrida en que *Frascuelo* salió á lidiar gratis y hallándose plenamente inutilizado de una pierna, al ver que aparecían los mansos para un toro con el que humanamente no podía su lesionado compañero, se rebeló contra el presidente, cerró el paso á los cabestros y procuró, aun á costa de una seria avería, que el toro se echase por evitar á *Frascuelo* la afrenta de la media luna.

Así luchaban aquellos hombres, y tal lucha, agigantada por el tiempo y ante las ruindades de ahora, preséntase á nuestra mente con los caracteres de epopeya.

Lagartijo y *Frascuelo* cada día se querían más, aunque así no lo manifestasen, por no aparecer débiles ante la turba de sus oficiosos amigos.

—¿Con quién torea usted más á gusto?—le preguntaban á Rafael.

—Con Salvaor—respondía sin vacilar.

—¿A quién prefieres de compañero en la plaza?—decían al *moreno*.

—A Rafael: eso ni que decir tiene.

Y cierta tarde, en el café de la Marina de San Sebastián, un gomoso, que por adular á *Frascuelo* se permitió zaherir á *Lagartijo,* oyó esta réplica de labios de Salvador: —«Sepa usted que ese hombre es el mejor torero que ha parío madre».

Epoca la más grandiosa de la tauromaquia, en la cual los lidiadores buscaban el aplauso, la gloria, la popularidad, las simpatías del público, la consideración de las gentes; y salían á la plaza estando enfermos, y buscaban los toros más grandes, y trabajaban gratis para los pobres, y se negaban á lidiar reses desmedradas, llegándose á suspender una corrida porque los seis toros enchiquerados eran indignos de unos espadas que en tanto tenían su reputación y su nombre.

En aquella asombrosa lucha Rafael obtenía fácilmente las palmas del público; su artística figura, su gracia, su modestia, su *ángel*—que no tuvo rival—le hacían rey y señor del temido monstruo. *Frascuelo* debía entregarse á los toros, ganar á pulso los aplausos, como si al llegar una corrida las gentes olvidaran lo que hizo en las anteriores y cada tarde fuera para él la del debut.

Esto irritó al espada y lo alejó de la

plaza de Madrid. Por su propia voluntad estuvo ausente cuatro temporadas. Al regresar después, la competencia entre los diestros no existía, el calor de la lucha habíase extinguido. Solo quedaban los rescoldos de una gran hoguera.

Entonces se inició la decadencia en el toreo. Rafael había ya recurrido á su medicina del *paso atrás*, y se la administraba diariamente. Pero no se contentaba con ella: ya no se arrancaba derecho como en sus grandes días, sino cuarteando, pocas veces llegaba con la mano al pelo del morrillo, y ya había inventado el sistema de herir bien entrando mal. No era aquel *Lagartijo* que, según confesión propia, *estaba más tiempo en el aire que en el suelo:* ahora tenía todas las probabilidades de acabar la brega sin desavíos, por muy ladrones que fueran los toros lidiados.

Frascuelo, por su parte, ya no contaba con la resistencia de los veinte años; las corridas habían minado aquella naturaleza de bronce. ¡Y á él no le era permitido reservarse! Vivió siempre obligado á ganar las ovaciones á pulso, entregándose constantemente á los toros. Y como ellos son los que más pueden, todo el coraje del diestro, todo su

amor propio, todo su afán de cumplir, se estrellaban á veces contra el imposible.

Cierto que aún tuvieron tardes magníficas; cierto que uno y otro se hicieron desear ausentándose temporalmente; cierto que todavía entusiasmaron al público—aun al que los vió en la cúspide;—pero ya no eran lo que fueron, ya no enloquecían á las masas con la incomparable lidia de otras épocas; vivían de su nombre, sosteníanse por el impulso adquirido, por las simpatías conquistadas. Estas eran tales, que había afán de aplaudirles á toda costa, de animarles, de hacerles ver que no se olvidaba fácilmente su brillantísima historia.

Y ellos continuaban siendo las primeras figuras en la arena. Las demás quedaban en la penumbra. Ni *Currito*, aquel gran torero que cuando quería ningún otro poníasele delante—pero que desgraciadamente para él y para el público quería muy pocas veces;—ni Hermosilla, que ansiaba llegar y no escatimaba su valor; ni *Cara-ancha*, muy querido de los públicos, que toreaba bien, banderilleaba perfectamente—adornándose como el más alegre de los banderilleros—y que llegó á intentar la suerte

de recibir; ni Angel Pastor, á quien teníamos como un pequeño Cayetano; ni el *Gallo*, torero excelente, aunque muy pobre matador, llegaron, no ya á eclipsar, pero ni á obscurecer á los dos antiguos rivales.

***

Por entonces surge un nuevo espada. No sale del matadero ni acaba de dejar, como otros, los útiles de un oficio: es señorito, Jefe de Estación; habla francés é italiano, viste el traje de sociedad, va de frac á la Opera, de smoking á las corridas, de levita á la calle; pasea en carruaje propio por la Castellana, busca la amistad de los artistas, de la gente de valer, y le tratan con intimidad muchos de los que más significan en nuestro país.

No se limita á torear; quiere ser empresario, ganadero, contratista de festejos, y eso le produce enormes boquetes en su fortuna, que ha de tapar bregando con las reses, viviendo de su profesión sin poder abandonarla cuando le acomode, sino cuando ella le permita retirarse con algo seguro para subsistir.

Luis Mazzantini, el que venía á destruir el tipo del torero como se le conoció hasta entonces, el revolucionario en

la indumentaria y las costumbres del lidiador, cayó mal entre ciertas gentes. Aquello—decían—no era serio, no podía admitirse; ya lo intentaron otros, ya se vistieron de levita y sombrero de copa y llevaron un apabullo que á poquito les cuesta caro. ¡Cómo! ¿Qué locura era aquella? Bregar en la plaza; mancharse de sangre y de inmundicia; salpicarse la cara con las rociaduras de intestinos desgarrados; oir soeces palabrotas; sufrir, si á mano viene, las groserías del que fué su cochero hasta la víspera, y enseguida vestirse de etiqueta para codearse con lo mejorcito de Madrid, eso no cabía en cabeza humana. ¿Cuándo lo hicieron Rafael y Salvador, aquellos ídolos en quienes todo fuera disculpable? Había que castigar al osado; era preciso bajarle los humos.

Y con esas intenciones iba al coso buen golpe de público, dispuesto á no transigir con Mazzantini. Pero tocaban á matar, se perfilaba nuestro hombre muy cerca de la cuna, liaba el trapo de verdad, se arrancaba derecho, con sangre torera, metía el estoque por las agujas, y entonces ya nadie se acordaba del señorito, del revolucionario, del que vestía el frac por la noche, la levita

por la tarde y el traje de sociedad á cada momento; se veía únicamente al matador que se estrechaba con la res y con enjundia la lidiaba.

Las ovaciones á Mazzantini eran francas, se aplaudía al matador con ahinco, y algo pesaría en el ánimo del público cuando Rafael hubo de decir en cierta ocasión:

—El italiano nos va á hacer apretar á Salvaor y á mí.

Les hizo; aquel italiano, como Rafael decía, luchó con los dos colosos y con ellos compartió popularidad y gloria. Y cuenta que nunca supo torear: trató de aprender, quiso sujetarse á lo que le decían los «maestros»; pero su nerviosidad echaba por tierra los buenos propósitos y su muleta le servió únicamente para defenderse, jamás para adornarse y transformar á los toros resabiados.

Fué, pues, Luis Mazzantini un excelente matador, que ha dejado su nombre entre las primeras figuras del toreo; fué un hombre de enérgico carácter á quien todos respetaban, y supo llevar al ruedo el orden y la seriedad necesarios en la fiesta de toros, si ella no ha de convertirse en inaguantable capea. Y por último, sus arriesgados quites á los

picadores conquistáronle una reputación que nadie ha intentado desmentir.

La pérdida de la compañera de su vida en tierra extraña, cuando Mazzantini se disponía á regresar á su país, hubo de afligirle de tal modo, que sólo se ocupó en llorar á la muerta, desoyendo los consejos de sus buenos amigos, que le decían: «No, tú no puedes salir del toreo por la puerta falsa; no te es dado eclipsarte como uno del montón; te debes al público; tienes la obligación de despedirte cual lo hicieron *Lagartijo* y *Frascuelo;* no es justo, ni serio, ni cortés deberlo todo á las masas y no reconocer públicamente esa deuda demostrando profunda gratitud.»

Luis Mazzantini, agobiado por la pena, rehusó vestirse el traje de luces y salir á la plaza, no teniendo ya á su mujer esperando para darle al llegar un abrazo supremo que cerrase todas las angustias, todas las zozobras, todas las intranquilidades, y abriese una era de sosiego ansiada tantos años.

Volvería del circo y hallaría su casa triste, sola, viendo él en todas partes recuerdos de la mujer que tanto le amó y por la que tantas veces se jugó la vida.

¡Qué le importaba todo sin ella!

IV

LLEGAMOS á un torero que detuvo algunos años el desmoronamiento de la fiesta. Su aparición fué un alto en la desenfrenada carrera de las corridas de toros hacia su ruina. Pero ¡ay! aquella parada sirvió únicamente para dar luego mayor impulso á la caída.

En 1887 debutó Rafael Guerra. Desde el primer momento se impuso, y desde el primer instante avasalló. Lo traía todo hecho; al tomar la alternativa nada tenía que aprender: había nacido para torero y no servía para otra cosa. Cuando el público vió su nombre en carteles, llevaba muchos años *Llaverito* de bregar con los toros y estudiar sus intenciones. Había comenzado muy niño su aprendizaje y era ya de mocete viejo en la profesión.

Así se explica que á la edad en que otros comienzan á aprender, él pudiera

enseñar á todos. No había suerte que desconociera ni toro que le azarase; andaba entre ellos como en terreno conquistado, y al verle tan seguro, tan dueño de sí mismo jugar con las fieras, diríase que las había domado antes de salir al ruedo, que obedecían á su voluntad, que ejecutaba un número del programa ensayado previamente. No faltó quien llegara á creer que *Guerrita* salpicaba la muleta con unos polvos especiales que atontaban al animal, convirtiéndole en borregote inofensivo.

Sólo así podían explicarse, algunos, aquel dominio extraordinario de las reses.

Guerrita no toreó con receta; para él no hubo jamás reglas fijas en la tauromaquia. Los toros le enseñaban parte de lo que debía hacer y la intuición lo demás. Por eso su toreo era movido, vario, imprevisto—si se me permite la frase,—hijo de la inspiración del momento y del estado de ánimo. Hoy hacía con un toro, lo que mañana con otro de igual índole y en las mismas condiciones no se atrevería á intentar.

Decadentes *Lagartijo* y *Frascuelo,* bien puede asegurarse que no tuvo competencia seria. El único que hubie-

ra podido entablarla fué *Bebe,* y un toro lo inutilizó cuando tanto se esperaba de su habilidad y sus arrestos.

Y ya retirados los dos colosos, sin nadie que pudiera hacerle sombra, adulado por los ganaderos, requerido por las empresas, árbitro de las corridas, él, que iba siempre á la plaza á cobrar una letra, él, que tenía verdadera afición á los toros y toros quería, comenzó á imponerse, acentuó sus exigencias, rechazó las reses de ciertas ganaderías, pidió las de otras, rehusó las que tenían mucho respeto, patrocinó á determinados criadores, y éstos, en su afán de mimarle, en su bajuno prurito de *estar bien* con quien podía colocarles todo el género, sintiéndose adocenados mercachifles y no pundonorosos criadores, achicaron las razas de sus toros, los redujeron de cabeza, hicieron cruzamientos ridículos para ofrecer en su día toretes *que fueran gratos* al monarca de los toreros.

Y el público, que hasta allí consideró y admiró á los lidiadores, principalmente—como ya he dicho hasta la saciedad—porque sintetizaban las típicas y aun legendarias condiciones de nuestro pueblo, porque les veía rumbosos, abnegados, liberales, desprendidos,

ávidos de gloria y no de riquezas, se sublevó ante el proceder de aquel espada ahorrativo, económico, ansioso de fortuna; de aquel espada que convertía un sacerdocio en oficio de lucro, el cual dejaría cuando ya le hubiese dado lo suficiente para vivir á lo príncipe.

Un torero joven, animoso, valiente, pletórico de facultades, repleto de recursos, pensar en fincas, en títulos de la deuda, en billetes de Banco, acariciando solo la idea de retirarse cuando tuviese una fortuna, eso al público no le cabía en la cabeza; venía á romper lo hermosamente tradicional, pugnaba con sus ideas, hacía pedazos un tipo genuinamente español. Y aquel público se puso abiertamente contra Guerra, y le exigió lo imposible, y le pidió lo que humanamente no podía dar.

¡Ay de él si no hacía heroicidades á cada momento! Le silbaba furiosamente, le increpaba, manifestábale su enojo; lo que en otros tenía disculpa, no se le admitía á Guerra; lo que aplaudía á los demás, en él era intolerable, llegando tal actitud á proporcionar al espada una cogida, afortunadamente sin consecuencias.

Guerra debía ganar las palmas bregando como nadie: las ganaba ¡quién

lo duda!; hay en el público de la plaza un sentimiento de justicia que al fin se sobrepone á todo, una mina de rectitud que acaba por explotar, y entonces se juzga en el acto y en el acto se sentencia. Las sentencias de *Guerrita* eran generalmente absolutorias, con todos los pronunciamientos favorables, y el diestro tenía estruendosas ovaciones, que animaban el redondel, dándole vida y calor.

Pero en el fondo guardábase la inquina; se buscaba la ocasión de mortificar al diestro aplaudiendo á otros sus insignificancias y dándoles un valor que jamás tuvieran.

¡No contribuyó esto poco á la retirada del matador en plena juventud y en el apojeo de sus facultades!

Guerra se llevó consigo todo su arte; éste, absolutamente personal, desapareció con el individuo. Mas para escarnio de la fiesta quedan un sin fin de imitadores, que convierten en cromo burdo y despreciable aquel hermoso cuadro ofrecido por *Guerrita* á la admiración de las gentes.

¡Y á eso se llama torear!

V

ANTES que Guerra hizo el *Espartero* su aparición en la plaza de Madrid.

Venía aquel mocete de diez y nueve años precedido de una gran reputación «elaborada» en Sevilla, y tantos fueron los elogios de sus paisanos y tan desmesuradas las alabanzas, que al presentarse el diestro en nuestro circo el día de la alternativa (14 de Octubre de 1885), él solo atrajo todas las miradas y él únicamente absorbió la atención del público.

Hubo más animación que de costumbre en el patio de caballos; los espectadores se aglomeraron allí, ansiosos de ver muy cerca aquel fenómeno, nacido en Sevilla, jaleado en Sevilla y que por los augurios iba á eclipsar á todos sus compañeros.

Eso daba á entender la prensa sevillana con sus exagerados elogios.

Desde luego pudimos ver en Madrid, que el pobre muchacho sería de los toros. Al juzgarle en su debut escribía ya el reputado *Don Jerónimo:* «Dígasele en buen hora que todo lo que tienda á engreirle lo llevará seguramente á una desgracia.»

No se aprovechó aquel consejo — dado sinceramente por *La Lidia*—ni otros parecidos que no hubieron de escatimar los aficionados imparciales. Antes al contrario, hízosele creer al mozo que era un torero excepcional, más valiente que el Cid y con más arte que el mismísimo *Paquiro;* que todo lo sabía; que todo se lo encontraba hecho; que para anular á los otros bastábale presentarse en el ruedo, llegarse al bicho, con aquella sonrisa ingenua que le hacía tan simpático, y meterse entre los cuernos, seguro de que nada había de ocurrirle.

Y el *Espartero*, que—según confesión propia—más temía al hambre que á las cornadas, jugaba con los toros cual si fueran de mimbre, se arrimaba á ellos como nadie y no se cuidaba, ni poco ni mucho, de lo que pudiera acontecerle.

Aún recuerdo la tarde de su debut: nos produjo un sobresalto incesante y

(¿por qué no decirlo?) una gran indignación contra los que empujaban á Manolo hacia su triste fin. Aquello no era torear, era andarse á zarpazos con la res. ¡Y eso lo hacía una criatura desprovista de facultades físicas y sin ningún recurso!

Mas no quiero que se me crea por mi palabra; ahí van las de un inteligente crítico, juzgando al sevillano la tarde de su alternativa:

«Para el *Espartero* el toro es una masa que se mueve y cornea, y con la cual debe andar el torero á puñetazo limpio, como si lo que se tratara de demostrar fuese que el hombre es tan animal ó más que el toro. Esto da á entender, sin gran esfuerzo, que el joven matador debe estar siempre en la misma cabeza de la res. Y así es en efecto; tan en la misma cabeza está el *Espartero*, que el miércoles, al dar un recorte con el capote al brazo, recibió en la espalda una tremenda bofetada con el testuz del toro, y fué á parar, despedido violentísimamente, á dos metros de distancia.»

«En otra ocasión se salió de la cuna apoyando las dos manos en el testuz; y dos veces, á la terminación de una

media estocada, dió un fuerte puñetazo al toro entre los cuernos.»

El estudio de los públicos—no todos partidarios del brutal arrojo que da la ignorancia—y la compañía de algunos matadores que andaban entre las reses con desahogo, sin verse comprometidos á cada instante, modificaron no poco las temeridades de Manuel. Este llegó á defenderse de los toros con el engaño, toreando siempre muy de cerca; pero empleaba con todos la misma lidia, y lo que con unos iba admirablemente, en otros no tenía aplicación. De aquí la desigualdad de sus faenas y las bruscas alzas y bajas que el «papel» *Espartero* sufría en el circo.

Manolo cuarteaba al arrancarse y hería con el brazo arqueado, gravísimo defecto en un matador de toros.

Tal era el espada que el público puso frente á *Guerrita* cuando *Lagartijo* se indispuso con su tocayo, y tal el lidiador á quien se jaleaba incesantemente, esperando, algunos, que entre él y Guerra surgiese una competencia como la que animó el espectáculo en los buenos tiempos de Salvador y Rafael. ¡Qué desatino!

La trágica muerte del infortunado diestro en nuestra plaza, el día 27 de

Mayo de 1894 al estoquear el primer toro de Miura (*Perdigón*), y las simpatías que como particular gozaba el *Espartero,* colocaron su nombre de manera saliente en la historia de la fiesta. Sin esas dos circunstancias no hubiese alcanzado tanta popularidad.

***

A su retirada en Zaragoza, el 15 de Octubre de 1899, *Guerrita* recibió, entre otros muchos, estos dos significativos telegramas, que le dirigieron personas conocidísimas de la afición:

«Madrid.—Compadezco aficionados; felicito familia. Se acabaron los toros. ¡Vivan los galgos!—*Antonio Moreno.*»

«Madrid.—Mi enhorabuena y un abrazo; felicite á Dolores. Hoy empieza el reinado de los maletas.—*L. C.*»

Aquellos telegramas eran una profecía. Guerra fué el último gran lidiador: el público ante sus faenas olvidó muchas veces que aquel hombre había destruído una leyenda, había roto una tradición, había deshecho un tipo admirable; al verle en la plaza, dejó de pensar en lo que *Guerrita* enterraba para no

exhumarse nunca y aplaudió al artista que le deleitaba con su trabajo.

Pero los sucesores, los que paseaban por el ruedo un mal vestido traje y por la calle una indumentaria ridícula, no tenían nada que pudiese hacer olvidar al explotador de su oficio. Y el público sano fué ya á la plaza arrastrado por la costumbre, jurando siempre no volver, renegando de ésos toreros que salen á representar comedias y de esos aficionados de nuevo cuño, entre los cuales se destaca parte de una juventud vieja á los veinte años, sin ideales, sin poesía en el alma, ni vigor en el cuerpo, metalizada, egoista, viendo en la mujer solamente la hembra del hombre ó una caja de caudales que permita vivir muellemente, enriqueciendo casas de juego y lupanares, para llevar al domicilio propio el hastío y la depravación, si no el aniquilamiento ó la ruina.

¡Cómo ha de comprender ese tipo degenerado de nuestra raza, al otro tipo varonil y caballeresco, que soñó con la gloria y los aplausos, que hizo del arrojo una religión y del amor propio un culto, que no dió importancia al dinero y jamás se ocupó en guardarle, invirtiendo en el personal atavío ó las ajenas aflicciones todo lo ganado, que

nunca pensó en el mañana ¡un mañana que podía barrer para siempre el asta de un toro!

Por eso, por no comprenderle, transige con el lidiador de estos tiempos, y lo mira como mira á un cómico ó á un saltimbanquis, aplaudiéndole cuando le parece bien y silbándole—raras veces—cuando le disgusta; pero sin apasionamiento, sin calor, sin entusiasmo, olvidando al *artista* en cuanto deja de verlo.

Retirado *Guerrita*, quedaron en la arena figuras secundarias que tienen amigos, que se hacen aplaudir, que aún mantienen la fiesta de toros parodiándola; pero, lo repito, ya no cuentan con el fanatismo de las masas, ya no son ídolos, ya no inspiran aquella hermosa admiración que dejaba olvidado á Méndez Núñez enfermo, mientras hacía imposible el tránsito por la calle donde vivía el *Tato* herido.

¿Que todo esto lo he dicho muchas veces? Aún me parecen pocas: es el *leit motive* de la *Trilogía*, y pienso volver á la carga en la última parte, á ver si el machaqueo, la insistencia, la repetición, abre los ojos á ese público que tan cerrados los tiene.

***

Retirado Guerra, y muerto el *Espartero*, viéronse en la plaza unos cuantos lidiadores, entre los cuales tuvieron alguna fortuna *Torerito*, Bonal, Reverte, *Minuto*, *Quinito*, Fuentes, Emilio Torres y *Algabeño*, hasta la época que comprende mi trabajo. De los otros hablaré en la última parte.

Destacó entre todos Antonio Fuentes; ha sido el rey tuerto de aquella tierra de ciegos; el único que salió al anillo con alguna base, llevando cierta nota personal que hubo de levantarle unas pulgadas del común nivel.

Pero todos ellos fueron alejándose más y más de aquel tipo genuinamente nuestro, esencia y base de las corridas de toros.

***

Y ahora, vayan unas cuantas líneas para justificar tan largo proemio. Creí siempre que el reproducir algunas revistas de toros (ya que todas resultara inaguantable) entre las publicadas por mí, no diría nada, y al poco valer del libro, por ser mío, uniríase la insignificancia del asunto, lo que haría achicar su escaso merecimiento.

Trazando antes el cuadro de las corridas de toros, desde que por primera vez

las ví hasta que en buena lógica debí olvidarlas, la reseña de tales corridas—comenzada en 1880—será para el aficionado algo comparable á rotas columnas de destruídos templos. Con su historia y un poco de imaginación puede el artista reconstruir en su mente todo el edificio.

Tales reseñas, como ruinas del pasado, no han de ofrecer un conjunto simétrico, quedarán entre ellas muchos y desiguales huecos; pero en las que se mantengan enhiestas (y valga el símil) habrá pedazos de mi vida, consagrada en parte á enaltecer un espectáculo sin rival. Y todas ellas, unas por su estilo, otras por su tendencia, estas por su significación, servirán para recordar, siquiera sea débilmente, el período que abarcan y en el cual principia la funesta reacción del toreo, para venir á caer (aun contando sus etapas brillantes), en los *icos*, *itos* é *illos* de los modernos tiempos.

REVISTAS DE TOROS

publicadas en varios periódicos
de Madrid, con el seudónimo
VARETAZOS

1881

INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA (1)

LA circunstancia de no publicarse nuestro periódico los lunes, nos llevará á la zaga en lo de reseñar corridas de toros; pero en cambio podremos rebatir algunos

(1) Primera revista firmada con el seudónimo *Varetazos*.

juicios de nuestros colegas, cuando ellos abiertamente se aparten de la verdad.

***

Pasaremos por alto la corrida de inauguración; diremos sólo que Rafael fué el héroe de la fiesta; que estuvo hecho un hombre cuando, en medio de aquel diluvio—por el cual se convirtió el coso en un lago—pasó al toro fresco y ceñido, recogiéndole y dándole un soberbio volapié; que en su segundo bicho estuvo todavía mejor pasando; que la estocada resultó como Dios quiso y nosotros sabemos, *por mor* de un defecto que hoy no le censuramos, pues como ni se corrige ni se enmienda, ya habrá ocasión de criticárselo muy amenudo; que *Currito* empezó muy mal la temporada; que *Cara-ancha* se viene con un toreo muy de provincias, el cual, á nuestro juicio, no ha de cuajar en Madrid; que los picadores estuvieron insoportables—salvo *Colita*, aunque todo lo hecho por éste no fué de recibo—y que la presidencia anduvo por lo mediano.

Dicho esto, pasemos á la primera de abono.

***

Después de almorzar en casa del maestro barbero *Alfajamín* (1), un hombre muy *echao pa lante* y muy rumboso—tan rumboso, que desde las doce hasta la hora de la corrida no cesó de obsequiarnos—tomamos un simón y en él llegamos á la plaza, sin detrimento de nuestras personas, al sonar el clarín para el despejo.

Perdimos, pues, una parte de la fiesta, que eso es para nosotros la tertulia en el redondel, la visita á la capilla, y el plantón frente á la puerta lateral, por donde pasan las mujeres más hermosas de Madrid, que siéndolo de Madrid, lo son del mundo entero.

Al posesionarnos de nuestro asiento aparecían las cuadrillas, capitaneadas por *Lagartijo*, *Currito* y *Cara-ancha*, que vestían, respectivamente, verde botella y oro, corinto y negro, y verde claro y negro.

Cambiados los capotes de lujo por los de faena y puesta en su sitio la gente de aupa, el *Buñolero* dió suelta al primer Nandín, que lucía en las péndolas moña encarnada y amarilla.

---

(1) Así firmaba algunas de sus cartas, llenas de ingenio, el popular compositor D. Francisco Asenjo Barbieri.

El cartel puesto en el corral nos decía que el bicho llamábase *Quinquillero,* en lo cual no se equivocaba; pero sí al asegurar que era berrendo en negro, pues jamás el cornudo usó chaqueta de ese color.

Era berrendo en *colorao,* rebarbo, botinero, astifino y ojinegro.

Seguía con codicia los capotes, pero sin rematar.

A las primeras de cambio, Fuentes le rompió una garrocha en el pescuezo, dejándole la astilla como fineza; después señaló otros tres puyazos en las paletillas, ó sus alrededores; y el compañero Canales, por no ser menos, también metió dos picotazos de lo más malo que darse puede.

¡Olé por los piqueros! ¡¡Y qué bien empieza la temporada!!

Con tales caricias pasó *Quinquillero* á manos de Mariano y Juan Molina, quienes le adornaron, y no el morrillo, —por lo que se refiere á Mariano—con tres pares de avivadores, uno muy malito previa salida falsa, del primero y dos, uno bueno y regular el otro, del segundo; todo cuarteando—por supuesto—que ya no se estila otra cosa.

Rafael, tras el brindis de cajón, se fué al bicho y lo pasó con desconfian-

za, propinándole, para hacer boca, dos pases con la derecha (¡buen modo de empezar!); luego uno alto con colada; otro ídem íd.; después una zaragata indigna—alternando con iguales coladuras—y por último se tiró con media estocada á volapié, tomando al bicho muy lejos, saliendo mal de la suerte y dando su acostumbrado paso atrás; después de otra media atravesada, se dejó caer con un volapié por todo lo alto y hasta mojarse los dedos, que le valió palmas y cigarros.

No hubo que lamentar desgracias en pesebres.

¡Buen toro para el contratista de caballos! A muchos como él, negocio seguro.

Un incidente: estando Rafael en la brega de este bicho, la música fué saludada con una silba de primer orden por tocar extemporáneamente la marcha real.

Aceitero llamaban al segundo; era *colorao*, astiblanco, ojinegro, cornicorto, aldinegro, y tenía hechuras de bueno.

Salió con más pies que un corzo, é intentó parárselos *Curro* con unos lancecitos, en los cuales se vió muy

apurado. Lo mismo le pasó á José.

Entre los de tanda le agujerearon la piel con cinco puyazos (dos malos de Fuentes), cayendo Canales en uno tan al descubierto, que el toro le hocicó sin que los espadas supieran sacarlo de la suerte.

¡Bien por los maestros!

Gracias al bicho, Sr. Canales, que por los matadores, tan muerto está usted como Felipe II.

Y sin más incidentes pasó el bruto á otra etapa de su vida pública con muchos pies y cortando el terreno.

Los chicos se vieron apurados por tal motivo; verdad es que los recursos y el arte Dios se los conceda.

Julián y Paco (ambos Sánchez) le banderillearon como pudieron—no sin sus salidas falsas correspondientes,—y aquí entra lo bueno: *Currito* empezó un *zapateao* de lo peor, tras del cual largó un pinchazo tirándose largo y cayendo al suelo, sin consecuencias; luego recetó otro pinchazo, después otro y otro... y perdimos la cuenta, y nos aburrimos, y dejamos de llevar notas, viendo solo que el alguacil daba los avisos de costumbre, y que había cierto movimiento así como para sacar los mansos.

Por fortuna, el toro se echó y el espada oyó una silba tremebunda.

Arrastraron las mulillas al único pegaso que pagó los vidrios rotos, y salió

Palomo, berrendo en negro, *ensabanao*, capirote, ancho de cuna.

Los de tanda, con más el reserva Calderón, le pusieron algunos puyazos buenos, á cambio de dos rocinantes.

Los hermanos Campos prendieron tres pares entre buenos y malos, con lo que pasó el bicho á manos de *Caraancha*. Este comenzó su faena con un cambio, al que siguieron algunos pases regulares nada más, y otros de zaragata. Por último, estando el toro muy incierto y con pies, soltó una estocada, sin clasificación en el toreo, al dar la cual, José cayó y fué cogido, perdiendo en la refriega una de las franjas de la taleguilla. Luego siguió una serie de pinchazos malos, y terminó con una estocada honda hasta los gavilanes, que hizo rodar á *Palomo*.

El cuarto respondía por *Escapulario*; vestía traje berrendo en negro, y era botinero, astiblanco y cornicorto.

Fuentes pinchó cuatro veces, una muy mal, y Canales metió el palo en

cinco *reprises,* alguna con arte. ¡Gracias á Dios!

Juan y Mariano prendieron los pares de ordenanza—los de Mariano, *inocentes*—y hé aquí de nuevo á Rafael, que previos unos pases como los de marras, con sus coladas respectivas, atizó media estocada de las de sombrero de guardia civil, un pinchazo poco más ó menos y otra media buena, que hizo acostarse al bicho.

¡Pocas palmas, Rafael!

Presidiario fué un quinto toro que recordará siempre el Sr. Teresa García, presidente ayer de la fiesta. Sin sangre en el morrillo (el toro, por supuesto), y cuando los piqueros aún no le habían tanteado, puede decirse, tocan á banderillas. ¡Aquí fué Troya! Se armó un jollín espantoso; se agotó todo el vocabulario que se usa en casos tales, y en medio de la grita, los hermanos Sánchez salieron del paso con tres pares al cuarteo.

Enseguida sonó el clarín para la muerte. Esta fué la verdadera pifia del concejal.

Comprendemos que, si su señoría no es muy entendido, mandase variar el tercio viendo al toro volver la fila

por dos veces; pero lo que no tiene explicación, es que una res sin sangre en el morrillo vaya á la muerte con solo tres pares. Eso demuestra una ignorancia crasa en materia de toros.

Currito no se desconcertó, á pesar de los pesares; antes bien se lió con *Presidiario*, y después de un pase natural, tres de telón y seis con la derecha, le endilgó un pinchazo bien señalado y una buena á volapié, que le valió muchas y merecidas palmas.

Y salió el sexto, *Gitano,* castaño, ojinegro, bien puesto, la lidia del cual nada ofreció de notable; mató un penco, el presidente aceleró la suerte de varas, los chicos prendieron tres pares, y lo despachó Pepe como pudo, en medio de los capitalistas, que invadieron el ruedo á ciencia y paciencia de la autoridad.

Resumen: la corrida, mala. El ganado, insoportable.

Los matadores peorcitos, salvo *Curro* en su segundo toro.

Por ser esta nuestra primer revista, no entramos en ciertas consideraciones; pero ya las haremos otro día, que motivo con exceso nos han de dar estos espadas de ahora.

Los picadores, insufribles.

De los banderilleros, Paco Sánchez, y pare usted de contar.

La presidencia, desacertada y silbada.

La entrada, un lleno.

Y nosotros, aburridos, teniendo que reseñar una función tan mala.

1881

TERCERA DE ABONO (1)

EMOS decidido no hacer revistas de toros, porque celebrándose las corridas en domingo y no pudiendo salir nuestra reseña hasta el martes, cuando llega á poder de los lectores conocen ya sobradamente los detalles

(1) Primer artículo crítico de una corrida publicado en *El Manifiesto*.

de la fiesta, resultando, por ende, algo rancia nuestra labor.

Así, pues, en vez de reseñar las corridas, haremos sobre ellas algunos «apuntamientos» críticos.

Y sin más preámbulo, pasemos á la tercera de abono, mala si las hay, y que á tener nosotros humor de describirla fuese la tarea el cuento de nunca acabar.

***

Empecemos por *Lagartijo* y démosle el puesto de honor, ya que es jefe de lidia y lo menos malo entre la gente de coleta.

Como tal jefe no estuvo á la altura de su «cargo»; la plaza fué un continuo herradero; cada peón metía el capote cuando lo creía conveniente; los picadores entraban á la suerte con el caballo sesgado, blandiendo el castigo y preparándose más para dulcificar la caída que para señalar donde el arte exige; al estribo del picador hallábase amontonada toda la cuadrilla, resultando de aquí que el toro se mostrase incierto al cite del jinete, no sabiendo, en realidad, con quién tenía que habérselas, llegando el abuso á tal extremo, que por él entró cerniéndose en

todas las varas el segundo toro y conservó su resabio hasta el último tercio de la lidia.

Dejó Rafael que los banderilleros hiciesen cuantos recortes fuesen de su gusto, y vió impasible salir á un picador montado en una jacucha que no estaba para él y arreglar los estribos dentro del coso.

Esto, como director.

Bregando, anduvo eficaz y trabajador en los quites. El hecho á *Veneno* en el primer toro, sacando al bicho como Dios manda y el arte aconseja, merece el caluroso aplauso que el público le tributó.

Y pare usted de contar.

Llegó la hora de la muerte y adiós mi dinero.

Su primer toro se hallaba *aplomao* y nada tenía que inspirase recelo, sobre todo á un matador como *Lagartijo* que domina el volapié; á pesar de todo, el espada empezó á torear con verdadera desconfianza, tomando inseguramente á un bicho que acudía por su terreno, no se revolvía y había perdido poder *achuchando*, merced á los recortes.

Al tirarse hízolo del modo más funesto; arrancó largo, no supo vaciar,

cuarteó al herir, resultando de todo una faena de matarife, que le valió dos avisos del presidente.

Estos avisos fueron protestados por cierta parte del público; la misma que tuvo el valor de aplaudir al diestro cuando iba á *entregar*.

Cada público tiene los toreros que merece, y el que tal hizo sólo puede aspirar á matadores que estén siempre á la altura de Rafael en su primer toro.

Con el segundo fué más afortunado; le pasó fresco y ceñido y supo recogerlo siempre que le vino en gana. Pero al tirarse no hirió á conciencia; dió el consabido paso atrás, y resultó una estocada muy malita, con perdón de los muchos que aplaudieron. En la otra que vino después tuvo más suerte, aunque nada enmendó su manera de engendrar el viaje.

***

Currito, como de costumbre, empieza pasando con arte, castiga al bicho, le arregla la cabeza, ve enseguida del lado que se acuesta el bruto y todo hace esperar una obra digna del prólogo; pero... ¡que si quieres! después se tira najándose, y emplea una serie de pinchazos que termina cuando el

espada ya ha aburrido al público y héchole olvidar lo bueno de la muleta.

Esto, salvo ligerísimas excepciones, es lo de todos los días.

Alguna vez se lanza con sangre torera y queda como un hombre. Ayer estuvo de no, y resultó inaguantable.

***

Cara-ancha empezó su faena con un cambio, que algunos le aplaudieron y es de censurar: primero, porque lo hace casi siempre y por sistema; y luego, porque esos pases, cuando no son forzados y no se dan completamente en la cabeza, nada resuelven ni á nada conducen.

Al cambio siguió una brega muy desairada por las condiciones de la res, la cual andaba completamente huída y no hacía por el matador.

José estuvo sereno después de aquella arrancada del toro, que pudo costarle un desavío y... nada queremos decir de su faena con el estoque, porque fué de lo más infeliz que darse puede.

¡A qué reseñarla!

Sabemos que al tercer matador no puede exigírsele lo que al primero; mas debemos aconsejar á *Cara-ancha*

que se tire con fe, *enfrontilándose* con el pitón contrario y á la distancia que le marquen las facultades del bicho; que tenga conciencia para llegar con la mano al pelo del morrillo, vaciando en regla y saliendo por la cola; que pare mucho; que no bregue huyendo y no cuartee al herir.

Mientras esto no haga, continuará sin tomar carta de naturaleza en la plaza de Madrid: puede creernos.

***

De los picadores sólo citaremos á Fuentes y Canales, cada uno en un puyazo, puesto con arte en el borde del morrillo, y echándose por delante al bruto. Así se pica. Lo demás que se hizo en la corrida toda, es digno de una novillada.

En cuanto á los banderilleros, son incomprensibles aquellas salidas falsas en el sexto toro; el bicho no hacía más que *ver el viaje*, sin cortar el terreno, y no se concibe una jinda tan espantosa al meter los brazos.

Merece un aplauso Juan Molina por su par al primer toro; el hombre cuarteó como está prevenido, llegando al centro de terrenos con habilidad y saliendo de la suerte con frescura.

También merecen otro aplauso *Gallito* y Julián Sánchez.

La presidencia, regular.

Los toros, á excepción del primero, sin condiciones de tales.

El cuarto debió correr la pólvora, pues en realidad tomó dos varas; las otras no pueden llevar ese nombre, y solo por una excesiva tolerancia con D. Antonio Hernández se agitó el pañuelo blanco en vez del rojo, que era el de rúbrica.

1882

SEGUNDA DE ABONO

No tenemos hoy que lamentar desgracia ninguna. Los toros se han portado como unos caballeros, y no han hecho carne, aunque mil veces brindóles la ocasión, pues nuestros diestros cada vez lo son menos, y nos obligan á estar siempre con el alma en un hilo.

—Ten cuidado, Manolo,—gritaba á Hermosilla un vecino nuestro;—mira que se dan segundos espadas.

—Sí; pero observe usted,—le replicó un punto,—que han echado ya el *albur*, y ahora toca el *gallo*.

Afortunadamente el juego quebró, y la *jetattura* que, según mis vecinos, tallaba las anteriores tardes, soltó las cartas después del último *albur*.

Que no vuelva.

Los diestros heridos (1) comen y conocen; estamos, pues, de enhorabuena.

Al grano.

Rafael es un torero de verdad, desde los *andares* hasta las *hechuras*. Reune en sumo grado los tres requisitos que Montes exigía para ser un buen diestro: *valor*, *ligereza* y *un perfecto conocimiento de su profesión*.

Lagartijo tiene el justo *valor*: el que, como decía *Paquiro*, «no debe adelantarse hasta la temeridad, ni atraerse hasta la cobardía; el que nos mantiene delante del toro con la misma serenidad que tenemos cuando éste no está presente; el que da la verdadera *sangre* fría para discurrir en todo momento con

(1). Eran *Cara-ancha*, Angel Pastor y el picador Fuentes.

acierto, qué debe hacerse con la res.»

Tiene también la requerida *ligereza*; esa ligereza que no consiste «en estar siempre moviéndose de acá para allá, de modo que jamás siente los pies, sino en correr derecho con celeridad, pararse ó cambiar de dirección con una prontitud grande, y donde más se conoce es en todos los movimientos que en los embroques sobre corto es necesario hacer para librar la cabezada.»

Y posee, por último, *el conocimiento de las reglas del arte;* ve llegar los toros, sabe qué lidia ha de dar á cada uno; conoce cuándo debe *mejorar el terreno* y es hábil en practicarlo; quiebra, corre por derecho, empapa como nadie en los quites, distingue cuándo ha de cargar la suerte, aun en los casos más peliagudos, y se ha creado un estilo propio de matar, que emplea desahogadamente y con gran lucimiento. Dígalo, si no, su segundo toro en la pasada corrida.

Las estocadas de Rafael no son á volapié; lo eran en otro tiempo, cuando no conocía el *paso atrás* y se arrancaba derecho desde el mismo sitio en que citaba, vaciando en toda regla y saliendo por el rabo como rezan los epítomes. Hoy las tales estocadas no

tienen clasificación; resultan una mezcla de volapié y paso de banderillas; son lo que pudiéramos llamar *estocadas al cuarteo*; especie de creación dentro del arte taurino, suerte con la cual Rafael ha alcanzado una personalidad indiscutible y sistema, en fin, que no consiente imitadores.

Si otro cualquiera, después de engendrar el viaje al matar ganara un paso de terreno, saliera cuarteando *por el lado de la muerte*, vaciando al bicho por el opuesto al meter el brazo, las estocadas serían imposibles; la punta del estoque asomaría siempre por el brazuelo izquierdo del toro: Rafael, llega con la mano al morrillo, y sale del encuentro con artística guapeza.

Lagartijo es uno de los tres únicos toreros á quienes puede verse con tranquilidad delante de la res, y entre todos el más trabajador, el más modesto, el que más sabe.

Es, á pesar de sus muchos defectos, el número uno.

Es, y permítasenos el simil, el Gayarre de la torería.

En tiempo de los Cándido, de los Montes y de los Redondo, quizá no hubiese arrebatado: hoy no tiene competidor.

Lagartijo quiere ó no quiere: si quiere, preparaos á aplaudir, porque siempre veréis algo bueno; si no quiere coged el silbato, Rafael se os hará insoportable.

En la última corrida quiso: huelga, pues, decir que estuvo hecho un héroe.

Hablamos de *Lagartijo* como espada: como director del coso no podemos alabarle; sea por indolencia ó por debilidad de carácter, es lo cierto que consiente hacer á todo el mundo su santísima voluntad, y las más de las veces se trueca el circo en un herradero.

¡Gracias á que él trabaja por todos!

Fuera de este espada y los dos á quienes arriba aludimos, todos son casi iguales: cualquier cosa les azara; si saben que un toro ha padreado, si les cuentan que en tal ó cual ocasión hirió á un vaquero, si trae alguna triste nota en su reseña, pierden la serenidad, ven un peligro en cada movimiento del bruto, y aunque éste tome cumplidamente el engaño, vaya por su terreno y no sueñe en tener *sentido* ni aun siquiera en defenderse, se descomponen por completo y hacen imposible la faena más trivial.

¿Qué tenía el segundo toro de Hermosilla?

Nada, absolutamente nada: no podía darse bicho más noble; solo presentaba un ligero defecto para la muerte, el de humillar, y el diestro no hizo por arreglarle la cabeza; en vez de liarse con él y pasarlo ceñido, por alto, sin intermitencias, hasta cuadrarle, lo trasteó huyendo, agitando la muleta por cima de los pitones, sin intentar un solo telonazo de castigo, dejándole buscar el terreno de las querencias, dando en los intermedios más órdenes que un general en jefe, y excitando las iras del público, que le obsequió con una tremenda silba.

En su primero hirió mejor, pero toreó del mismo modo.

Al *Gallo* le falta muchísimo para ser un matador de toros. En la última temporada nos hizo abrigar algunas ilusiones; pero en ésta las vamos á perder en absoluto, á juzgar por la muestra, aun contando la estocada al último del Duque.

Nada decimos de picadores y banderilleros; todos estuvieron peores: no hubo ni una sola vara puesta con arte ni un solo par de verdadero mérito. En cambio, ¡qué de salidas falsas! ¡cuánta

medida! ¡qué desconocimiento tan enorme del toreo!

Y esto con ganado de Veragua, claro, noble y que *nada se traía*.

¡Qué nos espera la tarde que salgan á la plaza seis toros de sentido!

1882

CUARTA DE ABONO

ARETAZOS no hace hoy su acostumbrada crítica; y lo confesará ingenuamente: no la hace, porque no sabe hacerla.

Tiene por el espectáculo nacional verdadero fanatismo, y hasta el día ha coleccionado en su modesta biblioteca cincuenta y tres obras de tauromaquia. Algunas datan

del siglo XVI, como el *Arte de torear á la jineta;* no pocas del siglo XVII, tales son las descripciones de toros y cañas con motivo de las bodas de Felipe IV y otras que se refieren á festejos hechos por el cumpleaños de algún infante; muchas del siglo XVIII, y la gran mayoría de nuestros tiempos, desde los libros de *Montes* y *Pepe-Illo,* hasta el diccionario de Neira, con más algunos folletos de relativa importancia.

Unas son docentes y puramente doctrinales (permítaseme el concepto); otras descriptivas; biográficas muchas; las hay en verso, en prosa castiza, en estilo vulgar, en *caló* y hasta en idioma francés. Pero todas ellas hablan de toros; es decir, de reses bravas.

Nada se dice de bueyes ni de corridas de mansos; *Varetazos* asistió á la última fiesta provisto de papel y lápiz dispuesto, como siempre, á tomar notas. Al principio creyó que se trataba de una corrida de toros y tuvo la candidez de hacer algunos apuntes; mas pronto hubo de ver que se había equivocado y guardó las cuartillas, decidido á contemplar aquel espectáculo de nueva creación.

Vió cometer todo género de atrocidades, desde el presidente—quien, sin

duda alguna, asistía por vez primera á la plaza—hasta el puntillero. A cada exabrupto pensaba: «¡Quién sabe! se hará esto así en las corridas de bueyes.» Y seguía mirando, y seguía viendo desatino sobre desatino, hasta que aburrido de la fiesta, sin entender de ella una palabra, tomó el camino de Madrid.

Ahora un ruego: si la empresa trata de seguir organizando corridas de bueyes, escriba un manual explicándolas; así podremos aprenderle y aun ir á la plaza sin ignorar lo que vamos á ver.

Porque, lo repetimos, algo sabemos respecto á toros; pero estamos completamente á oscuras en lo relativo á corridas de bueyes.

Por eso no criticamos la última. Tal vez aquello que nos pareció detestable el domingo, sea delicioso con este nuevo *sport* inaugurado en la plaza de Madrid.

Tal vez el presidente fuera un sabio, y Hermosilla un segundo Redondo, y el puntillero—que desde la barrera mató un toro, ahondando el estoque—realizase una hazaña digna de esculpirse en mármol, y Rafael, al sacudir el capote sin citar al bicho ni cargar la suerte, se haya ajustado estrictamente al re-

glamento para las corridas de mansos, y la cuadrilla toda, al tapar la salida natural del bruto en un quite, dejándole en el sitio del peligro, se haya portado como buena.

¡Quién sabe!

Nosotros lo ignoramos, y, por lo tanto, punto en boca.

Tratárase de una corrida de toros, y hablaríamos.

En cuanto á Bañuelos, si todas las reses que le quedan son como las últimas del domingo, llévelas al matadero y saldrá ganando.

Y hasta el martes en que podremos hablar de toros, pues no es posible, así Menéndez de la Vega se empeñe, repetir la última función.

1883

CORRIDA EXTRAORDINARIA Y GRATUÍTA

(HASTA CIERTO PUNTO) (1)

En er mundo! que tengo mi biyete pa ver la corría y no hay quien me tosa.

Y como ca uno habla é la feria sigun le va en eya, guardo la sin güeso pa mejor ocasion, y punto en boca, que no

(1) Esta corrida, de convite, la organizó y costeó la Diputación de la provincia en obsequio á los reyes de Portugal.

Los desatinos de esa corporación levantaron unáni-

hay mejor palabra que la que está por disír, y al güen cayar yaman Sancho.

¡Y que va á ser floja la juerga! ¡Pues ahí es na ir á ver una corría é guagua cuando to Dios anda á gofetá limpia por las localiaes!

Asina iba yo pensando ayer mientras que diquelaba un ónibus que me yevase á la plasa, cuando me encontré al de Ricla qu'iba el hombre jecho un braso é mar con su güen sorongo, su güena faja, su güen calson de pana y su güen de tó. ¡Camará, y vaya una

---

mes protestas, y el reparto de billetes fué por demás escandaloso, llegando á venderse algunos, descaradamente, en plena calle.

Esto indignó al público.

Habíase anunciado la corrida para las cuatro y media; pero los reyes, indígenas y extranjeros, tuvieron por conveniente ir á la plaza á las cinco y cuarto, no empezando la fiesta hasta esa hora.

Al presentarse SS. MM., *de acá* y *de ayá*—como decía *Lagartijo*—el pueblo les obsequió con una extrepitosa silba, amén de ciertas palabras poco halagüeñas. Los reyes sufrieron la grita con resignación, y el conde de Xiquena, que presidía, no se atrevió á tomar ninguna medida seria, convencido de que peor era meneallo.

Hoy el público es incapaz de manifestar su disgusto, y cuando timidamente lo hace, bastan unos cuantos guardias de orden público para que deponga actitudes hostiles y sentimientos belicosos, convirtiéndose en un pacífico rebaño.

¡Quantum mutatus ab illo!

fila que yevaba el tío! Paesía que se bañó en bilis y entadía no estaba seco. En cuantico que me guipó comensó á largar un espiche, que ponia á la Deputasion como trapo é fregar. Y cara é gloria, que el baturro echaba ca argumento ca Dios l'ardia el pelo, y no tenia güerta.

—¡Mia tú! ¿qué se creen esos morros de uva, que no sabemos cuántos tendíos les han tocau á ca uno, ú qué? Pues apenas si tien que repartir catorce mil billetes. ¡Por vida é diez! y lo que más me puede es que dimpués de tanto charrar se han vendido los asientos como los melocotones de Campiel; yo mesmo ai mercao el mio, porque no tengo pebre de pidir ná á ningun mainate.

¡María Santísima! ¡Qué recua é piropos enfiló er gaché á los deputaos! Anda, anda, que si los oye el amo é tós eyos, el de las 25.000 pesetas, toma el tole, y no se le ve el pelo en lo que quea é siglo.

A tó esto pasábamos por la caye é Alcalá, y ayí se vía un corriyo é gente que lo menos nos creimos c'abian dao una mojá á arguno por mor de los biyetes; pero ná é mojá, era un probesico tio é Chinchon que partia el alma de

oirle las cosas que contaba é su pueblo: ayí tol mundo ha quedao arruinao, y, camará, c'alver tanta esdicha se l'arrasaban á uno los ojos de lárimas, y no pensaba en juerga ni en cosa denguna, y va una chula y le ice:

—Tome usté, buen hombre, esta peseta que es lo único que me queda, y diga usté á tol mundo, ¿está usté? que los artistas de Madrid daremos el jornal de una semana si se nos pide. ¡Vaya un fregao! La Deputacion se gasta cinco ú seis mil duros, que no tiene, en una corría, y los de Chinchon se mueren de hambre, y los incluseros, y tó Cristo.

¡Y luego dicen que es de convite la fiesta! ¡Ay, qué Dios! Eso sería un pueblo: de convite pa ellos que se han quedao los biyetes, y han armao un lío con tol mundo, por no mandar ninguno á ningun lao. ¡Viva el pesquis y los meollos güecos! ¡Vamos!, se nesecita ser como un cerrojo pa dar una corría de balde en estos tiempos, con el dinero del pueblo; y diga usté que sí, con los cuartos del pueblo. ¡Ay qué gracia! Así, cualesquiera es rumboso.

Si hubiá habido un poco de cacúmen la corrida sería de pago, y tol mundo contento, y entadía quedaban buenos cuartos pa los de Chinchon y pa las

amas de la Inclusa, y pa tapar la boca á los ingleses de la Provincial, que tiene más que curas hay en Madrid.

—Vamos, chica, que te cayes, ice un gachó á aquella barbiana; ya me estás dando la jaqueca con tanto palique.

—¡Ay qué tío! Usté debe ser de la secreta por la pinta; pues sepa usté que no me da la gana de cayar, ¿está usté?, que pa eso tengo la lengua, y si tié usté algo que ver con los de la Deputacion, dígales que tó Dios está quemao con eyos, y con razon, que si querian osequiar á los portugueses que hubian apartao quinientos ú mil biyetes y haber vendío los otros, ¿lo oye usté?; y si al presentarse en su palco esta tarde esos *rumbosos* no les dan una grita de buten, es que ya no hay vergüenza. ¡Tome usté y güelva por otra, tio lipendi!

—¡Olé!, se gritó á la jembra. ¡Viva la gracia! Eso es hablar, compare; lo emás es cualquier cosa.

—¡Otra que Dios, y que tié razon! ¡Maño, qué verdaes!

Y echamos la caye arriba y nos metimos veinte ú treinta en un cochesiyo de doce asientos y yegamos al rueo tós escuadrabiyaos, que no paesía sino que salíamos del colegio eletoral.

Pero nos esperaba la má negra. No venían los señores.

Y dieron las cuatro, y aluego las cuatro y media y las sinco menos cuarto y comensó la jarana, y venga pitío de aquí, y vaya pitío de allá, y éste que grita, y aquél que gruñe, paesía toa la plasa como la representacion del país: ¡tal era la chacota armá y tales los ternos, pestes y palabras gordas que se oian por aquellos tendíos contra los que dejaban freirse al sol á más de cuatro mil cuerpos con sus almas correspondientes, vamos al desir!

Y dieron las sinco, se acabó la pasensia, y ná... la murga, sin tocar aqueyas arias tan notables pa el juisio é los monos sabios.

Y asoma en el parco presienciá el egregio conde y... grita; luego aparese el Sr. Brau, que ofisiaba de acólito de la presiencia xiquenista y... grita. Y er conde má fresco y má sereno que er *Gayo* con el percal.

Aluego un poquito de música y... grita.

Y ayegan las sinco y diez, y luego las sinco y quinse, y nótase conmosion cerca der parco é los señores: la orquesta preludia un hino y la grita arresia de Dios.

Y saca er conde su branco moquero, y asoman en er parco contiguo los huéspedes y... aquí fué Troya.

Tós los consonantes en *era* y en *achos,* con un jaleo de sirbos y una juerga de gritos ensordesen la armósfera. Quítanse arriba los chapeos y árzanse abajo los bastones. Y el uno dise: ¿por quién mus han tomao ustés, ri Dios? Y otro escrama: ¡qué abusos... cielo santo! Y otro: ¿pa eso hemos pagao tan caros los biyetes? Y arguno: ¡aquí se la ha cargao jasta er mismo Fernando el de las narises! Y hay bronca abajo y abroncaos arriba. Y á un filósofo popular se oia: «Esto se paese al orsequio que jasen los vendeores de San Isidro ar patrono cuando remoja las rosquiyas de la tia Javiera...» En fin, que si buena fiesta me dan, pudo desir alguno, parodiando al Toreno del *Quijote,* buena grita me mamo, etc., etcétera.

Dimpués de la grita un cabayero portugués, que paesía mu sesudo y formalote, resaba:

—Nos toiros é onde sómente os hespanhoes sao soberanos. Nos toiros afrontam e insultam a auctoridade que preside, sem perdoar no entanto seus silbidos áte á mesma pessoa do rei.

¡Oh com os diabos! ¡Isto é que é notavel! Outros povos gosam da egualdade perante as leis; o povo de Castella disffructa simplesmente da egualdade perante os cornos.

Um dos Codigos mais veneraveis da Hespanha moderna, o mais veneravel talvez é o Codigo da tauromachia. Nao é milagre. Essa sciencia tem tido cathedra e ainda hoje ficam á estudar n'ella os homeus da sua aristocracia.

***

En cuanto que los chicos pisaron el reondel, tol mundo batió parmas, pa demostrarles que con eyos no iba ná, c'abian estao puntuales á su hora y que la pita era pa los otros.

Aluego que ejaron en el olivo los capotes de presumir, arvertimos que Rafael yevaba terno asul con oro (te güervas), el mesmo avío *Gayito*, y el *Curro* nos traiba ese uniforme que sa jecho esta temporá y que está el hombre con él que ni pa tirale un tiro. ¡Vaya un amariyo rabioso que nos gasta usté, compare! Hay que ponerse antiojos ahumaos pa miralo.

Y vamos á la función.

La corría resurtó sosa. Soso el primer bicho, soso el segundo, y así é los

demás, quitando el cuarto, que era todo un cornúpeto.

¿Ustés no saben lo que es un toro soso? Pues aquel bicho que no pinta ná é notable, ni en güeno ni en malo, y nos jase bostesar de velo; ese era el tipo de los toros d'ayer. Cumplieron su cometío, con más ó menos trompás á los d'aupa, sigun poer respitive, se ejaron matar como unos probetes, y á estas horas naide s'alcuerda de eyos, salvo el cuarto, que, repito, merese un voto é confiansa asina como el duque ganaero que vendió la fiera.

De los piqueros, lo mesmito que el año pasao, como el gitano del cuento.

De los banderiyeros, *Currinche* en un par; pero, cara é sielo, no jaga osté tanta entrá en farso, que paese c'apuesto usté cráteda pa enseñar á los bichos á buscá er burto. Eusebio yevó parmas por otro par. Sea noragüena.

Los mataores, como mataores no estuvieron mayormente mu allá que igamos. Ná, lo icho, c'ayer tol mundo paesia amermao.

Rafael atizó á su primero un sopapo, en las tablas, y ayí dió fin la fiera. A su segundo le largó una contraria, que tamien tumbó ar bicho. En la brega un tantico escamao en el primero y más

fresco en el otro; pero ná, que no hubo emosiones.

El *Curro* bailó con el segundo é la tarde un bolero mu apañao y aluego le sopló un bajonaso que ni el termómetro en la Siberia está más pa bajo. En el quinto siguió el sapateao. ¡Ande el baile, compare, ande el baile! Lo cual que en un *bien parao* le atisó una corta bien señalá; pero bien, de verdad. ¿Y la entrá en la suerte? ¿Y la salía? Compare, no haiga exigencias, que to vendrá con er tiempo.

Gayo mu malito en el tercero, pero mu malito; yevó una grita na más que rigular, poique s'agotaron las juersas con la bronca é marras, y ya ni Dios tenía purmon pa pitar.

Er chico golvió por su honriya torera en el sexto, y la recogió bregando de lo güeno, y metiéndose jasta ayí con un volapié en que yegó ar morrillo, y no ejó dormir la siestesiya é costumbre á la mano surda. ¡Olé, D. Fernando! Vengan esos sinco y repita la suerte.

¿Han leido ostés este risumen? Pues apunten que Rafael trabajó de mixtó en los quites, coleó al cuarto con la oportuniá hache, y se yevó el hombre pa su casa un vagon de parmas; apunten ostés que *Curro* ayudó al coleo y movió

los peasos de su individuo más que acostumbra y ya están ostés ar tanto de lo ocurrío ayer.

Y diquiá mañana, que el tiempo está é cuernos y hay mucha tela cortá.

1883

CORRIDA EXTRAORDINARIA

(31 DE MAYO) (1)

LA corrida extraordinaria y con caballeros (?) en plaza verificada ayer resultó novilleril. Era de esperar; pusieron muy caros los billetes, y la fiesta había de ser mala

(1) Aunque esta reseña no tiene (bien se ve) ninguna importancia, se incluye aquí porque en la corrida á que hace relación, aparece Mazzantini en nuestro cir-

necesariamente. La lógica de esto no es muy comprensible, ¿verdad, Sr. Menéndez de la Vega? Pero eso sucede siempre que se anuncia algo extraordinario en la plaza de toros: sólo los precios son los extraordinarios.

Después de todo, la empresa hace bien; sabe que aunque se corriesen monas y matase el mismísimo Sr. Menéndez (¡buena firma!), habría un lleno; por consiguiente, ¿á qué pasar fatigas y ganar tres, cuando se puede ganar seis? Pero no es bueno abusar del público, que á cada puerco le llega su San Martín. Y conste que no llamamos puerco á nadie, no tengamos otra como la de marras, ¿está usted, señor fiscal?

La novillada tuvo dos partes: una la de los *caballeros,* y otra la de los *chicos*.

Aquéllos, según el cartel, eran aficionados, y ¡qué diantre! para aficionados no lo hicieron del todo mal, especialmente el que vestía á lo Guisa, que fué aplaudido. En cambio su compañe-

---

co como sobresaliente de espada, para matar los toros rejoneados. Y también, porque en ella se reveló *Guerrita* como banderillero excepcional.

Bien puede decirse que hasta aquella tarde no se dió el público cuenta exacta de lo que era el nuevo banderillero, pues éste apareció en Madrid en la cuadrilla del *Gallo* á últimos de la temporada anterior, y no hubo mucho tiempo de juzgarle.

ro el de la chamberga, llevó una pita. ¡Injusticias de la suerte! La verdad es que leyendo las descripciones de fiestas reales de otros tiempos y repasando cualquier arte de torear á la jineta, estos modernos caballeros inspiran compasión: cada cosa á su tiempo, y como el de los caballeros en plaza ya pasó, todo lo que tienda á exhibirlos nuevamente es ridículo.

Diez rejonazos en toda la extensión del primer cornúpeto (que no era poca) le propinaron los *caballeros,* y lo despachó Mazzantini después, y enmedio de una brega movida y mala como ella sola,—ayudado de vecino—de cinco pinchazos, media estocada, dos intentos de descabello y un descabello efectivo. ¡Vamos andando!

El segundo aguantó trece picotazos de los rejoneadores y murió á manos del mismo Mazzantini de una estocada delantera, sin pasarlo de muleta. Gracias, *mío caro;* así nos evitó usted el aburrimiento de marras.

Aquí acabó la primera parte, ó lo que pudiéramos llamar la mojiganga, y empezaron los toros de puntas.

Hubo dos notas (palabra de moda) salientes: una de ellas muy buena, *Guerrita;* otra muy mala, Rafael.

Empecemos por lo malo; así quedará más latente la buena impresión.

Rafael, que estaba ayer de nones (¡como que llevaba el traje plata, que le hace mal de ojo!), se quedó en el estribo hasta el momento de salir su toro; cuando tocaron á matar, el bicho—que se había tapao en banderillas—se defendía en la muerte, conservaba mucho poder y buscaba el bulto, inocentemente, sin más fin que enterarse de qué color era el forro de las taleguillas. *Lagartijo* tantea al animal, ve que no es una babosa y le entra la jinda, que va *crescendo*, *crescendo* como la calumnia del *Barbero* cuando mira á los peones *trompicaos* y *embrocaos* sobre corto al meter el capote.

Y aquí de los maestros: en vez de perfilar la muleta y hacer con ella y el cuerpo un solo *engaño* para empapar al toro y castigarle, lo pasa huyendo, descubriéndose, sufriendo así una colada con acosón en cada pase, perdiendo el trapo y teniendo que saltar al callejón por dos veces. ¡Qué hermosura!

Y se acentuó el cerote hasta el punto de irse Rafael al revuelo con una estocada de recurso, que acabó con la fiera.

Sin comentarios.

Y vaya lo bueno.

UNIV. OF CALIFORNIA

Guerrita, el banderillero de los banderilleros, puso dos pares de frente, citando en la misma cabeza de la res, cuadrando como Dios manda y saliendo de la suerte limpio y sereno. Así se parea, Sr. Guerra, y debe usted estar satisfecho de la ovación del público y del apretón de manos del *Gordo,* quien —dicho sea de paso—ya no sabe ó no quiere hacer esas habilidades.

Después de estos dos incidentes en la novillada, lo demás no vale la pena mencionarlo.

Diremos sólo dos palabras á guisa de resumen: El *Gordo* bailó un *minuetto* con el toro, y le atizó en el último compás una estocada, buena ó mala, es igual, pues tirándose desde Sevilla y entrando á paso de banderillas, todo es malo.

Currito, por no ser menos que su compañero, bailó una *quadrille,* se pasó sin herir, dió un pinchazo en hueso y luego á tiro de bala una perpendicular, de la que se echó el bicho.

Gallito, fresco como siempre, aunque más movido en la brega (vamos, la tarde estaba de polkas), al herir llegó con la mano al morrillo ¡bravo!; pero deslució la estocada, un poco atravesada por cierto, con nueve intentos de descabe-

llo, que aburrieron al más pacífico. Hay que aprender del *Curro,* Sr. D. Fernando.

Manuel Molina salió del trance con un bajonazo. *(Bronca.)*

Cuatro-Dedos tuvo suerte. Que siga.

Los piqueros rajando y arando la piel de los brutos. ¡Venga de ahí!

¿Y los toros?

Los toros de Benjumea, exceptuando el cuarto (y va de cuartos) se los regalo á ustedes. ¡Y, vaya, que no es mal obsequio en estos tiempos de carestía de la carne!

1887

ALTERNATIVA DE "GUERRITA,,

UANDO tomó la alternativa Rafael Guerra, me hallaba yo fuera de España. Y tanto por saber exactamente lo que hizo el nuevo espada aquella tarde, como para deleitarme con la carta de un popularísimo compositor, académico de la de

San Fernando y más tarde de la Española, con cuya amistad me honraba, le rogué encarecidamente que me escribiese, diciéndome lo ocurrido.

El maestro en cuestión dirigióme las siguientes líneas, á las cuales, seguramente, darán mis lectores todo el valor que tienen, por tratarse de una personalidad que dejó un nombre imborrable en nuestro país.

N. DEL A.

Mi querido Pascual:

Te debo una carta, que te ofrecí, dándote cuenta del debut de *Guerrita*, ese chico de quien tanto esperas y que *viene pegando*, según decís Carmena y tú. Y como quien debe y paga no debe nada (haré de Sancho en esta ocasión, ya que tantas fuí Quijote), queda con esta epístola saldada nuestra cuenta.

Ya sabes que en lo de *re taurina* perdí hace tiempo los papeles; soy viejo para *torear por lo fino*, mis achaques me tienen convertido en *torero de invierno*, y ya no *corro* más que bichos muy salados (de agua de mar caliente) y *vacas* de la ganadería de Santa Agueda.

Así, pues, diréte en *canto llano,* sin ninguna clase de variaciones y en *do mayor* (no puede pedirse menos accidentes), lo ocurrido el jueves 29 de Septiembre de este año de gracia de 1887, desde las tres y media de la tarde en que empezó la *función,* hasta el anochecer que arrastraron el último toro.

Se lidiaron seis de Núñez de Prado. Miento: fueron cinco de esta ganadería y otro de la de Gallardo, pues al alzarse el telón, como quien dice, se inutilizó uno de los Núñez.

No hubo más espadas que el Rafael viejo y el Rafael joven: el que tiene una historia de matador con más tomos que la de Lafuente y el que aspira á tenerla, para lo cual abrió el jueves la primera página, y en ella escribió lo que vas á leer.

Ya te figurarás que no voy á escribir una revista de toros. *Eso sería un pueblo,* como tú dices. Además, hoy te interesa, principalmente, lo que hizo el niño, que al *abuelo* ya te lo sabes de memoria.

Salió el neófito vestido con un espléndido traje perla y oro, y al presentarse en el *ruedo* con su padrino el Califa (ya ves que empleo tus frases ¡todo

se pega!), el pueblo soberano aplaudió con toda su alma.

El primer toro (el de Gallardo) fué negro, feucho, de pocas chichas y bien armado. No sé cómo se llamaba ni creo que te importe un comino.

De *Pegote* y Fuentes, que eran los *piqueros* de tanda, aguantó ocho varas por un caballo difunto.

Le parean Almendro y *Primito* medianamente.

Rafael el Grande entrega los *avíos* á Rafael el pequeño (ya veremos si crece), y el chiquillo, después del brindis reglamentario, se va al toro y le da nueve pases naturales; el *bicho* se le cuela y le derriba *sin consecuencias,* como decís los técnicos.

Le ayuda *Lagartijo,* con ese arte que Dios le ha dado, y el debutante trastea un poco más y atiza una estocada hasta los gavilanes. Quiere luego descabellar; pero, como principiante, no acierta fácilmente. *Repicó* unas cuantas veces y acertó, al fin, con la puntilla.

Al cuarto, de Núñez de Prado, le decían *Tinajero* y era cárdeno obscuro, bien puesto, y por lo que corría parecía un cien pies.

Sufrió diez garrochazos y mató una *semifusa* (con sus cuatro patas negras).

Le prende *Mojino* dos pares buenos, uno malo el Almendro y vuelve *Guerrita* á empuñar los trastos.

Brinda á no sé quién (allá, hacia el 1), y da diez pases más fresco que un sorbete. Cita al toro por dos veces, con ánimo de recibirle, y el toro no acude. ¡Habrá grosero! Pero como á la tercera va la vencida, arranca el *bicho* y Guerra mete una estocada contraria de puro *atracarse*. ¿Se dice así? Descabelló á la primera, y tuvo una ovación como la que á diario recibe *nuestro* Julián.

El sexto, *Romito,* cárdeno, bragado y bizco del izquierdo, tomó siete varas por cuatro caídas y tres jamelgos. *Guerrita,* casi á obscuras, hizo una brega insignificante y concluyó con el toro y la fiesta de una estocada tendida.

Debo añadirte que el viejo y el niño banderillearon al quinto toro, al cual pusieron dos pares por barba *(barbuquejo* debía ser aquí), magistrales todos.

La corrida acabó de noche, y la tarde más convidaba á echar un tresillo que á pasarla en una localidad de la plaza.

Bríndale á tu Blanca estos renglones de mi parte, y, rodilla en tierra como siempre, no me saques á la vergüenza con estas líneas, para tí solo, y manda á tu afmo., F. A. B.

1889

PRIMERA DE ABONO

A ver si cayas!
—No cayo,
que vale más el moreno.
—¡Puede!
—Y tan puede, boceras.
¡Digo! si no hay más que ver-
Ya tú ves cómo se mete, [lo.
y cómo empapa los dedos
en la sangre del morrillo.
—Pues si no tuviera eso
¿quiés tú decir qué quedaba?
Como no fuera el recuerdo
de la gruesa de puntazos
que tiene el hombre en el cuerpo...
—Más vale tener cornadas
que no torear huyendo,
y arrancar ende la China,
y no tirarse derecho...
—Vamos, qué te cayes, hombre;
un solo pase de pecho
del Rafael, vale tanto

como tó lo del *Frascuelo*.
—Ya sé que le tienes tirria
porque no te da dinero.
—Ni m'hace falta ¿te enteras?
—Adiós, Róchil.
—¡Timoteo!
no me fartes, que te cruzo...
—¡Cruzaban! tiés mucho miedo
pa echártelas de matón.
—Maleta.
—Mal novillero.
—Chulo, cobarde, poco hombre...
. . . . . .
Y ayí s'armó tal tiberio,
que se yegó la pareja
y yevó á los dos al sepo.
. . . . . .
Mientras los amigos riñen
por *Lagartijo* y *Frascuelo*,
los dos trabajan unidos
como uña y carne en el ruedo:
Ser más papista que el Papa
siempre fué un vicio muy feo.

Mientras yo adobaba esa moraleja, ya se había hecho el despejo y aparecían en el coso las cuadrillas, capitaneadas por Rafael, que lucía traje azul turquí con oro, faja negra y corbata ídem; Salvador, vestido de grana y oro, y el niño Guerra con igual uniforme que el moreno.

Rafael y su cuadrilla sacaban los capotes fúnebres.

El Albarrán tomó la insignia de los

gentiles hombres, que no todos lo son ni por pienso, y dió suelta al primer bicho, hermano de los otros cinco encerrados, todos de la vacada del de la Patilla.

Expectación universal.

Gorgonero

se llamaba y era un toro sardo, careto, *bragao,* meano, astiblanco, ojinegro, *bien armao,* de mucha romana y mejor trapío.

Como fino lo era mucho, y casi casi le hubiese ido el frac rojo mejor que á muchos de la goma que lo gastan en ocasiones.

Empezó colándose suelto á Calderón, y á poco tenemos una tragedia; pero el Salvador se llevó al toro con un quite de poder á poder, de esos que arrancan ¡oles!

Con toda la seriedad de un diplomático anciano, y voluntad y cabeza, aguantó hasta siete picotazos, uno de ellos de Cirilo, bueno, que valió su tumbo respectivo y en el cual se lució *Lagarto* con un quite de mérito.

El animal se aplomó muy pronto, y el presidente, achuchado por el pueblo, sacó el álbeo madapolán, como diría D. Emilio, y se pasó á otra suerte,

quedando sobre el ruedo una angula fallecida.

El *Torero* prendió un par al cuarteo de esos que no emocionan.

Juan quiso meterse al sesgo; pero el bicho le vió el viaje y no hubo de qué. Luego clavó los palos á sobaquillo, sin que el público dijese esta boca es mía.

Torero repitió con otro par más soso que el arroz blanco.

Total de tó: que no mus emosionamos.

Otra vez será.

Y lo fué pronto; porque salió enseguida el Víctor Hugo de la gente de talega, el califa Rafael, y después de un trasteo comenzado con la derecha y seguido con uno en redondo, otro *preparao* y algún alto, cuadró al pavo y le recetó una estocada de las de buten, hasta la trencilla del sable, contraria de puro atracarse y saliendo *trompicao* por consentir exageradamente.

Después descabelló á pulso, teniendo el toro la cabeza por las nubes.

Ovación de primera magnitud y ¡viva Córdoba!

desian al segundo, y era un bicho cárdeno, *bragao, salpicao* de los cuartos de atrás, fino como una *pluch*, según pronunciamos los inteligentes en trapos, y bien *armao*.

De voluntad no andaba mal, y de cabesa paesía un académico.

En los comienzos de la pelea se armó su mijita de lío por una arrancada á los centuriones con mona, y ya ordenada la gente, aguantó *Plumaje* cinco puyazos (buenos los de Cirilo) que se repartieron como cariñosos colegas entre Fuentes y Calderón, lo mismo que los batacazos adjuntos.

Tres sardinas de *ecurié* pagaron los vidrios rotos.

Saturnino clavó un par andando, de los que le dejan á uno tan fresco como si ná hubiá visto.

Ostión metió otro par de los suyos, apretando, ni más ni menos que si le valiera un acta de rural para un amigo.

Repitió el compañero con medio, que quiso ser cuarteando, y *Ostión*, después del redoble, con otros dos palitroques pasaditos y fuera de cacho.

Salvador halló al bicho *humillao*, defendiéndose en los tableros y buscando

siempre por el ruedo las alhajas esas del crimen, lo cual que no las encontró. (1)

El moreno trató de enderezarle la cabeza, pero ¡que si quieres!; saltó el bicho frente al 2 y no volvía al ruedo ni á tres tirones.

Salvador le sacó con enjundia, y así que le tuvo *igualao*, lé arrimó un sablazo perpendicular y de travesía, que sirvió de Parca al infeliz *Plumaje*.

Además, y como caricia póstuma, le recetó un buen descabello.

El bicho se puso imposible y el negro trabajó con fe y mucho arranque.

—Chocusté, Salvaor, que eso es tener vergüensa.

Al *Guerrita* le soltaron un

Grajito

negro mulato, fino, grande, corniveleto, *bragao*, con un morrillo que parecía el cimborrio del Escorial y una romana capaz de satisfacer á toda la fusión, aunque tiene buen saque.

Cirilo puso dos garrochazos de primera en el mismísimo borde del morrillo y empujando á ley. Con seis picaduras más, aguantadas como saludo de

(1) Se refiere al de la calle de Fuencarral.

suegra, dijo que ya no quería hierro y hubo que cambiar el cuadro.

Perdonó la vida á las jacas.

Primito sale del paso con dos pares, uno al cuarteo y otro á la carrera, y *Mojino* se arranca con uno cuarteando por la izquierda, sin hacer reunión y muy mediano.

Entre el Eolo que soplaba recio y el *Grajito* que se quiso pitorrear del nene, hicieron pasar á Guerra las de Caín.

Aquél (el Eolo) le descubría, y el pavo se empeñó en no cuadrarse por más pases de todos géneros (buenos todos) que le dió el chiquiyo, y unas vueltecitas con el Océano de gracia y de saber que le propinó el califa primero.

La faena no resultó lucida, y como no estaba la *Madalena pa tafetanes*, en cuantico se igualó un poco el bruto le arrimó Guerra una estocada inmensa, hasta la taza, tirándose con coraje y saliendo más limpio que bolsillo de contribuyente.

¡Olé el hombre!

Y apareció

Hermosillo

cuarto de la tarde, castaño, grande, carinegro, listón, bien *armao*, fino y con bragas.

El animal no tuvo ni voluntad, ni poder, ni cabeza, ni *ná*.

Fué en clase de toro lo que el actual Gabinete en punto á gobierno. Una nulidad.

Aguantó seis garrochazos, escupiéndose siempre por guardar la funda del cuerpo, y no causó bájas en los pesebres.

Los chicos del maestro le pusieron los tres pares de ordenanza, uno de ellos (el del *Torero)* muy bueno á toro *parao*, y llegó el momento histórico, uno de los más grandes que registran los anales de cuerna.

Espérate, Rafael, que tome aliento y encienda un pitiyo antes de relatar tu hazaña.

Tomó el presidente de tós los Aderramanes el refajo, y se fué al bicho, solo, sin que nadie metiera un capote; y ayí, en una cuarta de terreno, le pasó como él sabe, tomándole ceñío, jugando con él, dando pases que ni dibujaos y haciendo cambios que hasta paraban la respiración del púbrico. Hubo uno de pecho en reondo que valió más que toas las obras del Busnarotti y el *Sespir* y el Bethoven y el manco de la plaza é las Cortes.

Cuando se jartó de adornarse, lió, tiró

la montera, y en corto y derecho atizó una estocada archirrequeteinmensa, hundiendo bola y tó en el morrillo.

El coloso sacó la mano yena é sangre y tardó luego un verano en limpiarla.

Boca abajo tol mundo.

Como eso, no se ha visto y quizá no vuelva á verse.

Comparando á Rafael con cualquiera, resulta el hombre una torre Eiffel.

Ese sí que es mónstruo, y no el bizco de la calle de Fuencarral.

Vamos, que no me ocurre ná; sólo gritar: ¡Olé y reteolé, Rafael; viva Córdoba!

La ovación no hay que decir que fué digna de tal faena.

Aquello parecía un ciclón.

Y vamos abreviando, que después de lo dicho, todo pareció pobre y deslucido.

Lucero

fué el quinto, *colorao,* bien puesto de velas, bociblanco, meano y grande. Tenía mucha cabeza.

Tomó seis garrochazos, en uno de los cuales dió un tumbo á Fuentes, que ni el de Montero. El picador fué á la enfermería.

Le pusieron los chicos del moreno los pares reglamentarios, sobresaliendo el de *Ostión;* y Salvador, después de pasar con desconflanza y muy movidito, le despenó de una muy honda, allí donde, según la plebe, pedía el toro la muerte.

Yo no me enteré de que pidiera *ná.*

Que conste.

El toro se puso guasón y el moreno no estaba para guasas, por lo que aprovechó con mucho pesquis. Diga usted que sí.

Fué el último

Precioso

y lo era de pelo, cárdeno, un poco bizco del derecho, *nevao*, con bragas y meano.

Como fino parecía de raso.

Tomó con voluntad seis varas, en una de las cuales *Pegote* le dejó el palo en la piel.

Hubo que hacerle pasar al gabinete de extracciones, allí se quebró la espina y un distinguido mono sabio se la quitó.

Eso de las puyas hay que arreglarlo. ¿Lo oye usted, Sr. Aguilera?

El público silbó el puyazo y no tuvo razón, porque estaba en buen sitio.

Sin más incidentes, que el ya dicho,

y pedir que pareasen los maestros—á lo que no accedieron, é hicieron bien—salió *Guerrita*, y como si se le estuviera quemando la casa y tuviese que ir á apagar el incendio, pasó de cualquier modo y largó una estocada caída que terminó el melodrama.

Vamos, que no me gustó la faena, chiquiyo, y si es que te azaran los *capitalistas*, dilo, pa que los encerremos; pero no torees de mogollón.

RESUMEN

Los toros me gustaron en general, como reza la habanera, y en particular primero, quinto y sexto.

De los piqueros, Cirilo y *Pegote*.

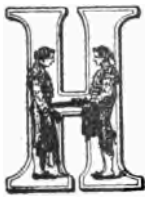
Ostión entre los banderilleros.

De los matadores, ya queda explicao.

El presidente se dejó guiar por el público. Es una manera de presidir como otra cualquiera, y muy socorrida cuando no hay líos.

1889

CUARTA DE ABONO



HABÍA en el partío un tal
[Montero
á quien jiso menistro Rui
[Zorrilla,
y á on Manuel servía man-
[samente,
es desir, que iba siempre é
[coroniya.

Aluego que cayó de la poltrona
y el hombre fué pa situasión pasiva,
era un republicano tan furioso
que con solo mirale echaba chispas.
No fartó quien por mor de sierta causa
le orsequiase con una escribanía.
Y cuentan que el Montero
al resibir mersé de tanta vista
tó emosionao y entre suspiros jondos
dijo á la comitiva:
«Yo sus prometo que con esta pluma
no he de escribir siquiera una cuartiya,
pues no debo mojarla
hasta que no traigamos á la Niña.»

Pero aluego sintió ciertas flaquesas
de hambre mal comprimida
y hosicó como el Martos y el Sagasta
drento é la monarquía.
Lo mismo que ha pasao con el Montero
sucede con los toros pa la lidia;
en la tienta paresen unas fieras
y en el ruedo no pasan de gayinas.

Lo cual en romanse quie desí que no se pué uno fiar de las aparencias, y que donde menos se piensa salta la liebre, y que no es oro to lo que reluse, y que más vale un toma que dos te daré... esétera.

Y vamos á la corría de los *Isidros,* que á eyos estaba dedicá la juerga de ayer mediante el presio del biyete, lo mesmo que á mí me dedica la Tabacalera tos los sigarros de Madrí si los pago.

A las cuatro y media en punto, con un calor de juisio oral y güena entrá salió pa el ruedo la torería.

Rafael vestía verde esmeralda, corinto el *Moreno*, y azul sielo el niño Guerra, los tres recamaos con oro.

Y después de las formalidaes de rúbrica, siempre idénticas, salió el primer *buñuelo* e la tarde; porque hay que advertir que los toros eran der señó de Bañuelos, como reza el cartel, y Buñuelos como lee la afisión.

Se llamaba

Melero.

Castaño lombardo, basto, bien armao, astinegro y gordo, con más pinta de güey de carreta que de pavo de lidia.

A regañadientes, y como quien toma jalapa, aguantó seis picauras de los de aupa, respetando á los jacos.

En un derrote por los tejaos arrimó á Cirilo un varetaso que al hombre debió paeserle que le habían tirao los infolios esos del crimen.

El güey gorvió la fila con una desfachatez digna de cuarquier Cachaperín de los que ahora se usan, y se cambió el cuadro.

Torerito prende un par al cuarteo como quien lo cuelga en una percha; aluego Juan, después de una salida falsa, clava otro par que salió de mérito, pues el chico dejó un palo en el morriyo y otro en la tripa. Me paese que la cosa tié novedá.

Llevó su pita respetive.

Enseguida cuartea otro par que no mus convence, y el *Torero* cumple con uno bueno, todo cuarteando para que no se olvide.

¡Qué variedaz!

Rafael largó su *speech,* se jué pa el Bañuelo, le tomó con un cambio, de seguía lo pasó á la derecha, otra ves lo mismo, y aluego uno natural. Siguió una faena sosa y deslucía, porque el bicho se quedaba en la suerte y se cernía al tomar el trapo, y en cuanto el maes tro le vido cuadrao se arrancó, á su modo, con una estocada una mijita caida que hizo polvo á *Melero.*

Palmas al Aderramán.

Un tal

Fresquero

fué el segundo, más buey que su difunto antecesor, de pelo castaño, basto á pedir de boca, corniveleto, engallao y carinegro.

Como si le dijesen que estaba procesao y le iba á defender Galiana, sufrió cinco raspauras, golvió la fila, se declaró güey de solemnidá y pasó á palitroques.

Y allá va el *Ojitos*, que ha aprendido la leción de Juan, y mete los palos en la tripa del churro (¡olé la harbelidá!); luego repite con uno á la carrera, que mus deja como si tal cosa.

Pulga, después de entrá é mentirijillas, prende un par bueno sesgando.

Salvador empiesa cambeándose; lue-

go dá uno natural, ayudao del maestro, el bicho se le juye, barbea y adiós fazañas.

Quiere tirarse una vez en las tablas y se quea sin refajo.

El churro traiba en la moyera alguna preocupasión, y así se cudiaba é la muleta como yo de los negosios del Tonkín.

El *Moreno,* que no estaba pa bromas, se puso al habla con *Lagartijo,* llamó éste al bicho ende el callejón, y cuando le estaba contando lo de la reina Vitoria, que ar fin paese que no se ha fayesío, le largó *Frascuelo* un mete y saca traisionero que guillotinó al buey.

Bellotero

fûé el número tres retinto oscuro, bien puesto, tan basto como los otros dos y tan buey como el arrastrao úrtimamente.

Con dos lansás de refilón y cuatro más, juyendo después de un salto pa el callejón, gorvió la fila y tocaron á otra cosa.

Mojino dejó dos buenos pares al cuarteo, el segundo en corto y aprovechando, y *Primito* uno á toro parao, llegando bien. (Parmas á los chicos.)

Guerrita—que antes de esto había

lanceao de capa con una verónica y unas cuantas de frente por detrás, ó aragonesas, como el vurgo ice, ganándose parmas el chico, aunque no remató bien, porque el combro no tomaba los pliegues del capote—¡eche usted paréntesis!—se lió con *Bellotero,* y por más que quiso hacerle entrar á capítulo, no puo ser, pues el buey se najaba á tó escape. Entonces, sin andarse en dibujos, en cuantico le tuvo cuadrao, le atizó una estocada en su sitio entrando con ajobo, que finiquitó al buñuelo. (*Ovación.*)

Y salió el cuarto.

Cigüeño,

retinto, bizco del derecho, basto como pollino sin esquilar, flaco y sin representasión sosial, ni más ni menos que cualquier cunero e levita.

Comensó gorviendo la jeta. ¡Buen principio e semana, y lo ahorcaron... esétera!; el pueblo jarto e combros pidió fuego, pero el bicho se libró de las tracas porque, como quien resibe la cesantía, recibió seis puyasos echándole los pencos en la propia fisonomía.

Así y to, uno solo quedó pa el arrastre y fué el primero de la corría. Con

que ya ustés ven si la cosa vale la pena de escribir mucho.

Juan salió á por su honrilla en el primer par, que lo puso andando hasta la cara y cuadrando rigular; pero gorvió á perderla en el segundo, queriendo sesgar, y ¡que te cayes!

Juan, eso no está pa tí mayormente. ¡Digo yo!

El maestro, después de una brega algo despegá y más sosa que discurso e Jove, receto un pinchazo tirándose bien, y una buena en las tablas que cortó el resueyo al churro.

Y vamos con el quinto, un señor

Pastor

retinto, cornicorto, brocho y con tipo de cebón.

El animal paesía el bicho ese que pintan en los anuncios del extracto Liebig.

Pero mus salió toro y fué el único presentable.

Con bravura y poder tomó hasta once garrochazos, dejando dos candilejas de cuerpo presente.

Entre *Pulga* y *Ojitos* le pusieron los tres pares de *habítude*, buenos todos y todos al cuarteo sobre corto, y salió el *Moreno*.

El agüelo se encontró con un toro bravo, noble, que acudía como empleao por la paga y que era más corto e cuerná que don Venansio de estatura, y cuidao que el hombre paese un faldero en cuclillas.

Con esta sircustansia el Salvador le dió un pase con la derecha, otro ayudao y otro en redondo; metió er pié, que es mu diferente á meter la pata como ustés saben, y propinó un pinchazo bueno en su sitio.

Luego pasa otra vez, repite lo de la metía del pié y atiza una estocada debuten, recibiendo, y dando la salida como Dios manda.

Vengan esos cinco, Salvaor: eso no lo vemos tós los días. Que se repita cuando haiga ocasión es lo que hace farta.

La ovación de las buenas, aunque no tanto como se meresía, porque el público de los botijos, que era el que privaba ayer, no entiende de esas cosas.

Y nos despidió

Barbero.

Buey él, retinto él, basto hasta jartarse él, adelantao de cuerna y un poco veleto él.

Topando y najándose armitió seis picotazos, ejecutó dos arpas góticas, se vió engalanao con un par superior del Moji, llegando éste con finura, cuadrando en la misma cara y saliendo como el arte ordena, y par y medio del *Primito* bastantemente malos.

El niño se encontró con otro buey como el primero que le deparó la *chance*; no pudo torearlo de muleta porque no la tomaba, y lo mandó al desollaero de un pinchazo en las tablas y una buena ayí mismo, tirándose corto y con ganas de matar.

Palmas al chico, que se vió, como de costumbre, arrodeao por los Rochil de la afisión.

RESUMEN

De los bichos: un toro (el quinto); un medio toro (el primero), y cuatro güeyes.

Los piqueros no han hecho ninguna atrosidá de mayor calibre. Verdá es que picaban chochas.

De los mataores, Salvador y el chiquiyo.

De los banderilleros, el Moji.

La presidencia cumplió.

No así los acomodadores de las gra-

das, que dejaron sentarse en la repisa á to bicho viviente.

Vamos, D. Luis, con franqueza, ¿es que no quiere usté arreglar eso? porque vale más que lo diga de una vez, no vayamos á tomarle el pelo á la autoridá y resulte que es usté el culpable.

Con que... no abusar.

1889

GANAO DE LABOR

DÉCIMA DE ABONO

L sirco taurino
por el ancho ruedo
cruzó la cuadriya
y jizo el paseo,
lo cual que el concurso
la vido en silensio,
que estaba la plasa
á cuarto de yeno.
Al mirar vacido
tanto y tanto asiento,
la filosofía
se agrupó al celebro,
y dije á mis solas
pensando pa dentro:
¡Dios mío, qué fila
que tié el *Buñolero!*
. . . . . .
¿Güerve el polvo al polvo?
(Jablo del der ruedo).

¿Ha sío el Medrano
tenorio en su tiempo?
Bajo de ese traje
en jollín berrendo
¿se anida el espíritu
de Pedro Romero?
¿Los toros que mueren
se ayegan al sielo
y aluego trasmígran
y vienen borregos?
¿Qué jasen las jacas
después del sepelio?
¿Todo es vil materia,
prodedumbre y siemo?
No sé... pero hay argo
que explicar no puedo
ende que el Azcárate
jabló en er Congreso.

Y más valía que no hubiera hablao, porque asina pasaría el hombre por republicano, pa muchos, y ahora sa quedao entre dos aguas y le ocurre lo que á aquel sapatero sin parroquia que ejersía también de sacamuelas, y entre los dentistas pasaba por maestro de obra prima y entre los de la lesna por profesor odontálgico.

¡Valiente plancha, camará!

Desgraciadamente pa Sagasta, como el Azcárate no yeva cuadriya, tó lo que ha dicho como si nó.

Pero bueno es conocer el paño y saber ca cual á qué atenerse con la gente.

Con que..., D. Gumersindo, descansar y durse con Mateo, que es el único que pue darle un azta, porque lo que es nosotros, ¡cuarquier día le votamos á usté!

Y vamos á la corrida.

En cuanto supe que el ganao era de Trespalacios me afligí, porque si siendo presonas y de un solo palacio hay gente á quien no se pué aguantar, ¡carculen ustés lo que sucederá tratándose de animales y de triple alcázar!

Ná; una desdicha.

Los toros (excepción del cuarto, que demostró alguna bravura y sierto poer) fueron bueyes ende el testuz al espantamoscas. Entraban en varas najándose y se escupían de la suerte buscando siempre el camino del hogar paterno.

En palos, quedaos, tapándose y juyendo cuando se les acosaba mucho en un sitio.

A la muerte, ó guasones y descompuestos, ó huídos, ó dambas cosas á la vez.

En fin, que ganao más peor no se ha corrío en la plaza é Madrí ende los tiempos de Pepe Boteya, *el tuerto*, que sigún crónicas autorisás, el hombre no era reparao de ningún ojo, ni jamás jué á la prevensión por pítimas adquirías.

Para que ayer hubiese de tó en lo malo, salió un güey burriciego de los de las tres clases á un tiempo (el cuarto), y otro güey (el quinto) sordo como una tapia.

Propongo, para casos como este, el establesimiento de un colegio de sordomuos y siegos, á fin de enseñar á los bichos antes de que vayan á la vida púbrica.

El sexto educando pa el arao llevó fuego. El infeliz pagó por tós sus hermaniyos, lo cual gustó mucho al país, que estaba de güeyes más harto que lo está del Sagasta.

Vaya, Sr. 3-palaciòs, ajuste usté en junto á tanto el kilo de buey y largue de una vez la vacá, pues si lo que le queda de eya es como lo que ayer se vido, ni pa moruchos los quedrán en ninguna plaza del reino.

Los piqueros se fueron ayer de rositas. No hubo mayormente batacazos estruendosos, ni el *físico* de tanda metió mano al frasco del percloruro.

Sólo *Agujetas* llevó un porrazo, regular tal cual, en el quinto buey, que al hombre debió paecerle que se le venía encima la *tour* de Fel con sus 300 metros de jierro.

El pobre, desvanesío,
se echó mano á la cabeza,
y ar notá que la tenía
reanudó la pelea.

El que picó más á ley, con modestia y sircunstansias, fué un tal *Cantares*, que se ganó las parmas del puebro.

También el *Badila* las ganó en una vara al cuarto toro (es desir, güey), por más que ayer el susodicho *Badila* anduvo asaz remolón y sin gana e juerga.

Monsieur Bayard, ne soyez paresseux
que eso no gusta nunca á la afisión,
y el picá *con amore* y sin postín
no empece ná pa la declamasión.

***

De los banderilleros, ninguno.

Saturnino plantó al cuarteo un par regularcillo, aprovechando, en el primer toro, y otro ídem per íd. en el segundo.

Regaterín también se metió bien en su primer par al cuarto, y *Ostión* puso uno de los bastotes apretando de verdad y consintiendo, al tercer bicho.

Pero fuera de eso, que á la postre no pasó de rigular, lo demás fué un continuo baile delante de los bueyes; un tomar medías, que no paesía sino que iban á jasé argún puente; un entrar y salir en

falso, que aqueyo mareaba al más prevenío, y un buyir incesante capaz de jaser la *migraine* á un serrojo.

Pero ¿cuándo van ustés á enterarse de que á los toros se les parea donde quieren eyos (*passez moi* la palabreja, porque no quieren en ninguna parte) y no donde á ustés les acomoda?

¿A qué tantas matemáticas?

¿No habéis visto ¡oh apreciables banderilleros! á algunos niños (el Guerra sin ir más lejos) que cuando un toro corta el viaje ó cambia de terreno, ermiendan aqueyos el suyo y llegan á la cabesa como Dios manda?

Na: lo de siempre, que sólo nos lucimos con toros boyantes.

***

Y ahora les toca el turno á los mataores.

Frascuelo hizo buena brega en su primero; le pasó de cabeza á rabo, dibujó un redondo dizno del Aderramán; se fué dos veces sin herir, porque el toro estaba guasón y no hacía; y, por fin, en una arrancá del pavo metió un sablaso á un tiempo, que—sarvo lo de ser atravesao y perpendicular—no tenía defetos de burto.

A su segundo, que estaba más juido

que inquilino moroso, le metió la muleta en er josico por dos veces; pero luego se dió el güey pa el handicap, y aunque el moreno quiso siempre pelea, no pudo jasé carrera del bruto.

Le soltó dos pinchazos, amagó una vez, y aprovechando la primer cuadratura del bicho, más difícil que la del sírculo (que dicho sea de paso, no serviría pa ná si se carculase), largó un mandoble argo caído tirándose con fe y agarrándose á un pitón pa salir del lanse.

¡Olé los hombres!

Por último, al quinto, que ni tomaba muleta ni quería bromas con naide y que no jasía más que colarse á la cayeja, le salió al encuentro en su viaje al redor de las tablas y le dió una puñalá en el brasuelo.

Y el Salvaor se vino pal estribo y el buey quedó pal arrastre.

Y vamos con Mazzantini.

Lo que el púbrico jase con Luis no tié nombre.

Querer que pague el mataor las fartas del empresario, es una atrosidá que sólo pasaría en Viyabrutanda ó Fuenteadoquín. Eso de que asina que el hombre piya el refajo y va p'al bicho, se tome á chacota la faena y tó se güer-

va aullidos y canto é cotorra, sólo tié aplicasión en tierra é zulús.

¡Hombre, por la pinta é Beserra!, no sean ustés tan primitivos, miren al empresario como empresario y al mataor como mataor; no lo metan tó á barato, cuando se trata de jugarse er peyejo.

Con que... lo dicho y sepiyá un poco er sentío común, que está en argunos por demás intonso.

Como diría el Arnao,
que es un vate trasnochao.

Claro está que después de lo expuesto no voy á jusgar el trabajo de Luis. ¿Pa qué? Si apunto de él argo bueno (que algo jiso), dirán esos cabayeros cuarquier disparate, y no daré gusto; si indico lo malo de la faena, en muchas ocasiones, exclamarán: «¡Ahí lo tié usté; no sirbábamos al empresario, sirbábamos al torero!» lo cual no es verdad.

Digo, se m'antoja á mí.

Que cual, pues, s'arregle como pueda, y amaneserá Dios y medraremos, aunque creo que pa la afisión no amaneserá nunca al paso que vamos, y con corrías tan desdichás como nos cuelan.

1890

QUINTA DE ABONO

ÍTIMAS del Dos de Mayo
no os podéis quejar de mí,
que por respeto á vusotras
cierro el preámbulo aquí.

Y voy derechamente á reseñar la corrida en que figuraban como actores seis bichos del Saltillo y las cuadrillas del maestro más maestro de todos los maestros y del discípulo más *degourdi* de todos los discípulos.

En clase de espectadores había algunos buenos aficionaos y mucho zulú, como verá más adelante el curioso lector.

Abreme la puerta,
puerta del chiquero,

que está aquí esperando
un tal *Pasajero*.

Así mujía el toro, y el *Buñolero*, que ya entiende ese volapuk de las reses, dió suelta al bicho.

Era este tal, un cornúpeto cárdeno oscuro, bragao, más basto *pa* toro que el Becerra *pa* persona, grande, bien criao y recogidito de alfileres.

Bravo, con algún poder y ninguna voluntad, aguantó siete lanzadas, una buena de *Pegote,* á cambio de cuatro terremotos.

Señor de *Pegote*,
me está usté gustando;
asina se pica,
corto y apretando.

Pencos *pa* el sepelio: uno.

El maestro dió unos lances de capa, que no había ojos para mirarlos, como después no hubo manos bastantes para aplaudirles. Fueron unas verónicas que ni dibujadas por el Pradilla y el Ferrant y el Plasencia, y una navarra que á poco nos deja sin respiración, de *recogíos* que estábamos viéndola.

¡Olé el Abderramán más grande del Califato!

Alá desde el séptimo cielo, después de limpiarse la baba, aplaudió.

Ostión deja un par al cuarteo de los que duelen. (Digo, se me figura á mí que dolerán) y luego otro ídem per ídem al relance.

Manene, después de entrar de mentirijillas una vez, colgó medio par cuarteando desde las ermitas de su pueblo.

¡Vaya un viaje, camará!

Y salió el califa Rafael I, tanteó al bruto, y visto que se le najaba, se apretó con él, lo recogió, y tras de muy pocos pases, de maestro, se metió á volapié, dejando una estocada monumental que hizo polvo al cornúpeto.

El infinito positivo de palmas, un diluvio de olés y vivas á Córdoba y ¡la mar!

Quizá fuera una ilusión,
pero yo vide en el aire
aplaudir y echar tabacos
á Ruiz, Daoiz y Velarde.

***

Por *Cazolejo* atendía el segundo, negro, bragao, listón, abierto de cuerna, menos basto que el *frere* difunto y con menos carniceras.

Fué voluntario,
pero blandito,
tomó ocho varas

de argún castigo,
quedaron vítimas
dos langostinos.

Y pasamos á otra cosa.

Primito se descolgó con un par de los de ballestilla, á la carrera, y luego medio muy malo.

Pita, y hasta otra.

Mojino, después de meterse en falso, dejó un par al cuarteo, entrando limpio y saliendo más sucio que olla ranchera sin fregar.

El niño *Guerrita* se lió con la res, y después de una brega un poco sinalagmática, ayudado del maestro, y sufriendo alguna que otra coladura, arrimó un pinchazo empujando con coraje, una estocada hasta la mano con tendencias aviesas y un certero descabello.

Palmas.

***

Cárdeno, bragao, de romana, grance, lucero, *entre fino* y bien armao fué el tercero, bautizado con el nombre de *Tinajito.*

Escupiéndose de la suerte cuando los picadores se cargaban sobre el palo, y mostrando codicia cuando no sentía el *iierro,* aguantó siete picaduras.

Hubo además un marronazo.

Con toda la sosería de este mundo y del otro y aun del más allá, le prendieron cuarteando sus tres pares de ordenanza, los *chicos* Antolín y Juan.

El califa empezó pasando con la derecha y tomando al bichó á honesta distancia, á pesar de lo cual no escasearon las coladas, porque *Tinajito* estaba muy guasón y alargaba el *josico* cual si fuera de goma.

Y dijo Rafael pa su capote:
A mí tú no me das una corná,
te apuesto cuatro duros contra un perro,
y bien ó mal vas á la eternidá.

Como si realmente hubiera apostado con el bicho, largó un pinchazo á paso de banderillas, saliendo el hombre de naja; después un mete y saca á la media vuelta; un sablazo sin clasificación; una dolorosa á la media vuelta; otro mete y saca en el gollete, tras de lo cual se fué el maestro al olivo, creyendo que

tutto era finito;

pero un cofrade le dice: «camará, que el bicho gosa *otavía* de buena *salú,* y volvió al ruedo el califa núm. 1, rematando al pavo de un buen descabello.

Pita y algunas palmas.

Yo ni aplaudí ni silbé
por lo que luego diré.

***

Y vamos con el cuarto, *Morito,* negro, bragao, bien puesto, fino y de libras.

Tardo, blando y escupiéndose, hizo la primera faena. Tomó siete varas.

Agujetas marró y repitió la suerte. Pero hombre, ¿tenía jabón la garrocha?

Una crisálida de Bayardo fué baja en pesebres.

Almendro dejó un par, que resultó bueno porque sí, pues el mocete

ni cuadró,
ni Cristo que lo fundó.

Después, en su turno, prendió otro par cuarteando, bueno de verdad.

Palmas al de las almendras.

Guerra *mineur* (no siempre ha de ser *cadet*) cumplió con medio al cuarteo de los *esaborios*.

Guerra *ainé* se fué solo al cornudo, bregó como él sabe—y sabe más que el señor de Lepe y de Lepijo—y después de una faena como el raso de Lyon ó los billetes de 4.000, se descolgó con una estocada superiorísima, á un tiempo, contraria de puro atracarse, y mo-

jando la de escribir, en la sangre del morrillo.

Después de un intento de descabello y un descabello efectivo, el bicho se fué á mejor vida y el niño recibió una ovación digna de tal faena.

No cabe más, *Guerrita*.

Y dígales usted á esos aficionados que presumen de pontífices, por mor de haber visto al Redondo y al *Paquiro*, que así se matan toros, y que ni ellos entienden, ni distinguen, ni saben ver, ni ese es el camino.

Dígales usted que si vieron al Redondo no se enteraron, y si se enteraron han perdido los papeles y sólo les queda la afición á secas, sin pizca de cacumen.

Mándelos usted á la gloria. Aunque mejor es dejarlos.

Son chifladuras de la ansianidaz
que vienen casi siempre con la edaz.

Y por hoy no sigo; pero si alguno de esos apreciables escribidores trasnochados da en desbarrar como hasta aquí... vamos, que le tomo el pelo.

Sirva esta de primera y última amonestación.

***

Cárdeno chorreao, con bragas, buen mozo, brocho y caído del derecho, fué un tal *Ropero* que salió en quinto lugar.

Certero, bravo, duro, de poder, seco: no le faltó más que recargar para ser un toro de bandera.

Diez veces le agujerearon el cuero cabelludo; lo cual que el pavo se vengó dando á los de aupa cuatro sonoros batacazos.

Cinco angulas pasaron á mundo mejor. *Manene* debutó con medio par malo, y luego, arrepentido, clavó otro peor.

Ostión atizó dos de los suyos, uno cuarteando y otro al relance.

Y ahora oído al parche.

Rafael, *mosqueao* con la pita de marras, se fué al bicho, hizo una de esas faenas que no hay palabras que basten á elogiar, y entrando corto y derecho, y saliendo como el rayo del sol... etcétera, dejó una estocada hasta la bola. Cuando el puntillero quiso prepararse, ya estaba el bicho en la eternidad.

Por más que pienso y discurro
y me caliento el magín,
no encuentro nada que exprese
lo que yo quiero decir.

En fin, caballeros, un derroche de arte, y serenidad, y valor, y estética to-

rera, y... pongan ustedes lo que se les antoje de bueno, que *to* cabe.

***

Seguía la ovación al maestro cuando salió el último buró de la tarde, *Charrito,* castaño, bragao, corto y abierto de pitones, de menos respeto que los cinco ya cadáveres y más en la infancia.

El animal fué bravo y voluntario; pero no tenía cabeza mayormente.

Pegote y Fuentes le pusieron dos buenas varas, á una por mona, y con cinco más de toda la caballería de servicio fué á palitroques.

El pueblo soberano pidió que pareasen los matadores; éstos, finos, atentos, complacientes y tal, cogieron los arpones y ¡no fué *na* lo que allí pasó!

Véase la clase:

Guerra clava un par superior al quiebro, luego otro de frente y otro más al relance.

Rafael deja uno asombroso, andando hasta la misma cara y cuadrando como ya no se ve: después repite con otro al cuarteo, cambiando el viaje á un paso de la res y saliendo como quien lava.

El *Moji* estaba espantado. Lo veía y no lo creía.

Ostión no gorvía en sí de su asombro.

Al de las almendras se le figuraba toaqueyo cuestión de brujería.

Pa no cansar: el que no haya visto la cosa no vió ná que valga un pepino.

Todos los Regateros habidos y por haber, y los *Cucos* y los Armilla, etcétera, etc., se quedaron en pañales.

¡Vaya unas faenitas!

La ovación piramidal. Cómo sería que los *profesores* de la banda, *motu propio*, se arrancaron con una sonata, cosa nueva en la plaza de Madrid.

Después el niño puso término á la corrida, bregando superiormente y soltando una estocada á un tiempo (después de dos pinchazos en lo duro) que no hay más allá.

Entusiasmo público. La ovación á los diestros siguió fuera de la plaza.

Al niño le sacaron en hombros.

***

Resumiendo:

Los toros se portaron como tales, distinguiéndose el quinto y sexto.

Rafael en su segundo estuvo mal; pero hay que tener en cuenta que el bicho no veía del lado de la muerte. No hubo razón para la pita que algunos zulús le dieron. ¿Quieren ustedes que

se vaya? ¡Oh, Fuenteadoquines indocumentados!

El presidente, al mandar un aviso á Rafael, quedó cien codos por bajo de cualquier sumidero. En primer lugar, que el Califa no llevaba el tiempo que marca la ley pitonuda en vigor, y en segundo, que á toreros como *Lagartijo* no se les debe avisar sino cuando fuera de la cara de los toros pasen mucho tiempo bregando.

¡Ay! qué ediles se gastan
en estos tiempos.
No *distinguen* de toros
ni de toreros.
Y como *arcardes*
resultan verdaderas
calamidaes.

He dicho.

1890

La despedida de "Frascuelo,,

(12 DE MAYO)

o puede quejarse Salvador de nuestro pueblo.

Un público entusiasta acudió al circo para aplaudir por última vez al que tanto tiempo luchó allí, conquistando en el toreo un nombre que vivirá siempre.

Muchos antiguos aficionados que rara vez van á los toros, fueron ayer

á rendir un tributo de admiración y cariño al valiente espada.

Las avenidas del coso presentaban un aspecto que escapa á toda descripción. Mil clases de vehículos se aglomeraban cerca de las puertas, arrojando materialmente allí un verdadero diluvio de personas de todas las clases sociales.

Hubo algún matrimonio de la *higliffe* que se presentó en la plaza vistiendo el característico traje del pueblo bajo de Madrid, cuando, como vulgarmente se dice, echa la casa por la ventana.

Había mantillas á cientos y sombreros cordobeses á miles.

Entre los trenes recuerdo un break, tirado por cuatro caballos, ricamente enjaezados, que guiaba un cochero vestido con lujoso traje andaluz—sombrero calañés inclusive—junto al cual sentábase un lacayo con idéntica indumentaria.

Así se va á los toros.

Cuando yo veo la tendencia de nuestras aristócratas á suprimir la clásica mantilla, lo mejor que me ocurre es que no saben ponérsela, ni tienen sal para llevarla.

Todo el año van de sombrero; ¿por qué no aprovechan las tardes de corrida para variar de tocado?

¡Están tan guapas las españolas con la mantilla bien puesta!

Vaya un aplauso á las que la llevaron ayer; y sin más disquisiciones, ya que no pueda pintar la animación del circo al empezar la corrida, vamos á la reseña.

Por hoy suprimiré toda clase de cuchufletas; no las considero oportunas, tratándose de despedir á un lidiador como *Frascuelo.*

En algo se ha de distinguir esta revista de las otras, y de alguna manera he de significar mi duelo.

Al presentarse Salvador en la arena, llevando á la derecha al debutante *Lagartijillo*, y éste á la suya al Guerra (1), resonó en la plaza un aplauso unánime.

Entre la cuadrilla iba el *Mota*, que se propuso acompañar á su ahijado de otros tiempos.

Badila, que se ofreció á picar en esta corrida, también tuvo su ovación.

***

Y salió *Romito*, primero de la tarde, *colorao*, gordo, bien puesto de alfileres, listón, ojinegro y basto.

Tardo y quedado desde el primer

(1) *Guerrita*, en obsequio á *Frascuelo*, salió á banderillear los toros que éste matase.

momento con la caballería, pero haciendo por los peones y tirando á dar, sufrió cuatro sangrías á cambio de otros tantos porrazos á los de aupa.

Badila marró una vez.

Dos jacas quedaron en el ruedo esperando el arrastre.

Previas las finuras de rúbrica, *Pulga* prende un buen par al cuarteo, que no se aplaudió lo que merecía. ¿Por qué? Doctores tiene la Iglesia que sabrán decirlo. Luego el susodicho *Pulga*, después de entrar en falso, dejó otro par cuarteando, éste muy flojo.

Berrinches cumplió, luego de tres salidas falsas, con dos arpones á topa carnero.

Frascuelo se acerca al debutante y le confiere la borla de doctor.

Lagartijillo se lió con *Romito* que, *aculao* en las tablas, se tapaba á boca que pides, y después de una brega valiente y confiada, se deshizo del bruto de un pinchazo en hueso y una buena. Todo esto estando el bicho *humillao*.

Palmas al chico, y bien ganadas.

Lagartijillo vestía traje color de cielo, con oro.

***

Por *Pregonero* atendía el segundo y era berrendo en negro, botinero, calcetero, *corniavacao* y poco fino.

Con cabeza, pero sin voluntad y tomando la suerte por entregas, aguantó siete picotazos, casi todos de *Badila*, que sólo quedó bien en uno. En los otros parecía que pinchaba por compromiso. ¡Ni que tuviera el hombre las manos de manteca!

Hubo también su correspondiente marronazo, con estruendo, y cuatro caídas en los dichos picotazos.

Guerra se banderilleó solo al animal, dejando dos medios pares de frente, muy finos, y uno á la media vuelta, en menos tiempo que se tarda en contarlo.

Palmas al niño, que vestía azul-cobalto con oro.

Salvador, ataviado de café oscuro, también con oro, faja roja y pañoleta del mismo color, se fué solo al bicho, llevando, como en sus mejores tiempos, la muleta plegada hasta la misma cara de la res. Hizo una faena de primera, confiado, sereno, dando unos pases en redondo que ni pintados, tras de los cuales amagó una vez, lió nuevamente y echó á rodar al toro, tomándolo á un palmo de distancia, de un monumental

volapié hasta la bola, entrando derecho y saliendo por los costillares.

La ovación fué inmensa y digna de tal faena. De todas partes caían á la plaza sombreros, cigarros, y lo que es mejor, valiosos regalos de los admiradores del diestro.

Hubo quien echó un par de palomas blancas.

¡Bravo, Salvador! Así se matan toros.

***

Perinolo, negro mulato, con bragas, algo veleto, un tantico *separao* de cuerna y más fino que sus hermanos, consumió el tercer turno.

Sin cabeza, aunque con voluntad, recibió diez puyazos, entre ellos uno malo de *Badila* y otro bueno de *Pegote*.

Mató tres jacas.

Guerrita dejó tres pares superiores, y el *abuelo*, después de muy pocos telonazos para sacar al bicho de las tablas, lo mata en ellas de dos medias estocadas en su sitio, una entera muy dolorosa, otra media caída y un buen descabello.

***

Negro, *bragao*, astinegro y bizco del derecho fué el cuarto, de nombre *Tirao*.

Salió con más pies que un corzo, y

el niño Guerra se encargó de quitárselos y llamarle al orden, con cuatro verónicas, dos de ellas de las que arrancan hurras hasta á los chinos.

Después de estos lances, cada vez que el toro metía la cabeza se dormía en el *achazo* y ni con despertador volvía en sí.

Afortunadamente para el contratista de jacos, sólo pidió quimera en seis ocasiones, resultando dos víctimas caballares.

Badila solicitó permiso del Sr. Betegón, que presidía, para banderillear á caballo, y el edil, que es muy simpático, y muy amable, y presidió muy bien, dicho sea en justicia, accedió á la petición del piquero. Bayard clavó un magnífico par de arpones, que dejaron al bicho más blando que una manta de algodón en rama.

Ovación á *Badila.*

Barberillo y su colega el *Moños* pasaron las de Caín para arponear al toro, que estaba *quedao* y se tapaba.

No quiero decir la faena de estos *diestros,* porque no valió la tinta que se emplee en relatarla.

El debutante pasó con mucho valor, pero sin lucimiento, y mandó al toro al desolladero de un pinchazo cuartean-

do, media tendida, también con cuarteo, un intento de descabello y un descabello efectivo.

El bicho se embebía, desarmaba, se acostaba del lado derecho y tapaba la salida al matador.

***

Y vamos con el último toro estoqueado por *Frascuelo.*

Era jabonero oscuro, flaco, largo, meleno, basto, de cuerna grande y vuelta.

Se llamaba *Regalón.*

Según los que andan entre ganaderos y pastores, el duque no quería echar este toro porque era hermano carnal de un bicho que dejó mal puesto el pabellón de los Veragua; pero el mayoral dicen que dijo que respondía de la res y se trajo.

Esta no quiso dejar mal ni al duque ni al vaquero. Cumplió en varas, tomando siete y matando tres arres. Por aquí acertaba el mayoral.

Guerrita dejó superiormente un par al cuarteo, enmendando el viaje al meterse, y dos al sesgo. Todo, en un hálito de minuto.

Al tocar á muerte, el jabonero hubo de probarnos que el duque-ministro co-

noce bien sus reses, y el bicho se convirtió en buey de solemnidad. Pedía á voces una carreta.

Salvador quiso poner fin á su vida torera dejando grato recuerdo en el público; mas el hombre propone y los bueyes disponen.

Regalón no quería muleta, se huía á más y mejor, y no hubo medio de lidiarle; visto lo cual por *Frascuelo*, en cuanto pudo, se tiró con una estocada buscando los bajos, que mató al buey por la posta.

El manso llevó la muerte que merecía.

***

Al salir el sexto, *Saltador* de nombre, negro, flaco, abierto de cuerna y... becerro, el público protestó; pero al ver que el bichejo atacaba con bravura, demostraba poder y era certero al herír, se reconcilió con él.

Resultó quizá el mejor de la corrida.

Los de la mona, después de dos marronazos, agujereáronle cinco veces la piel, entregando cuatro jamelgos.

Moños y *Berrinches* prendieron cuatro pares de pacotilla, tres al cuarteo y uno al relance, y puso fin á la fiesta

Lagartijillo, toreando superiormente al becerro, dándole dos pinchazos en hueso y un gran volapié.

RESUMEN

Salvador mató á su primero magistralmente. Los otros dos no se prestaron á lucida faena; pero él estuvo como de costumbre, valiente, arrojado, sin apartarse de la cara de los toros, trabajando á conciencia, haciendo quites superiores.

El pueblo de Madrid, al despedir á *Frascuelo*, le demostró las grandes simpatías con que cuenta.

Salvador fué sacado á hombros de la plaza.

Por mi parte, al despedirle, puede tener la seguridad de que no le olvidaré nunca.

Toreros como él nacen pocos.

Lagartijillo es valiente y no meneja mal el trapo.

Ayer nos hizo concebir grandes esperanzas.

Que no las defraude.

En cuanto al ganado, fué malo sin atenuantes.

El duque llevó su pita correspondiente.

¡Vaya unos toros!

Al terminar esta revista se nos dice que Salvador está decidido á dejar, en beneficio de los pobres de Madrid, gran parte de los 6.000 duros cobrados ayer.

Será un rasgo que honrará sobremanera al valiente espada.

1891

CORRIDA EXTRAORDINARIA (1)

FUÉ ayer la corría
pa presentación
de *Espartero* y Guerra,
the great atraction,
como escriben esos
hijos del Albión.

Eso de Albión no lo entenderá ninguno de los apreciables diestros que ayer torearon.

Tal vez se figuren que es el mote de algún compañero nuevo en el *arte.*

Aunque *á present* la gente de coleta se va ilustrando, y hay chico que lo mismo mata un Miura que dispara un discurso ó actúa de actor en *cuasi-*

(1) Celebróse esta corrida en el mes de Marzo, y bien puede decirse que ella inauguró la temporada. Habia afán de que toreasen en competencia *Espartero* y *Guerrita*, y la empresa aprovechó los deseos del público, buscando el negocio.

quier compañía cómico lírico-dramático-coreográfica.

¡Co...mo que hay su *mijita* de casino *pa* ilustración y solaz del gremio toreril!

Y muchos individuos del ramo desdeñan ya la chaquetilla y el pantalón *ceñío*, para andar por la calle, y me gastan unas americanas largas y unos cordobeses *reformaos* que aquello parte los corazones.

Lo cual que no parecen ni toreros ni señoritos.

Vaya, caballeros, no promiscuar: *ú lo juno ú lo jotro*. O se visten ustedes de corto, como Dios manda, ó de paisanos, como cualquier hombre civil.

A mi juicio aquello es lo más razonable. ¡Digo yo! Si no, cree uno hallarse en carnaval perpetuo.

¡Apenas se entusiasmaba la afición, cuando el día de jueves santo veía al *Tato*, y al *Lagartijo*, y al *Frascuelo*, hechos unos brazos de mar, en la Carrera de San Jerónimo!

Pero dejémonos de indróminas y miremos *pal* ruedo, que ya la *brillante* banda de San Bernardino ha *interpretado* su op. 1.900 y ahí salen los maestros Guerra y el tocayo del conde de Luchana, vestidos al *respective* de mo-

rado con oro y granate con ídem.

El público aplaude, aunque con cierta *cortedaz*, por mor de los anabaptistas del gran Rafael que ponen cara de respeto y no invitan á la expansión.

***

Y salió el primero, que como todos sus hermanos, pertenecía á la vacada del Saltillo.

Era cárdeno, muy oscuro, muy gordo, muy grande y un tantico basto; tenía en la cuerna el mismo defecto que D. Antonio en los ojos.

Atendía por *Zorrillo* y no se sabe si hacía versos en la vacada, aunque, de fijo, si los escribió fueron mejores que aquellos célebres de Elisa.

El animal, á pesar de su facha, fué blando, entró siempre najándose, no tumbó á los de aupa, aguantó cinco picotazos, respetó á los jamelgos y aquí dió fin el acto primero.

En el segundo, Julián Sánchez puso un buen par al cuarteo, y *aluego* uno malo, lo mismo.

Morenito atizó dos medios peorcitos *dambos* á dos.

El *Espartero* se lió con *Zorrillo*, que estaba hecho una babosa, y después de una buena brega, pero buena, buena,

se tiró corto y derecho y dejó una estocada perpendicular, con tendencias al estrabismo, como diría Moret.

Pero el bicho no se echó
y al matador deslució;

porque como ya no hacía por él, empezó el mozo á pinchar y á intentar el descabello, en el cual anda á la altura de Fabié como ministro.

Por fin Manolo acertó con una buena.

Y unos le tocan palmas
y otros le pitan,
que la afición estaba
muy dividía.

Un tal *Comerciante* fué el segundo, negro, con bragas, grande, más fino que el difunto y bien puesto.

Tomó siete puyazos y causó tres emocionantes terremotos, proporcionando en éstos la mar de palmas á los niños, que hicieron quites de primera.

Guerrilla, al rematar uno de ellos, se quedó sentado en el estribo, delante del toro.

Primito cumplió con dos pares al cuarteo, malo el uno y soso el otro. Y *Mojino*, tras dos entradas de mentirigi-

llas clavó, también cuarteando, un buen par.

Encontró *Guerrita* al *Comerciante* en la querencia de un caballo, de la que no salía ni á tiros; pero el chico, con mucha enjundia, sacó al hortera de aquel mostrador improvisado, y en cuantico se le cuadró soltóle un volapié monumental en las mismas péndolas, entrando corto y derecho y saliendo como ese rayo de sol que reza el catecismo.

¡Olé los hombres!

¡Ah! quedaron de cuerpo presente dos Bayardos.

***

Venaito—tercero de la tarde—fué un pavo negro, entrepelao, gordo, grande, de armas finas y no mal parecidas, vamos al decir.

Los de aupa le obsequiaron con seis lanzadas, y *Venaito* devolvió el obsequio dándoles tres tumbos y finiquitando un percebe.

Malaver y *Valencia* cumplieron su cometido muy por lo mediano, dejando aquél un par pasadas (suple banderillas), y medio muy malito cuarteando largo, y el *Valencia* uno y medio, tam-

bién al cuarteo, como quien juega al marro.

Espartero toreó de muleta corto y ceñido; después atizó media estocada perpendicular y delantera, una *enteriza* de las que no matan, un pinchazo y un descabello sin consecuencias.

Y pasó lo mesmo
que en el primer bicho:
hubo argunas parmas
y hubo argunos pitos,
y el diestro entre tanto
se iba pal estribo.

***

Castaño, entrepelao, fino y recogío de cuerna fué el cuarto, conocido entre su gente por *Bravío*.

Siempre de naja, aunque arrancando largo, tomó seis varas (una buena de *Pegote*), dió dos costaladas y pasó á banderillas.

Guerra *cadet* mete par y medio muy malitos, saliendo trompicado, y el Almendro dos palitroques que ni de encargo resultan más fusilables.

Y paso al Guerra...

Quisiera yo tener el numen del cantor de las cruzadas, que escribió aque-

llo de

Canto l'armi pietose e'l Capitano
che'l gran Sepolcro liberó di Cristo,

etcétera.

Porque *Guerrita* merecía una cantata de ese jaez.

El chiquillo se lío con *Bravío*, le pasó con sobriedad y aseo, metió el pie y atizó una superiorísima estocada recibiendo; pero recibiendo á toda ley.

El toro cayó hecho un ovillo.

La ovación fué de las de buten.

Eso ya no se puede describir. Hay que verlo, y verlo con lentes.

La Pacini, que estaba en un palco, miraba aquello y debió pensar:

—Como á mí en el rondó de *Sonámbula*.

En fin, que casi casi hay que decirle á Guerra, parodiando al Bartrina:

La cosa más sublime,
el cuadro más hermoso
que he visto en este mundo
ni puedo ver en otro,
fué lo que ayer hiciste
al recibir á tu segundo toro.

***

Mientras el pueblo soberano batía palmas al II de los Rafaeles, salía el

quinto cornudo de la tarde, *Galguito*, negro listón, bien puesto, bragao y de gran romana.

Fué blando como el algodón, llevó un rajonazo, le marraron una vez, pincháronle cuatro, dió un tumbo y asesinó dos potros interfectos.

Morenito largó un par cuarteando y otro al relance, regulares, y Julián Sánchez, después de entrar en falso cuatro veces, dejó otro par muy *esaborío*.

Espartero se fué al elefante, le dió dos pases nada más, y tirándose casi en el terreno del bicho, soltó un volapié hasta la mano, por todo lo alto, de esos que matan como una exhalación.

El chico cayó al suelo por mor del encontronazo.

Tuvo su ovación correspondiente, muy justa y muy merecida.

¡Ya lo creo!

***

Y cerró plaza un señor *Cotorrito*, cárdeno, lucero, salpicao, gacho, apretao de pitones y una mijita astillao de uno de ellos.

En seis ocasiones le tentaron la piel los de aupa, mal casi todas y acompañadas de batacazo, porque el bicho tenía poder.

Pagó los vidrios rotos un par de infelices saltamontes.

Mojino puso dos palos en dos veces y *Primito* dos pares en otras dos (¡eche usted *doses!*)

Guerrilla trasteó al bruto como él sabe, y luego, tirándose con mucha fe, dejó media buena, cayendo al suelo el espada, lo mismito que el otro, por el encontronazo.

El mocito creyó que el animal no haría tanto por él.

Después soltó otra media buena, dando al toro las tablas y, por fin, una entera algo tendida.

Y se acabó la fiesta.

RESUMEN

El ganado, como estampa, superior; pero los hechos no respondieron en absoluto á la facha de los causantes.

Me recordaban á una viudita verde amiga mía, la cual estuvo casada con un buen mozo que resultó fantoche, como cierto duque muy conocido, y cuando la hablaban de hombres guapetones, solía decir:

—¡Ay, hija!; desconfía de los buenos mozos: suelen resultar como la casa de Astrarena.

Algo de eso hubo en los bichos de ayer, por más que dieran juego.

Los matadores dejaron satisfecha á la afición, y llevarán gente á la plaza como ayer.

Claro está que con *Guerrita* no hay competencia posible, porque el chico es un asombro; pero si alguno puede hoy estimularlo y hacerle apretar, es el *Espartero*.

Torea éste muy bien de muleta y hace quites superiores. Al herir no está á la misma altura, aunque ya no arquea el brazo, como *in illo tempore*, lo cual demuestra un avance.

Los banderilleros en general muy medianos, y menos que medianos los picadores. Sólo *Pegote* merece una ligera excepción.

***

Se anuncia para el miércoles la novillada que no pudo verificarse el día 19.

Muy bien. Quiera Dios que haga un buen día para que no se agüe la fiesta y veamos á *Pepete*, *Lesaca* y *Bonarillo*, y sobre todo al bebé José Romero, un niño que se trae unas hechuras que ni su tocayo D. Pedro.

Aquel que fué director
de la academia taurina
que fundó Fernando VII
en la ciudad de Sevilla.

La cual no sirvió *pa* maldita de Dios la cosa, como ustedes saben.

¡Al fin, cosas de Borbones!

1891

Corrida de beneficencia (1)

TODA júbilo es hoy la gran metrópoli:
el popular aplauso y alegría
unidos al magnífico aparato
la vuelta del MAESTRO solemnizan.
Segundo Godofredo, cuya espada
de celestial impulso dirigida,
si no cortó el pescuezo al Saladino,
tirano pertinaz de Palestina,
jiso tantas proezas en el ruedo
que dejó á los crusaos en mantiyas.
En confuso tropel, el pueblo corre
por ver á *Lagartijo*, que este día,
dejándose admirar de sus leales,

(1) Tuvo grandísimo interés esta corrida de beneficencia, pues *Lagartijo*, que no quiso ajustarse por la temporada, vino á torear ese día.

Solo copiaré, pues, lo relativo al maestro.

En la corrida se lidiaron diez toros, cinco de Veragua y otros cinco de Miura. *Cara-ancha* estuvo muy mal en el segundo y bien en el séptimo; Mazzantini regular en el tercero y octavo; *Espartero* también regular en los dos suyos (cuarto y noveno), y *Guerrita* superior en el quinto y bien en el décimo.

hacer mayor la fiesta determina.
La corte toda al templo le ha seguido
(este templo es el templo de la lidia),
y allí vamos señores y plebeyos
dispuestos á aplaudir al gran *Califa*.
No fartó argún *Cellini*, que quisiendo
perpetuar el recuerdo é la corría
en bronce más ó menos perdurable
grabó medalla conmemorativa,
la cual ha resurtao, por desgrasia,
argo desdibujá y esaboría;
pero, en fin, la intensión ha sío buena
y envío mis aplausos al artista.

Y basta ya de introito poético. Perdone el autor de *Raquel* (tragedia) la libertá que con sus versos me he tomado; pero hoy había que echar la casa por la ventana y me pareció muy del caso comensá por eso de *Toda júbilo es hoy*, etc...

No digo ná del poco cacumen de los señores de la comisión, ni de esas **10.750 pesetas** birladas al Hospital; porque ya lo he jecho repetías veces y en su día volveré á la carga.

Tampoco digo lo mucho malo que me ocurre del Sr. Viana (marqués de) á propósito de la fiesta, porque algo y aun argos apunté ayer.

Vamos en derechura á la función.

Cuando el maestro sale por el foro
estalla una ovación monumental,
de las que quedan, para siempre, vivas
en la memoria de cuarquié mortal.

Aquello fué el delirio: hubo un derroche de ¡olés!, y ¡viva Córdoba!, y ¡bendito sea el agüelo! que atronaba.

Mujeres, niños y ansianos,
tó Dios batía las manos,
y Alá desía entre tanto
santo, santo, santo, santo.

Los otros diestros quedaron argún tanto en la penumbra hasta mejor ocasión.

Ahora vamos á ver si esas parmas siguen, y no le pasa al *Califa* lo c'al Nasareno, que lo recibieron con eyas y aluego lo crusificaron.

El primero (de Veragua)

se llamó *Zurdo* y fué castaño, carinegro, bragao, bien puesto, gordo, fino y de buena lámina.

Guerra hizo un gran quite en una de las seis varas que tomó el pavo (cinco con terremoto).

El maestro se ganó ¡la mar! de parmas también.

Jacos *pa* el sepelio: dos.

Juanillo y Antolín prenden—después de pasarse algunas veces de mentirijillas—cuatro pares, tres al cuarteo y uno al relance (el de Juan).

El puebro aplaude al maestro cuando le vede con los chismes.

El toro estaba quedao y desafiaba.

Rafael pasa cerca, corto y muy confiado; después suelta un pinchazo bueno, media estocada buena, tirándose bien, y un gran descabello.

Parmas púbricas.

. . . . . .

Sexto.

Borriquero (de Miura), castaño, chorreado en verdugo, ojo de perdiz, choto sin pintones y menor de edaz.

Prosiguen los aplausos
al niño Guerra,
y el chico los recibe
con gran modestia (1).

El choto lleva siete alfilerazos sin más percances que un potro interfecto.

Los piqueros pinchando en lila.

Manene se vido expuesto al meter un par, lo cual que no lo metió.

El becerro se defendía, y el niño *Manene* tomaba precauciones.

Y nos aburrimos, y pitamos, porque hay mucha *jinda*, ¿sabe usted?

Al fin *Manene* larga el par á la media vuelta.

Ostión otro pasado de puro consen-

(1) Mató al quinto admirablemente, como queda dicho.

tir. (¡Olé!) *Manene* entadia con el orgasmo, no jiso ná, y el *Ostión* plantó uno de castigo y con coraje.

Rafael comienza dando disposiciones. ¡Malo! Luego tira la montera y pasa despegao y sin confiansa. ¿Tendremos la crucificasión después de lo otro?

Puede, porque el maestro se tira largo y cuarteando, dispara un pinchazo saliendo perseguío, una perpendicular (que escupe el toro), otra ídem tomando el olivo y... ná, que al fin, se echó el cornudo.

Argunos pitan
y otros aplauden;
yo ví la cosa
indisculpable.

Sí, señor; porque no había motivo para desconfiarse así. Esa es la verdad.

¡Ay, Rafael, qué cosas te diría si tuviera humor de escribir!

1892

LA CORRIDA DEL DOMINGO (1)

L no publicarse ayer *El País* me impidió reseñar la corrida; pero como en ella hubo algo que conviene decir, no es cosa de suprimirlo por día más ó menos.

Ese algo fué lo referente al gran *Califa*, el primero y único, no ya de los

(1) Tercera de abono celebrada el día 1.º de Mayo.

cordobeses, sino de todos los toreros habidos y por haber.

Ya saben ustedes que se corrieron seis Miuras, los cuales, tomándolos en junto, resultaron guasones, *quedaos*, con poca bravura y muchas ganas de coger.

Hubo su excepción, que la constituyó el quinto, una buena persona en toda la extensión de la palabra.

Y vamos á lo que motiva este artículo.

Rafael quedó mal en su primer toro.

Llegó el segundo, y practicó una faena atroz, imperdonable en él. Yo, que no soy sospechoso, que dediqué al maestro mi primer libro, que (lo confieso) el día que él falte de la plaza iré á ella sin ninguna ilusión, como voy á la Opera después de muerto Gayarre, al oir la gritería del público hubo un momento en que me dije: ¡Quién sabe si los que desean que se vaya tienen razón! ¿Por qué ha de verse gritado en el coso quien más aplausos conquistó allí, el lidiador más excepcional que ha existido, el que ha fanatizado á todos los públicos y levantado frecuentemente tempestades de delirante entusiasmo?

Pero llegó el quinto toro. El público, al salir *Lagartijo*, comenzó á sisear, ni

más ni menos que si se tratara del *Curro* ó el *Gallo*. El maestro comprendió que iba, quizá, á jugarse la última carta, y se llegó sereno, tranquilo, confiado, á torear al bicho.

Desde el primer pase se vió que Rafael iba resuelto á conquistar lo perdido; fué un pase natural que valió un imperio. Al *Califa* se le desarregló la muleta y el toro cambió de terreno.

Hubo un momento de expectación en el público, imposible de pintar. En aquel instante reinaba tal silencio en la plaza, que se hubiera oído el aleteo de una mosca. Rafael se fué nuevamente al toro y empezó una de esas faenas que él sólo ha hecho y que difícilmente nadie hará después. Cada pase fué una ovación. ¡Qué manera de torear! ¡Qué cambios! ¡Qué pases en redondo! ¡Qué pases de pecho! ¡Qué tranquilidad al meter la muleta! ¡Qué confianza! Y en cada movimiento, en cada actitud, componía un cuadro lleno de gracia, formaba con el toro un grupo que hubiesen envidiado todos los escultores, desde Cleomenes hasta Benlliure.

No es posible formarse idea de aquello. Es necesario haberlo visto.

Después de una brega tan injente

cuadró al toro, se arrancó corto y derecho, y haciéndole humillar, descubriéndole el morrillo, dejóse caer con un volapié hasta la mano, saliendo como salen los que se meten con tal empuje.

El toro dió unos cuantos pasos; después se quedó inmóvil, abrió las patas, se afianzó en ellas un segundo y cayó muerto sin que hubiera necesidad de la puntilla.

Entonces sonó en la plaza un aplauso ensordecedor, espontáneo, unánime. Aplaudían á *Lagartijo* hasta los que nunca fueron partidarios suyos. Las mujeres le saludaban con los pañuelos, los hombres arrojaban al redondel sombreros, cigarros, bastones, abrigos.

No cabe una manifestación de entusiasmo que á ésta supere.

Lagartijo, no sólo borró la mala faena del tercero, sino que se hizo aplaudir como si anteriormente hubiera estado á igual altura.

Y después de verle así, ¡quién piensa en que se vaya! No; no quiero que se corte la trenza; quiero verle todas las tardes; no importa que una y otra y ciento esté mal, porque cuando un toro le tome la muleta y él se confíe, hará lo mismo que hizo ayer, y aquella faena

servirá, con creces, de compensación á las otras; y lo que él haga cuando quiera, ni lo ha hecho nadie, ni lo hace ninguno de los que hoy se visten de torero.

¿Que el toro fué noble, bravo y seguía la muleta como el acero al imán? Concedido; pero á otros les salen toros así, y quedando bien en ellos, no arrebatan al público de tal suerte; porque ni torean como *Lagartijo,* ni tienen su maestría, ni son, como él, la personificación del ideal torero.

Esta es la verdad.

1892

CUARTA DE ABONO [1]

A la hora en punto limpióse el ruedo de gente inútil, que ojalá pudiéramos hacer lo mismo en el ruedo político, y salió

Colmenero

negro bragao, fino, ancho y grande de agujas.

(1) Fué una de las corridas más duras que se han jugado en la plaza de Madrid. De tal modo se apoderaron los toros de los lidiadores, que pocas veces habrán tenido éstos mayor pánico.

Los muchachos empiezan
á recortar
y el edil les contempla
sin decir ná.

¡Olé las autoridades que distinguen! por el reverso.

Con mucha voluntad, mucho coraje y mucha bravura, aguantó el bicho hasta ocho picotazos á cambio de tres tumbos y dos violines en el atril.

Juanillo tira dos palitroques cuarteando esaboríamente.

Antolín se arranca en corto, prende un par, cae delante de la cara del toro, porque éste le gana el terreno, y como no hay un solo capote al quite, el pobre banderillero es cogido, recogido, volteado y pasa á la enfermería con un puntazo en el vientre, otro en la ingle y algunos varetazos.

Afortunadamente ninguno de gravedad.

El chico pasó un siglo delante de la cabeza del toro y hubo tiempo para venir desde la China á meter el percal. ¿Qué ocurrió? No lo sé; pero es lo cierto que estuvieron todos á la altura de un subterráneo. Así, clarito.

Después del tercer par, malditísimamente puesto, salió Rafael.

Empezaron los capotazos y las dispo-

siciones ¡adiós! y ese maestro, que siempre se hubo de crecer viendo cogidas, se achicó, toreó desconfiado y huído, con una *prudencia,* vulgo cerote, que partía el alma.

Se enteró de que el bicho tiraba á dar y no se arrimaba ni á tiros.

Pasaba el tiempo y él inmóvil.

El pueblo pitaba y el Abderramán quieto que quieto, hasta que llegó un aviso. Entonces tirándose á paso de banderillas, y al revuelo, y á traición, é infamemente, largó una estocada mala, saliendo perseguido y agarrándose al olivar.

¡¡¡Horror, furor, terror!!!

Segundo aviso, y segundo sablazo, y segunda najada al olivo, y etc., etcétera.

Tercer aviso y presentación de los mansos.

Tableau final.

El puntillero asesinó villanamente al toro para que no muriese en los corrales.

Supongo que el edil le multaría en gordo.

Segundo

Fandanguero, berrendo en negro, fino como la seda de Lyon, pasable-

mente criao, ancho y corto de cuerna.

El bicho fué muy blanducho,
aunque tuvo voluntaz,
lo mesmito que es Romero
en achaques de Ultramar.

Con ocho puyazos, sin bajas caballares ni terremotos, pasamos á la segunda entrega.

Entre Hipólito y el *Morenito* le dejaron dos pares y medio, bueno el entero de *Morenito*, que lo puso el hombre consintiendo á ley.

El chico de los Espartos
empezó con bailoteo,
y le ayudaban los suyos,
y vamos, hubo canguelo,
cosa que naide se explica
tratándose de *Espartero*.

Metióse el mocito tres veces malamente y largó tres sablazos (todos peores), y un mete y saca pescuecero, y un pinchazo ídem de íd., y media hacia el rabo, y otra, y otra, y otra...

Señor don Manuel,
¡cómo estuvo usté!
si esto sigue
ya se puede usté perder

(Música de Chueca.)

donde quiera, que no seré yo quien vaya á buscarle.

Fué un aviso presidencial y luego otro y *¡O Dio!* el tercero.

Ya iban á salir los mansos cuando el toro, aburrido, se echó.

(Pita unánime.)

Tercero

Pelo liso, negro zaíno, astinegro y bien puesto.

¡¡El *Ostión* haciendo quites
á falta de los *maestros!!*
¡Ay, Dios mío de mi vida,
qué tiempos, pero qué tiempos!
Bien dijo el czar de las Rusias:
—Ya no se veden toreros.

Nueve varas con cuatro derrumbamientos y tres arenques en el anillo, constituyó la faena prima.

La segunda se redujo á un par muy pasado del *Manene*, otro delantero del *Ostión* y un palo del dicho *Manene,* asaz malito.

Comenzó toreando *Lagartijo*
con cierta confianza,
y el pavo le tomaba la muleta
cual si fuera jalapa.

Tirándose largo y... tendido, soltó una estocada, que bastó.

Palmas púdicas por alguna parte del respetable público.

El puntillero nos dió la tabarra número cien.

Lagartijo

se llamaba el cuarto, tocayo—como ustedes ven—del gran *Califa,* que ayer resultó un Boabdil en pañales. El *Lagartijo,* toro, fué negro, con bragas, listón y usaba unos alfileres muy buenos para hacer un favor á cualquier prójimo.

Nueve veces le tentaron la piel los de tanda.

El animal miró *pa* arriba, vió á don Antonio de Cánovas y del Castillo, etcétera, empezó á protestar y cambiamos la suerte.

Será casualidad, pero es el caso
que cuando D. Antonio va á la plaza,
la corrida resulta fusilable,
monstruosamente mala.

¡Lo que es el mal ángel! Pero ese Cánovas de nuestros pecados, ¿no podía irse á cualquier parte menos á los toros?

¡Vaya una *jetattura,* camará!

Valencia mete un par de poder á poder, saliendo del lance como el agua de un sumidero. ¡Si habría limpieza!

Malaver cuartea otro par que resultó pasable porque sí.

Y repite *Valencia* con dos palos muy

caídos, que le valieron palmas por el coraje con que se metió.

Lagartijo, toro, no quería muleta, pero quería coger; así es que *Maoliyo* pasó las de Caín para igualar al bruto.

Los chicos dejaban el percal que era una delicia.

Dos pinchazos, tirándose mal el *Maoliyo*, media estocada caída, arrancándose el mozo algo mejor, un pinchazo malo y una honda atravesada, dieron fin de *Lagartijo* res.

No hubo avisos, porque se acabaron ya anteriormente.

Quinto.

Cara sucia, cárdeno oscuro, con braga corrida y cuerna corta.

Los piqueros andaban con una jinda que ¡yo entiendo!

Juan en un quite largó unos capotazos que dejaron al bicho hecho una masa sin encéfalo.

Y seguía la *paura* en los de la mona.

Entre malas y peores le arrimaron siete sangrías, pagando estas enormidades un par de jacas.

Ostión y *Manene* salen del paso como Dios les da á entender y dicen *in mente:*

Ahí queda ese, Rafael,
que acabes pronto con él...

Te deseamos tus *súfditos*.

Amén.

Lagarto empezó como de primero, es decir, como en el corrido en primer lugar, y luego de irse al olivo una vez, y estarse después quedo un verano, y bailar, y *juir*, y volver al callejón, y pinchar, y *dir* nuevamente por aceitunas, se tiró al revuelo con un sablazo que tumbó al interfecto, no sin que el de la puntilla diese los mil y un picotazos.

Pita monumental á Rafael.

La cosa se complica.

Sexto.

Cuando salió *Hormigón*, era completamente de noche.

Y como sólo me gusta relatar lo que veo, aquí me planto, no sin suplicarle encarecidamente al Sr. Jimeno que empiece las corridas más pronto. No me explico ese afán de que salgamos de la plaza á media noche ó poco menos.

Y como este mi deseo (olé la anteposición del pronombre) es también el de todos los buenos aficionados, lo expongo por si quieren atenderle.

RESUMEN

Los toros, buenos; sí señor. Así les gustan á los aficionados que distinguen; porque, francamente, ya están hartos de monas.

¿Que los bichos de Pablo Romero sabían latín y griego y hasta sanscrito?... Pues así deben ser las reses de lidia y ellas hay que torear; eso de lucirse con borregas no tiene maldita la gracia en matadores que cobran en un día lo que no gana en un lustro ningún buen escritor.

Vengan toros, toros, y caiga el que caiga.

Rafael no quería ver á los bichos ni en el mapa, como dicen que él dice. Se propuso no arrimarse y se salió con la suya.

No se concibe nada tan malo.

El *Espartero* empezó con jindama; así como suena, con jindama. Luego se rehizo algún tanto y llegó hasta dejar la camisa en los pitones del toro; pero siempre descompuesto, siempre bailando al acercarse, sin tener un mal recurso que utilizar y tirándose á lo que saliera. En fin: una desdicha.

Manolo demostró ayer que no sabe

por dónde se anda en cuanto un bicho se embebe y busca la talega.

De modo que el anciano porque no quiso y el mozo porque no supo, ambos estuvieron rematadamente mal.

Vaya, hijos, aliviarse y que de salud sirva.

1892

LAGARTIJIANA

OCTAVA DE ABONO

ORNUDOS del Califa lidiados por él mismo. Vamos, no puede darse nada más fin de siglo.

¡Rafael matando personalmente los toros que cría!

Esto es un colmo.

Hasta ahora le habíamos llamado *maestro, Abderramán, agüelo, califa, Bismark con talega* y ¡qué sé yo cuántas cosas!

Desde hoy habrá que llamarle Saturno II.

El hombre se ha elevado á la categoría de Dios mitológico-taurino.

Saturno hijo del cielo y de la tierra devoraba á su prole.

Rafael mata á la suya; porque ya hemos convenido en que los toros son, figuradamente hablando, alumnos, discípulos ó críos de los ganaderos.

Lagartijo tomó ayer la alternativa de Dios mitológico.

El Olimpo en masa acudió á la corrida por ver cómo quedaba Saturno II.

Pero los dioses fueron de incógnito, y se vistieron á la moderna por no llamar la atención.

Venus situóse en una delantera de andanada, y entre col y col hubo de conquistar á un sietemesino de la goma, sin que se enterase Vulcano.

Este se colocó en la meseta del toril por mor de la temperatura.

Mercurio fué á codearse con los ediles y trató de meter el cuezo en ese negocio de la Cibeles.

Las Gracias se situaron lo más lejos posible del palco real.

Las Musas iban dispuestas á darle á Cánovas una desazón por los ultrajes que ha cometido siempre con ellas, y al ver que el exmónstruo no estaba en la plaza, se fueron á Aranjuez con ánimo de buscarle por aquellos jardines y abroncarlo.

El rey Midas sentóse pegadito al palco presidencial.

Apolo alquiló una taleguilla nueva y se pasó toda la tarde bregando junto á Rafael.

Ariadna fué á buscar á un grupo de carlistas ojalateros, de esos que llaman seriamente rey á D. Carlos, y les dijo al oído:

—No seáis infelices. Os halláis en mi caso. Teseo me abandonó; á vosotros os abandona el Terso. Ya veis que hasta en el nombre hay semejanza. Haced lo que yo, *juntaisus* con Baco: es el único remedio que os queda. Vedle allí.

Y la *povera* Ariadna señalaba á los tendidos donde el tal Baco empinaba una enorme bota de peleón con amílico.

Y ocupando ya sus puestos
los señores del Olimpo,
se abrió la puerta del foro
y apareció *Lagartijo*

acompañado de Manuel y *Lagartijillo* con sus respectivas *troupes*.

¡Ah! Es de advertir que el novel ganadero figuró sin *Don* en anuncios.

Demostró el hombre gran ciencia
al suprimir aquel Don;
eso, usía y excelencia,
lo tiene cualquier ramplón.

Y aún hay clases, ¡me parece!

Abierta la puerta de la cárcel saltó y vino

Pañero.

Berrendo en negro, botinero y adelantao de cuerna.

El maestro dió unos lancecitos de capa asina na más.

El *Pañero* se acordaba de su tienda y quería irse á vender tricot, más que á paso.

Con siete picaduras y dos caballos difuntos se acabó el acto.

Pañero se coló al callejón en busca de negocios.

Manene, con faitigas,
intenta parear,
y el bicho se las juye
y se güerve á largar

al callejón.

Tras de lo cual el susodicho *Manene* dispara á la media vuelta dos palitroques dinamitables, y otros dos poco más ó menos Antonio Pérez.

Repite el de enantes con un palitroque, y sale Saturno.

Expectación en el Olimpo.

Comenzó trasteando y queriendo recoger al buey, lo que al fin logró con

unos cuantos telonazos á lo Abderramán. ¡Olé el superhombre!

Después se arrancó á matar
y obligó á entregarse al bicho.
¿De un pinchazo?—Sí, señor.
De un pinchazo subolímpico.

Palmas á Saturno.

Segundo.

Habanero, negro mulato, con bragas, corto y recogío de cuerna y bien mantenido.

El *Habanero* sufrió ocho sangrías á cambio de un pegaso.

Gran parte de aquellas sangrías hízolas *Agujetas,* que perpetró la **mamarrachada** de tirar el sombrerito; y como eso no es de picador serio, ni así puede haber reunión, porque los toros salen rebotaos, el hombre punzó en las faldas. ¡Claro!

Los de Fuenteadoquín aplaudieron al Manolo.

Con tres pares del *Morenito* y Julián fué el *Habanero* á manos del de los Espartos.

Y toreó el chico muy mal de muleta.

El pavo se le juía
y la cabeza bajaba,
y *Maoliyo* esperando
á ver si se le cuadraba

anduvo frigorífico y pasando á lo Ravachol.

Luego se arrancó con un mete y saca hacia las paletillas.

Y después, con una honda en su sitio que partió al animal.

Palmas á Manuel.

Tercero.

Coral, negro, meano, bragao, caído de herrramientas y algo bizco de la del lado siniestro.

¡Cuánto percal en la arena,
cuánta gente y cuánto lío!
¡Ay, Saturno de mi vida,
lo que son los *Lagartijos!*

Saliendo hasta los medios la gente de aupa y acosando de una manera prehistórica (no te quejarás de los pinchapeces, Rafael), logróse que el *Coral* tomara dos puyazos, y de ahí no pasó.

Fué, por ende, condenado á banderillas *pirotécnicas*.

Que le prendieron los *enfants* del *petit Lagartijillo* como Dios les dió á entender (y le dió pasablemente al niño que salió en segundo lugar.)

Dos pares salieron fríos
y el publico protestó.
¿Es que sólo tiene pólvora
el anarquista Muñoz?

Lagartijillo petit pasó valiente, sereno, sobrio y con ganas de complacer.

Luego, tirándose con vista á retaguardia, ó sea volviendo la fila, soltó una honda que partió al buey.

También hubo palmas para el *troisieme* mataor.

Gayareto.

Berrendo en negro, listón, bizco de la derecha y entrefino fué el cuarto.

Tres pinchazos de refilón y seis varas efectivas, siempre de naja, aguantó el bueyendo.

Un jaco alemán quedó de cuerpo presente.

Antolín deja un par de poder á poder.

Juan sale de mentirijillas una *volta*, y cumple con otro.

Antolín se mete con coraje, aunque *trompicadamente*, y suelta el par número 3.

Rafael hizo con el trapo rojo una faena de maestro, y con el estoque de archi-Dios-olímpico. Largó una estocada inmensa en las mismas agujas, y con humedad externa (como diría el atildado Moret), que finiquitó al gallipavo.

(Ovación.)

Y vamos con el

Quinto.

Paquete, berrendo en negro, listón, bien puesto y criao *da cavallieri.*

Picoteando de amigos
los señores pinchapeces,
metieron la puya en carne
media docena de veces.

Malo de ver suelta un par que resultó en su sitio, por aquello de

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar (etc.)

Luego el *Valencia* cuarteó dos palos buenos; repitió Malaver con otro ídem, ídem, y Valencia también ídem, ídem, ídem.

Espartero bailó muy ceñido (casi casi el *agarrao*); se arrancó el toro al tiempo de hacerlo el matador, y como el chico coloca la muleta á la altura del estoque, y no hace humillar, resultó un trompicamiento mayúsculo, del cual salió un estoconazo contrario, y un *infelice* al *suolo,* como dicen en la *Favorita.*

Afortunadamente el bruto no hizo por Manuel y éste se levantó sin desavíos personales.

Palmas por la valentía. El arte ¡oh joven! Dios te lo dé.

Sexto

Barrilero, negro, listón y corniavacao.

Miraba á los caballos como Pidal las estampas del infierno, con jindamosa circunspección.

Vistò lo cual por los piqueros, empezaron un acoso inaguantable, horrible, digno del último villorrio de la Mancha.

Por fin el condescendiente *edil* dijo *¡fuego!* y salió, motu propio, á aplicarlo el mismísimo Rafael.

¡Olé los hombres-ganaderos y los ganaderos-hombres!

Lagartijo estuvo á más altura que el Hernán Cortés.

Este quemó sus naves y aquél achicharró á su ganadería.

Fué un rasgo de olímpica dignidad y de gracia torera.

El hombre se fué solito al buey y le metió tres pares, por la derecha todos, y todos de maestro.

El disloque terrestre.

Aquello parecía la fin del mundo.

¡Qué ovación! Junten ustedes todas las que llevó el gran Gayarre, y las de la Patti, y Mario y Tamberlick; pongan ustedes al lado las de cuantos diestros en el coso han sido, y todas juntas pa-

recerán un débil murmullo comparadas con la de ayer.

Cuando el público se inutilizó las manos de tanto palmotear, hubo quien aplaudía pegando con la cara en la cabeza del vecino.

El estrépito llegó hasta la capitanía general. Las autoridades, creyendo que se había armado la gorda, mandaron preparar la fuerza.

Los oficiales corrían despavoridos á la *caserna,* hasta que se supo el motivo de la algazara.

El pueblo quiso música, y los profesores del benéfico asilo largaron una rapsodia bailable que partía los corazones.

Después ya no sé *ná,* ni ví *ná.*

Me han dicho que *Lagartijillo,* toreando cerca, aunque movido; pinchó varias veces estando el toro *humillao* y saliendo el mozo (¡y cómo no!) perseguío.

Después la gente pidió un toro de gracia.

El empresario accedió gustoso (¡bien por Jimeno!), y salió un toro de la Patilla, que fué bravo y noble, entró con empuje á los piqueros y proporcionó cuatro bajas caballares.

Lo despachó el *Ostión,* toreándole

aceptablemente, de tres pinchazos y una estocada buena.

FERMATA

Los bichos mansos en general.

Se dice que el *Califa* va á llevar toda su vacada al matadero.

Si será mentira,
si será verdad;
pronto los reporters
lo averiguarán.

Lo que ayer averiguamos todos es que *Lagartijo* está de fibra como á los veinticinco abriles; que al primer toro, el cual llegó con poder á la muerte, y con patas, y revolviéndose, lo *ajormó* derrochando pesquis y coraje dignos de un poema; que hizo salir loca á la afición de una corrida mala; que es la alegría de la plaza y la sal del mundo, y, en fin, que

¡VIVA Y REQUETEVIVA CÓRDOBA!

1893

PRIMERA DE ABONO

los toros de esta tarde,
antes de salir al ruedo,
el discurso e la *cuernona*
les endilgó el *Buñolero*.
Lo lleva escrito en romance
macarrónico por cierto,
y lee sin saber jota
de lo que allí está leyendo.
Una copia del *espiche*
me proporcionó un cabestro,
y allá va como lo dijo
aquel sonrosado agüelo:
«¡Qué felices suis, oh reses,
las que estáis en el chiquero!
En vez de sufrir las lluvias,
el sol y los picoteos
de tábanos y moscones,
que sus trituren el cuerpo,
veisus en estas cabinas
disfrutando dulce fresco;
después saldrís á la plaza,

y allí toparéis un pueblo
que os admire y os aplauda
y hasta sus eche requiebros;
allí encontraréis mujeres
con gracia y ojos de cielo,
que dejando sus salones
van á la plaza por veros;
Pegote, el *Chato* y colegas
han traido caramelos,
y en la punta de las varas
los pondrán para ofrecéroslos
Rodas, *Primito* y Galea
os adornarán el cuero,
y don Luis de Mazzantini,
Guerrita, y Reverte, el nuevo,
bailarán unas gavotas
tan solo por complaceros.
Y si de tanto jolgorio
morís, moriréis contentos,
é iréis sin perder minuto
todos al séptimo cielo,
donde por cada pitón
tendréis de hurises un ciento,
que os cogerán en sus brazos
y os darán placer eterno.
¡Ah! sabed, antes de todo,
que yo y el *Chato* tenemos
retebuenas relaciones
con toiticos los pueblos,
asín los civilizaos
como los que andan en cueros.»

. . . . . .

Cuando al fin de la jornada
los bichos se convencieron
de que todo aquel *espiche*
fué un terrible pitorreo,
á sus colegas en astas
esta misiva pusieron,

fechada al pie de una viga
del inmundo matadero:
«Si otra vez con la *cuernona*
sus quieren tomar el pelo,
sin dar oreja á razones
apelaz á los dos cuernos,
y que no quede con vida
naide que sea embustero.»

Y basta de introito. Vamos á ver qué dicen esos seis Benjumeas y qué hacen con ellos Mazzantini, Guerra y Reverte, encargados de la lid.

Primero

Respondía por *Tamborero*—digo, creo yo que respondería, no lo sé—y era negro zaíno, con púas finas y una mijita vueltas.

Entre *Beao, Sastre* y *Charpa* le perforan el parche siete veces y queda, de resultas de los redobles, un palillo en la arena.

Regaterillo se arranca cuarteando y prende un par, el cual resultó con menos ajobo que criterio económico físico y político hay en el *soi disant* Gabinete de altura; luego repite el chico con un palo.

Más vale algo que nada.

Galea, entrando mal y saliendo peor,

clava dos pendientes que resultan en su sitio.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
(Etcétera, etcétera).

Mazzantini saluda al magistrado (así decían nuestros mayores) de retén y se dirige á *Tamborero*, al cual pasa moviendo los pies como de costumbre. ¡Por vida de las nerviosidades!

El matador tropieza en el jaco interfecto, cae delante del toro y no pasa *ná* porque á Dios no le acomoda. Luego lía, se perfila como él sabe y larga un volapié de los suyos, entrando á ley y saliendo cual Mahoma predicaba en Medina.

¡Olé, D. Luis! Chocusté y le debo un gorro frigio.

Segundo

Abejaruco, negro, con bragas, meano y bisojo del izquierdo.

Con poder, bravura y voluntad, aguantó nueve picotazos, cebando sus iras en tres potros místicos y handicaperes.

Los maestros bien en quites.

Primito y Guerra (D. Antonio), se

encargan del negociado de palitroques y despachan cinco expedientes, con informe favorable los dos últimos, de Guerra *frere;* con *visto* y al cesto los demás.

Guerrita trastea corto, ceñido, apretando, *viendo* y hasta adivinando las ideas del bruto; después mete una corta en su sitio, y media que cuando el Albarrán fué á por los óleos, ya estaba el difunto en el carro fúnebre.

Palmas y algunos cigarros de á cero diez.

Tercero

Canito, negro, bragao, gordo, fino y bien puesto.

Un señor piquero raja sesgando, para hacer boca.

Y el presidente no lo manda á la guillotina ni siquiera á la cárcel; ¡oh edil mantecoso!

El *Canito* se declara krausista de solemnidad. De refilón y escupiéndose admite ocho caricias de los Carlos V de tanda; pero entre col y col se arranca á coger con intenciones fusionistas.

Rodas clava un par llegando, consintiendo y cuadrando, bueno de verdad, y repite con otro de los de chipén.

Su compañero Moyano, puso otro de igual mérito intrínseco.

Y hay ovación, palmas y tabacos.

¡Olé que sí!

Sale Reverte. Expectación en las masas; silencio en las tribunas, y *na* más.

El chico pasa corto, ceñido y con achuchones. Luego, sin estar el toro en suerte, se tira, da un bajonazo y es enganchado por el Benjumea, que lo recoge y lo vuelve á empuntar, saliendo el espada con dos heridas en el cuello y un varetazo en el muslo, según me aseguran.

El autor del desaguisado pasó á mejor vida, y Reverte al hospital de sangre.

Granadito

Cuarto de la tarde, castaño, caído de cuerna y un tantico bizco del pitón derecho.

Mazzantini sale de la enfermería y dice al público que lo de Reverte no es de cuidado, por fortuna.

Más vale así, porque todos creímos que el mozo no lo contaba.

Las *donnas* que había en el circo pedían anthistéricos, y el jarabe de fuente se prodigó algún tanto, administrado por los acomodadores.

Otra vez que toree alguno de esos niños suicidas habrá que poner en el cartel: «Para hombres solos.»

Granadito tomó con voluntad y poder siete garrochazos, algunos bien puestos, y dejó exánime un camarón vitalicio.

Tomás y Juan lo banderillearon con fatigas y de cabeza á rabo; es decir, que todo fué toro á los efectos de la ley.

El bicho resulta reumático articular y muscular. D. Luis le torea con alguna quietud y lo manda al otro barrio de una honda un poco caída, pero entrando bien.

(Palmas.)

Abaniquero

se llamó el quinto y fué negro, bragao, gordo, cornicorto.

Luis hizo un quite muy oportuno, el cual no le aplaudieron lo que merecía. ¿Por qué? Ustedes sabrán.

Nueve veces agujerearon la piel los de tanda al de los abanicos, y éste dejó en el mostrador dos paisajes para que los traperos les pusieran varillas.

Primito y Guerra *cadet* cumplen con cinco palos de los vulgarotes.

Guerrita muletea con sobriedad y aseo, lía y larga una estocada en la que

hay de todo como en botica, aunque infinitamente más de malo que de bueno: se me figura á mí, y dicho sea sin ofender á naide.

Y vamos con el último.

Avión

Negro, bragao, entrepelao, bien puesto y de menos representación político-taurina que sus hermanos.

D. Luis lancea de capa sin emocionarnos mayormente.

Avión, con bravura, toma ocho varas, en una de las cuales el Mazzantini hace un quite (y van dos), de los que entran pocos en libra.

Muy bien, Luis, muy bien; así se portan los republicanos de taleguilla.

Guerra, por no ser menos, hace, corriendo al pavo, una filigrana que le valió los plácemes del concurso.

Parean los matadores á petición del público, y con los acordes del *cémbalo* de la meseta.

Luis mete un buen par cuarteando. (Ovación.)

Guerra, después de mil floreos y circunloquios, que azaran á Juan, pone dos pares como quien lava.

(Ovación idéntica á la del cofrade.)

Y sale Mazzantini, emplea un mule-

teo movidito y sin circunstancias, y despena al buró de dos pinchazos y una estocada *rigular*.

CONDENSACIÓN

Los toros entretuvieron.
Luis Mazzantini quedó
como quedan los valientes.
El *Guerrita* superior,
aunque yo desearía
algo más circunspección.
Reyerte, ¡Dios de mi vida!
que se cure y se acabó.
De los peones, Juanillo.
Los otros sin distinción,
excepto Moyano y Rodas,
que marcharon al reloj.
Y con esto se despide
este su fiel servidor.

1893

La despedida de Rafael (1)

AYER fué un día de luto para el toreo: éste perdió la figura más grande que tenía.

Poseído el ánimo de esa tristeza que produce siempre el despedir á una gloria que se eclipsa, yo por mi parte no creo opor-

(1) 1.° de Junio.

tuno (ni podría hacerlo, como no pude al retirarse Salvador), emplear hoy el estilo jocoso con que se reseñan ordinariamente las corridas.

Habré de limitarme sencillamente á relatar lo ocurrido.

***

Pocos espectáculos habrán despertado un interés tan grande como la despedida de *Lagartijo*. Los billetes alcanzaron precios fabulosos; hubo quien pagó más de mil pesetas por un palco, y á ese tenor se vendieron las demás localidades.

Una hora antes de empezar la corrida, las calles estaban desiertas; todo Madrid había acudido á ver lo que pudiéramos llamar la ida á los toros. Así es que desde la Puerta del Sol á la plaza, el tránsito se hacía punto menos que imposible.

Frente á la casa donde se aloja Rafael, en la Carrera de San Jerónimo, un gentío inmenso esperaba la salida del maestro.

Este, al montar en el coche, fué aplaudido y vitoreado por la multitud.

La plaza ofrecía un golpe de vista imposible de describir. Por todas partes veíanse mujeres hermosas, ataviadas

con esa gracia y distinción peculiares de las madrileñas. Abundaban las mantillas blancas y los pañolones de Manila. Había un verdadero derroche de flores adornando artísticamente lindas cabezas.

Algunos palcos ostentaban grandes carteles en seda con el anuncio de la corrida.

Al presentarse Rafael resonó en la plaza un aplauso inmenso, ensordecedor; no había manos que no batiesen palmas, las señoras agitaban los pañuelos, y los gritos de ¡viva el maestro! ¡viva Córdoba! se repitieron con profusión.

El *Califa* vestía de plomo y oro con pañoleta roja.

Rafael saludó á los tendidos y desde allí arrojaron sombreros en medio de una gran ovación.

Y salió el

Primero

Perinolo, colorao, gordo, ancho de cuna y bizco del izquierdo.

Rafael debuta con un cambio al brazo. (Palmas.)

El bicho toma dos varas sin coraje y salta al callejón.

Perinolo resultó buey de solemnidad.

Cuatro varas más, con pérdida de un jaco, constituyeron la primera parte.

En la segunda, Juan mete dos palos sesgando.

Antolín otros dos muy desiguales, de cualquier modo, y repite Juanillo con uno sobaquilleando, muy soso.

Brinda el maestro, le aplauden los del 10 y se va hacia el manso.

Empieza solo, con un pase en redondo, y el buey se naja; sigue con un trasteo poco confiado, se pasa una vez sin herir y deja media buena á paso de banderillas. (Palmas.)

Desde los tendidos arrojan versos y láminas alusivas á la fiesta.

Segundo

Puchérero, negro, con bragas, fino de púas y bien puesto.

Con poca voluntad aguanta siete varas, una buena de *Agujetas, avis rara* en el tercio.

Dos potros quedan esperando el arrastre.

Y á parear tocan. *Ostión* prende un par apretando; *Manene* otro bueno á toro parado, y el de las *ostias* larga dos rehiletes de castigo, llegando bien á la cabeza. (Palmas.)

El maestro empieza con un muleteo

serio y confiado: el toro se huía por momentos. ¡Vaya un ganado, señor duque! ¿Pero cuándo envía usted al matadero toda la vacada? No hay toros peores en el mundo; el que sale bueno es una casualidad.

Pucherero, convertido en un guasón inaguantable, hacía imposible toda brega.

Rafael, después de pasarse una vez, soltó media algo caída que hubo de sentar al bicho.

Pepín, á la primera.

Tercero

Algarrobo, castaño, aldinegro, bragao, de cuerna fina y bien colocada.

Los de aupa debutan con un marronazo.

Torerito hace un quite que aplaude el concurso.

Tardo, quedao y desafiando, *Algarrobo* sufre seis sangrías, en tres de las cuales *Agujetas* acierta con el morrillo. Y como esto no suele verse á diario, el público aplaude al picador, aunque hizo la mamarrachada de citar con el sombrero, cosa que le censuraré mientras escriba de toros.

Tres cuartagos perdieron la vida en la contienda.

Pulga y *Pito* salen á parear. El primero deja dos palos que resultan buenos porque sí, y otro aceptable. *Pito* cuelga un par cuadrando bien.

Algarrobo llega á la muerte quedao y ladrón como el que más.

¡Qué bien hizo el duque en marcharse á Chicago! Si ayer está en la plaza lleva una pita que se oye en Pekín.

Con un buey que tomaba la defensa en los tableros y no acudía al trapo, dicho se está que la faena había de resultar sin lucimiento, aunque yo creo, Dios me perdone, que si Rafael se hubiera acercado más, hubiese podido hacer una brega aceptable.

Pero no quiso y provocó la grita.

Al revuelo de un capote mete un sablazo y el público acentúa su protesta.

Dále las gracias al duque, Rafael, que á S. E. el exministro le debes la bronca.

Limpio el ruedo de animales fallecidos, salió el

Cuarto

Cocinero, rubio, bragao, astinegro, bien armao, y con trapío y cara de toro.

Llegó rematando en los tableros y abrió en el olivo un boquete muy regular.

Juan de los Gallos sufre una caída de latiguillo, sin consecuencias lamentables.

El *Cocinero* hizo buena faena en varas, tomó nueve, dió grandes tumbos á los de la mona y produjo tres defunciones.

Antolín dispara al cuarteo un par desigualito, Juan sesga otro de buten, castigando, y el colega repite—después de entrar en falso una vez—con dos palitroques al sesgo, de los que no dicen nada.

También, por variar, el toro llegó guasón á la muerte, y huído, y manso, y refugiándose en las tablas.

Rafael anduvo desconfiado, y como cuando él no quiere; con esto está dicho todo. Le trasteó de naja y silbó el público.

Quiso tirarse á paso de banderillas, y en una arrancada del buey fué alcanzado, sin que afortunadamente el bruto hiciese por él.

Saltó el manso por los tableros del 9, Rafael pinchó tres veces en medio de la mayor gritería, y se deshizo de la *fiera* de un sablazo al revuelo.

(Pita general.)

Debes ofrecerle un regalo al duque,

Rafael, porque te ha hecho un gran servicio.

Y vamos con el

Quinto

Tiznao, berrendo en negro, botinero, gordo, fino, ancho y levantao de alfileres.

Rafael le saluda con algunas verónicas, una de las cuales (la segunda) fué como la propia seda.

Y sigue la bueyada. *Tiznao* toma las de Villadiego después de la primera vara y se cuela dos veces al callejón.

Echándole los jacos encima le tentaron cinco veces la piel. El presidente, que no entendía una jota de toros, estuvo como edil á la altura de los bichos, porque el animal mereció ser fogueado y llevó banderillas comunes.

Tiznao debía ser rey de los bueyes.

Rafael y el *Torerito,* viendo que la corrida llevaba trazas de acabar sin ovación, cogieron las banderillas, aunque el manso no se prestaba á que nadie se luciera con él.

Torero va por delante y deja medio par, saliendo perseguido.

El *Califa* clava un buen par. (Palmas.)

Y repite el *Torerito* con uno al sesgo. (Silencio en las tribunas.)

Al salir Rafael se oyen algunos siseos, que son ahogados por las palmas de la gente culta.

El maestro tira la montera, da unos cuantos pases confiado, se le va el pulso al meterse y resulta un sopapo caído que hace arrodillarse al buró.

Pepín lo levanta, el matador busca sin resultado el cabello en dos ocasiones, y el manso por su propia iniciativa decide morirse. (*Pita.*)

Un jaco fué á los traperos.

Sexto

Pandereto, negro, bragao, becerrete, fino y bien puesto.

Se contentó con seis puyazos, pensándolo mucho, y sólo dejó dos rocinantes en el ruedo.

Vuelven á banderillear los maestros.

El feto se defendía.

Torerito, cuarteando, prende un par abierto, y otro ídem aceptable.

Rafael deja uno de los de buten, andando hasta la cara. ¡Así se parea!

Después repite con otro cuarteando á ley.

Y vamos con la última faena del que fué un coloso en su arte.

Buscando al bicho en la querencia de dos caballos, le pasó en corto y confia-

do, tiró la montera, dió un pinchazo bueno, otro casi igual, un metisaca y media en su sitio, de la que se arrodilló el buey.

NOTA FINAL

Lagartijo no ha quedado bien en su despedida, nos pareció otro torero; mas, ¿fué suya toda la culpa?

No, ciertamente.

Los seis toros de Veragua que lidió fueron escandalosamente malos; se tapaban, se defendían, desarmaban, alargaban el puescuezo y llegaron á la muerte huídos, mansos, como bueyes cansinos.

No hubo medio de recogerlos una sola vez. En varias ocasiones el maestro intentó alguna de sus inimitables largas, y así que el toro veía un palmo de terreno salía huyendo hasta de su sombra.

Dió una verónica ceñida si las hay, sin mover los pies, rozando la faja con los pitones, y en cuanto levantó la percalina, el buey salió de estampía buscando la defensa.

Con mansos de esa especie no es posible hacer nada.

Lo he dicho hace tiempo, y no me cansaré de repetirlo; hoy por hoy no existen toros peores que los del duque.

Si cuando éste se entere de tan continuos desastres no manda todas sus reses al matadero, habrá que exigir á las empresas que no corran nunca semejante ganado, á menos que se conceda al abono el derecho de recobrar el importe de sus localidades si no quiere asistir á la corrida.

Y ahora, para concluir: No mereció Rafael la saña que cierta parte del público le demostró ayer. No se fué á la plaza á verlo más ó menos bien, se fué á despedirle.

¿Es que el ganado resultó *impeorable* y Rafael no pudo hacer más? Pues no había motivo para tratarlo como á un novillero. ¿Es que pudo arrimarse y no lo hizo porque las facultades le faltan? Pues por eso se retira. Fuera el Rafael de 1874 y no se iría á su casa.

De todos modos insisto en mis afirmaciones: Rafael deja un vacío, que difícilmente se podrá llenar, y su nombre quedará siempre como el del lidiador más grande de los modernos tiempos.

1894

SEXTA DE ABONO (1)

s la señora Kupfer una bar-
[biana
que le quita el sentío á cuar-
[quier humano,
y aunque ha nasío en Aus-
[tria, tiene en sus venas
la sangre de los Cides y los
[Viriatos:
es decir, que es *in mente* y de *tutto il core*,
paisana de Reverte, *Curro* y el *Gallo*.
Queda adsorto el concurso cuando la vede
jasé la Margarita sobre el tablao,
y apuesto cualquier cosa que hasta el Beserra
de una tal Margarita fuera el Don Fausto.

---

(1) Creo del caso reproducir esta revista y la siguiente por dos razones:

1.ª Porque en las corridas á que hacen referencia, *Guerrita* quedó superiormente, pudiendo asegurarse que ellas marcan el apogeo de ese lidiador.

2.ª Porque el *Espartero* se afligió de tal modo en nuestra plaza, que ya no pudo hacer nada á derechas, provocando así la catástrofe del 27 de Mayo.

A unos cuantos amigos, de los que filan
a fare colazione, convidó el sábado,
y á propuesta de un punto, sin discrepancia,
el dir á la corría quedó acordao.

Y convenido que la acompañase un chico de la prensa, de esos que distraen sus ocios ocupándose en corcheas, gorgoritos é infundios musicales.

Mas dejemos las divas por los toreadores, y vamos á ver cómo tratan éstos á los bichos de Udaeta, que salieron con arreglo al siguiente encasillado.

Primero

Palero, negro bragao, sacudío de carnes, fino y bien puesto.

Fué bravo y voluntario, pero no recargaba y anduvo flojillo de testa; tomó diez varas, mató un Labré, le sajaron á su antojo los de la mona, hizo floreos tontos el Reverte y no hubo más en esta primera parte de la función.

Malo-de-ver, fusilablemente, dejó cuatro zarcillos y el *Valencia* dos pasados de toda *pasadez.*

Espartero torea sobre corto, pero intranquilo y con alguna que otra colada.

Luego bailó la consabida danza al arrancarse, y agarró una estocada honda, después de un pinchazo malo.

(Palmas y pitos, aunque más de aquéllas que de éstos, dicho sea en justicia.)

Segundo

Habanero, negro zaíno, bien alimentado y cortito de herramientas.

Guerrita, parando más que un guardia de orden público, dió unas verónicas de buten.

El pueblo se entusiasmó,
y hasta el edil aplaudió.

Y no paró aquí lo bueno; aún hubo una larga que se asemejó á aquellas de feliz memoria, aunque nada más que asemejarse, dicho se está; pero ¿les parece á ustedes poco?

El *Habanero,* como buen americano, era paradito y no se molestó en *quimerear* con los piqueros; sólo les visitó cinco veces, sacando el morrillo limpio.

Entre *Almendro* y *Moji* ponen los tres pares de rúbrica con algún azaramiento, porque el bicho se traía las de Caín.

Guerrita, después de tres pases magistrales (uno con tremenda colada), recetó un pinchazo, tirándose bien.

Siguió la brega cuerpo á cuerpo, consintiendo al bicho hasta la exageración, y metió otro pinchazo y una me-

dia que escupió el bicho. *Habanero* tuvo á bien echarse.

En suma: una superior faena con poquísima suerte.

Tercero

Doradito, berrendo en negro, listón, fino y levantao de pitones.

Uno de aquellos hulanos
le perforó la barriga.
A ver: que informe al momento
algún padre de familia,

porque se trata de un caso de inmoralidad. ¡Digo yo!

Doradito admite siete lanzadas, por dos percebes hipnotizados.

Entre *Cuco* y *Pulga* le benefician con cinco azconas *fin de siecle;* es decir, de tiro rápido y... á casa.

Reverte torea mal, se tira mal, larga un pinchazo mal, una caída y tendenciosa peor, un sablazo requetepeor, y se jarta de punzar. El mozo llevó una grita formidable y hubo de oir el fatídico *¡que se vaya!*

Por mí que lo guarde Bartolo en conserva, y no lo saque hasta el día del juicio.

Cuarto

Collarvo, berrendo en negro, capirote, buen mozo, de mucha romana y adelantao de cuerna.

Yo no sé qué vió la cuadrilla en el animal, porque los chicos empezaron á sembrar percalina, y á tirarse al callejón, y á *juir*, armando un lío que ni en el Puente.

Sólo Guerra conservó la ortografía y la sintaxis é hizo un quite de los de verdad, meñendo el capote con precisión de cuarto de segundo, y librando á un pincha-ratas de una avería.

(Ovación universal.)

El bicho resultó como esos ministros buenos mozos que andan por ahí, y en los cuales todo es mentira.

Tomó cuatro varas cobardemente, y sin sangre en el morrillo fué á palitroques.

¡Olé la inteligencia de los ediles!

Valencia sacude un palo, saliendo de estampía, y luego arroja otros dos.

Malaver, todo *azarao* y con la faz *demudá,* dispara un par y sale haciendo de locomotora.

El pavo se cuela al callejón.

Espartero juega al corro con el bruto, pero á distancia, bailando y *juyen-*

do; luego se quema, al parecer; mete un pinchazo, yéndose del mundo; otro pinchazo imperdible, es decir, que atravesó un poco la epidermis saliendo el arma á la faz del sol; una vertical, con jonjana, y un descabello.

Pita con estrambote.

No vide nada más malo
en los días de mi vida;
á su lado hasta Reverte
resulta una maravilla.

¡Uf!... tapa, tapa.

Quinto

Mirando, berrendo en negro, listón, gordo, de excelente trapío y armao como *pa dir* á las Cruzadas.

Blando al comenzar y creciéndose luego algún tantico, permitió que le picapedreasen hasta diez veces, manchando su conciencia con tres jaquicidios.

Moji clava un palitroque «ballestilleando», *Almendro* dos en las mismísimas orejas del pavo, y vuelve el otro, quien, previas algunas saliditas falsas, mete un par á la media vuelta.

Salió el Guerra... el GUERRA, hay que ponerlo con letras gordas, porque

la faena que hizo en este toro no se puede describir.

Figúrense ustedes un bicho *quedao*, desafiando, alargando el pescuezo y cobardón, el cual bicho se encastilla entre dos caballos, y no hay medio de sacarle; pues sigan ustedes figurándose que Guerra lo hipnotiza, lo cuadra, y allí, entre los dos jacos, le mete un volapié inmenso que hace innecesaria la puntilla.

Si no te lo hubiera visto
y me lo dicen, lo niego.
Eres, no me cabe duda,
el Onofroff del toreo.

Y habrá que pensar de tí lo que pensaban de *Paquiro,* que llevaba unos polvos en la muleta, atontaba á las reses y hacía de ellas su santísima voluntad.

(El delirio en el ruedo.)

Sexto

Latonero, berrendo en negro, con botines, rico en carnes y bien puesto.

Toma nueve varas y mata tres rocines.

Al saltar frente al I arrolló á Reverte, y el diestro fué llevado á la enfermería con una contusión en la pierna derecha.

Sin banderillas en el cuerpo fué el toro á la muerte, lo cual prueba la *harbeliá* de los chicos y la sindéresis de la presidencia.

Espartero baila con el bicho algunos compases de *pas á quatre,* suelta un metisaca y una estocada completamente perpendicular al *eje del toro,* volviendo hasta los calcetines.

(Pita.)

RESUMEN

De los picadores, Guerra; de los banderilleros, Guerra; de los peones, Guerra; de los monos, Guerra; Guerra y sólo Guerra hubo ayer en la plaza.

¡Ay niño, niño del alma,
quién había de decir
que convencido y confeso,
yo llegase esto á escribir!

Los toros, como gordos y bien presentados, lo estaban; pero resultaron *higas*, y lo siento por D. Faustino, que es muy simpático: yo quisiera poderle aprobar á sus alumnos siempre que se examinan.

La presidencia, á cargo de Concha Alcalde, hizo tanta atrocidad, que no se concibe cómo un hombre solito las pueda cometer.

¡Pobre edil!

1894

SÉPTIMA DE ABONO [1]

SAN Isidro del Campo,
santo bendito...
¡Buena nos la *jugastes*
á los taurinos!

buena; pero buena, buena. Aquel chaparrón insano que enviaste el día de tu fiesta onomástica nos ha partido de medio á medio. Si tú aquel día, mirando un poco por la afición, *comprimes* las aguas, hubiéramos visto á Guerra matar tres toros, y ahora en ese lapso de tiempo (¡olé la frase!) se coló el Fuentes y deshizo la combinación.

Por mí, te perdono; mas ten mucho.

(1) Día 17 de Mayo.

cuidado con los morenos que bajan á la pradera, porque ya sabes que tienen malas pulgas, y si les aguas la fiesta, les estropeas esos méndrugos que llaman rosquillas, les mojas á los Castelares, les despintas á los Morets y les arrojas por el barro todos esos personajes de *ídem* que venden á ínfimo precio, te van á largar un *coup de fusil*, que, aun cuando no llegue hasta tu santificada persona, siempre resulta muy poco edificante para los de aquí *abajo* eso de que anden los fieles á tiros con las imágenes de los de *arriba*. ¡Me parece!

Y oído á la caja,
que salen los chicos,
y pisan la arena,
y jasen un guiño
al edil de tanda,
como p'advertirlo
que se ande con ojo
porque hay mucho *Isidro*,
y si se descuida
lleva un recorrío
capaz de hacer polvo
á cualquier nasido.

Y se presentó en la pista el primero de los de D. Félix.

Madrileño

Colorao, ojinegro, rebarbo, buen-

mozo, gordo á no poder más, grande y veleto.

A las primeras de cambio, uno de los picaliendres le dejó atravesada la garrocha. ¡Buen principio de semana!

Abierto el gabinete, el toro no quiso pasar y la espina se cayó de su *motu propio.*

Cantares pone un buen puyazo; los demás hasta seis, con que obsequiaron á *Madrileño,* se los regalo á ustedes, si es que los admiten.

Murieron dos oboes.

Antolín y Malaver disparan cinco palos sosamente. El palo de non correspondió al Antolín.

El *Madrileño* llegó á la muerte hecho un marmolillo.

Maolo torea de *coté* y con asco; lía, y yéndose del mundo y bailando el *tipi tipi* consabido, larga media en los sótanos, que tumba al pavo con ayuda de los enterradores.

Pita injente, con más aquello de «¡que se vaya!», etc.

Segundo

Cocinero, colorao, rebarbo, monumental, con unos limpiadientes que llegaban á los tendidos. ¡Vaya un pavo, caballeros!

No fué toro, no, señor;
porque, según mi criterio
y los libros consultaos,
el bicho era un *Megaterio.*

Tomó con poder, pero sin recargar, ocho varas por tres pencos fallecidos.

Un picador se monta en el pescueso del *Cocinero,* y éste le da un beso.

Después lo deja cariñosamente en la pista, deseándole por anticipado felices Pascuas.

Primo y Almendro, en menos que se cuenta, cumplen aceptablemente con los tres pares de *obligo.*

Guerra se lía con el *Cocinero* y le da muy pocos pases: en uno de ellos el bicho se cuela ferozmente. Vuelve á la faena, pasa en redondo, se echa el fusil á la cara, y tirándose como no hay más que pedir, atiza un volapié superior.

(Ovación y ¡olé tu mare!)

Bien se puede apostar que no ha salido hasta los presentes momentos históricos un toro más grande ni con más leña.

Tercero

Gaitero, colorao, ojinegro, rebarbo, gordo y bien puesto.

Bravo, duro y seco, el *Gaitero,* sin

desafinar, tocó nueve *spartittos* borrando del pentágrama cinco semifusas.

El rehiletero número 1 largó un palo al sálvese quien pueda; el número 2, un par ídem de íd., y el de primero, después de tardar un verano, dejó un buen par. ¡Gracias á Dios!

Gaitero se coló al callejón buscando á los Jueces en la causa del Escorial, para decirles cuatro cositas al oído.

¡Lástima que no los encontrase!

Y vamos con Fuentes.

Primer pase, primera colada.

Segundo ídem, un achuchón con *juida*.

Tercero, carrerita de retroceso.

Y así, después de una brega tan interesante, lió, y tirándose bien, hubo de administrar una muy buena, que envió al *Gaitero* con la música á otra parte.

¡Bravo, chiquillo! esa estocada borró lo del muleteo.

(Palmas á granel.)

Cuarto

Se llamaba *Botonero*
y era también colorao,
y también era ojinegro,
y grande, y gordo, y rebarbo,
y tenía los pitones
bastante bien colocaos,

y en toda su vida pública
había sido jurado.
Los picadores comienzan
á jaser todos el *maulo;*
que no es lo mismo picar
que dirse á beber al Santo.
Fuentes trabaja con bríos,
y el pueblo aplaude al muchacho.

A todo esto, *Botonero* consiente que le abran ocho ojales y deshace un ovillo.

Malaver y Antolín prenden cinco avivadores con algún jormiguillo y tal cual circunspección.

Sale Manolo
(chichea el pueblo),
pasa bailando
largo y juyendo,

hace como que se quema, tira la gorra, se *jarta* de pinchar entrando siempre por peteneras, y el toro, por no verle, toma la determinación de morirse espontáneamente.

(Pita por sufragio público.)

Quinto

Riajero, retinto, albardao, adelantao de facas, también grande como los otros y como los otros craso.

De salida arremete con Juan Pérez, dándole un fuerte porrazo contra el estribo de la barrera, que produce al piquero una conmoción.

Riajero lleva diez puyazos, que toma con bravura, y mata cuatro pencos.

Guerra, inmenso en quites.

Pide el pueblo que arponeen los maestros.

Y lo hacen: Fuentes con un buen par al cambio y Guerra con dos de frente después de un sinnúmero de fiorituras.

(Ovación.)

Espartero no funciona.

Guerrilla larga tres ó cuatro pases de los suyos, y tirándose en dos palmos de terreno y saliendo como una Inmaculada, mete un volapié hasta la cruz.

La mar de aplausos, y la mar de olés, y la mar de *tó*.

¡Vaya un chiquillo!

Frascuelo estaba en un palco,
y al ver faena tan magna,
llorando pa sus adentros
se le caía la baba.

Sexto

Pimiento, retinto albardao, grande, etcétera, como los ya difuntos y de abundante leña.

Toma once puyazos bravamente y despacha tres caballerías mayores.

Guerra ¡siempre él! hace un quite de p. p. y w.

Con este niño las ovaciones se em-

palman y saca uno las manos convertidas en berenjena.

También Fuentes hace otro quite aceptable.

¿Y *Espartero*? Bien, gracias; alguna que otra vez largó tal cual media verónica, lo único que se permite.

Con cinco palitroques repartidos por todo el busto, fué el toro á la muerte.

Que se la dió Antonio (después de una faena en que hubo coladas, desarmes, achuchones y huídas) de un pinchazo sin soltar (¡así iba él!), otro bien señalado (éste *soltando*), otro fusilable, otro perpendicular y tendencioso, otro *ancora,* y otro, después del cual llegó el segundo aviso. Al fin el bruto, convertido en pepitoria, se echó cuando ya iban á salir los del cencerro.

Vaya, niño Fuentes, aliviarse y aprender una mijita más, porque si no tendremos que irnos á Sevilla.

***

Y no quiero sintetizar; ya han visto ustedes que los toros resultaron muy buenos, que Guerra está hecho un fenómeno, que *Maoliyo* va cada vez peor y que Fuentes se halla todavía en estado de canuto, y no podemos saber, por ende, lo que dará de *oui*.

1894

NOVENA DE ABONO

DÍA 27 DE MAYO

Cogida y muerte de «El Espartero».

QUELLA tarde fuí á la plaza, como de costumbre, dispuesto á describir humorísticamente la corrida: así empecé y así hube de llenar unas cuartillas (hasta hoy inéditas). Leíase en ellas lo siguiente:

Dígame usted, Bartolo, ese *Zocato*
(Borrego, señor mío),
¿cuándo tomó la borla y la muceta?
¿De qué latitud vino?
¿Sabe usted si estudió la ortografía
y el derecho político?
¿Sabe usted si un discurso dedicado
le envió don Emilio?
¿Fuma brevas, trabucos, regalías
ó modestos pitillos?
¿Convidó alguna vez á don Arsenio
á unas copas de vino?
Díganos ¡oh Bartolo! cuanto sepa
de este preclaro *chico*,
que así de sopetón y por sorpresa
se nos mete en el circo.

Parece ser, como diría Gamazo, que teniendo Reverte la obligación de presentar un sustituto, cuando por mor del hule no pudiese torear, largó al *Zocato*, y Bartolo dijo: «Por mí aunque toree el Carulla. ¡Venga de ahí!»

Así, pues, con *Espartero*, Borrego (*Zocato*), Fuentes y seis toros de Miura, ya está el *menú* completo.

Y ¡dale! que no me resulta que un lidiador se llame Borrego, y tenga por alias *Zocato*.

Si al apellido Borrego le va bien el mote *Zocato*, á Becerra, de haber sido espada, le pondrían *Zoquete;* ya que hay alguna relación en los apellidos, que la hubiera en los alias.

Y vamos al toro.

Primero.—*Perdigón*, usa dalmática colorada y los *clises* ribeteados; es sacudío de carnes y bien puesto, aunque algo vuelto de púas.

Como cabeza, la tuvo;
voluntad, ¡Dios se la dé!
Espartero hace los quites
de verónica á *moitié*.

Con cinco varas, por cuatro tumbos y tres rocinantes escabechados, dijo *Perdigón* que no admitía más *jierro*.

Valencia, consintiendo mucho, deja un gran par al cuarteo; ¡olé los niños de coraje! Antolín se arranca con dos zarcillos por sorpresa, y repite la ciudad del Turia con otro par sesgando, de indiscutible mérito.

(Palmas múltiples al chico.)

Y sale *Espartero*.

El toro estaba bueno *pa* dar una desazón á cualquier amigo: desparramaba la vista, alargaba el pescuezo y se defendía.

El de los espartos suelta unos cuantos pases de *tentadura*, mete una estocada, y como el chico no sabe *entadia* despegarse ciertas reses (si entra bien), sale cogido y volteado sin consecuencias.

Vuelta á la brega y vuelta á la cogida. Esta vez parece que la cosa ha sido seria; cogen á *Maoliyo* los monos y lo llevan á la enfermería.

¿Qué será?

Pronto lo sabremos.

. . . . . .

Y muy pronto supimos la desgracia. Entonces hube de recoger las escritas cuartillas, y con el ánimo triste permanecí en mi puesto, limitándome á tomar notas para hilvanar más tarde estos párrafos que al otro día publicó *El País*:

La impresión.

Ha sido tal la que nos produjo la catástrofe, que no estamos en estos momentos para hacer un artículo. Resultaría incoherente; no diría nada.

Vemos siempre en la arena al infortunado matador, rígido, con las piernas encogidas; vemos llorar como niños á aquellos hombres avezados á jugarse impasibles la vida, y nuestra imaginación no puede apartarse de aquel sitio. Cuando lo hace es para fijarse en la enfermería, en los médicos, que pronuncian fatídicamente el «todo ha concluído», en el cuerpo inanimado del torero cubierto por un hule, en el Juz-

gado que se constituye allí, en la camilla que conduce por la noche el cadáver de aquel mozo que pocas horas antes saludaba sonriente á sus amigos, despidiendo destellos de luz al herir el sol las lentejuelas de su chaquetilla. No; con estas impresiones no se acierta á escribir.

Honra torera.

Hacía algún tiempo que Manuel no era el torero de otras veces, y el público, ansioso de aplaudirle, veíase precisado á demostrarle su disgusto.

¿Influyeron estas demostraciones en su ánimo? ¿Se propuso cosechar de nuevo aquellos aplausos entusiastas con que antes se premiara su valor?

¡Quién sabe! Es de presumir que sí, porque desde el primer momento le vimos ayer con ganas de quedar bien.

La catástrofe.

Eran de Miura los toros que se lidiaban.

Se hizo el despejo, colocáronse los picadores en su sitio y salió el primer toro.

Perdigón.—Era colorado, ojo de per-

diz, pequeño, no muy gordo, con las astas finas y algo vueltas.

Con poca voluntad, pero con bastante poder y certeza al herir, tomó cinco varas, ocasionando cuatro caídas y la muerte de tres caballos.

Cambiada la suerte, *Valencia*, consintiendo mucho, clavó un gran par al cuarteo, y en su turno otro superior sesgando.

Antolín quedó bien en el suyo.

Tocaron á muerte, y salió el *Espartero*, que vestía verde y oro.

El bicho se defendía, alargaba el pescuezo, buscaba el bulto, se quedaba, y tenía todas las malas condiciones de un toro de sentido.

El matador le pasó cerca, dándole algunos pases de pitón á pitón, como hacía *Frascuelo* con ciertos toros. Después lió, y al meter el estoque fué cogido y volteado, despidiéndole el bruto á gran altura.

Se levantó ileso y volvió á pasar.

El toro tenía delante un caballo muerto, que constituía una querencia natural; Manuel se colocó entre el caballo y el toro, dando la espalda al primero, y en aquel terreno tan difícil, tratándose de una res de cuidado, lió y se arrancó á matar, entrando muy corto y muy de-

recho sin ninguna clase de incertidumbre. Tan fué así, que la estocada resultó contraria de puro atracarse, y el toro salió muerto de las manos del espada.

¡Ay! pero al mismo tiempo moría el lidiador.

El *Espartero* no vació lo suficiente al arrancarse y el toro se hizo con él, dándole una terrible cornada en el vientre que le produjo un colapso, del cual falleció momentos después de ingresar en la enfermería.

Espartero, al ser despedido por el toro, quedó rígido, con las piernas contraídas y el rostro descompuesto.

En la enfermería, los médicos hicieron cuanto cabe en lo humano por salvarle. Todo inútil. Ni el acudir á la respiración artificial, ni el promover la circulación por medio de sangrías, dió resultado.

El matador no volvió en sí, y á los pocos minutos expiraba.

La noticia circuló al instante por la plaza; muchas señoras abandonaron sus asientos, y en el público se produjo un sentimiento de honda pena, el cual dió al resto de la corrida cierto carácter fúnebre, que no se borrará nunca de nuestra memoria.

El parte facultativo.

Dice así:

«Plaza de toros de Madrid.—Enfermería.—Función del 27 de Mayo de 1894.—El profesor de medicina y cirugía que suscribe, encargado del servicio facultativo de la plaza en el día de hoy, da parte al señor presidente que, durante la lidia del primer toro, ha sido conducido á esta enfermería el diestro Manuel García, *Espartero,* en un estado de profundo colapso.

Reconocido detenidamente, resultó presentar una herida penetrante en la región hipogástrica con hernia visceral, una contusión en la región esternal y clavicular izquierda.

Prestados los auxilios de la ciencia por el estado más alarmante, que era el de colapso, y reconocidos al cabo como ineficaces, se le administraron los últimos Sacramentos, falleciendo el herido á las cinco y cinco minutos y á los veinte de su ingreso en esta enfermería.

El jefe del servicio, *Manuel Fuertes.*»

El resto de la corrida.

La fiesta continuó. He aquí á grandes rasgos lo más saliente:

Segundo.—*Cordón,* cárdeno, bragado, salpicado y ancho de cuna.

Tomó siete varas por seis caídas y dos caballos muertos.

Cuco prende medio par con exposición; su compañero uno entero desigual; repite el *Cuco* con medio malo, y vuelve *Currinche,* que no hace nada.

Fuentes torea incansable, lo mismo en quites que ayudando á sus compañeros.

Zocato, como Dios le dió á entender, se deshizo del bicho con ayuda de toda la cuadrilla.

Tercero.—*Zurdito*, negro bragado, astinegro y bizco del derecho.

Se arrancaba á los peones como una flecha y sembró el pánico en el ruedo. El toro remataba en las tablas con gran codicia.

No la tuvo así para los picadores; acosándole, les acometió cuatro veces topando y sin ningún poder.

Blanquito clava un par desigual cuarteando. El *Americano* deja un palo caído, y repite el primero con otros dos de cualquier manera.

Al salir Fuentes á matar, es aplaudido.

El joven espada pasó cerca, solo y confiado, y entrando bien y saliendo

mejor, dió un magnífico volapié que tumbó á *Zurdito*.

(Ovación merecidísima al muchacho).

Cuarto.—*Coletero*, negro, con bragas, bien criado, apretadito y levantado de pitones.

También, echándole los pencos encima, aguantó seis varas, dando cuatro caídas. Murieron tres caballos.

Antolín y *Valencia* prenden, con aplauso, los tres pares de reglamento.

Zocato, ayudado de toda la cuadrilla y con una excesiva prudencia, que le obligaba á tomar el olivo á cada instante, metió unos cuantos pinchazos, fué cogido, sin consecuencias, y recetó, por fin, un sablazo que mató á *Coletero*.

Quinto.—*Granaino*, castaño, albardado y corniveleto.

Uno de los picadores hizo tremendo desgarrón en los costillares del toro, y luego, para enmendarlo, dejó allí clavada la garrocha.

Dicho se está que después de tal carnicería, el animal no quiso nada con los picadores, y éstos, sólo acosándole horriblemente, consiguieron ponerle un puyazo.

Murió un penco.

Regaterillo sale por delante con dos

palos desiguales, y luego en su turno deja medio malamente.

Pulga prendió un buen par cuarteando.

El toro llegó muerto al último tercio, á consecuencia del garrochazo antes dicho; así es que *Zocato* no tuvo nada que hacer; se echó *Granaino* al primer pinchazo y evitó al espada un disgusto con el público más que con la res.

Sexto.—*Sabino,* cárdeno, bragado, gordo y cornalón. En una de las siete varas que admite voltea á un picador, el cual resulta ileso.

Fuentes al quite con mucha oportunidad.

Sabino mató cuatro caballos.

Le pusieron cinco banderillas, y fué á la muerte.

Fuentes toreó cerca y confiado, aunque con muchas coladas, y se deshizo del toro de varios pinchazos y un metisaca, después de un terrible achuchón.

***

Fuentes conquistó ayer por completo las simpatías de nuestro público. Fué el único que conservó la serenidad, el único que estuvo en todas partes, el único que toreó con algún aplomo, sin acobardarse por la terrible desgracia.

Y no es que no la sintiera; le vimos llorar desesperadamente cuando llegó á conocer su magnitud.

Los antiguos recordaban la tarde en que murió *Pepete* y lo que en ella hizo Cayetano Sanz, y comparaban con éste al novel espada.

¡Triste recuerdo! (1).

---

(1) Por suponer que andando el tiempo los aficionados á toros leerán con interés todo lo referente al trágico suceso, reproduzco en las notas con que termina este libro algo de lo que se publicó en *El País* á la muerte de Manuel García.

1894

DOCE DE ABONO (1)

OY no tengo *la humor* de [hacer revista,
perdóneme el lector:
Allá va sin intróitos ni flo- [reos
lo que ayer ocurrió.

Se *dió* la 12.ª de abono con seis toros de Núñez de Prado, y las cuadrillas de Guerra, Fuentes y *Bombita*, *avanti novillero y adesso matatori soprafino*. Es decir, que el mozo pisaba ayer por vez primera, en clase de licenciado taurino, el mismo ruedo donde se graduó de bachiller.

(1) Alternativa de Emilio Torres.

Y salió

Cotufo,

primero de la serie, cárdeno, «metidito en carnes» y bien puesto de alfileres.

Un pincha-ratas debuta, envainando el chuzo en el caracol. ¡Lo de siempre! ¡Lástima de presidio! Se abrió la clínica para sacar el estorbo, y perdimos un verano,

porque el toro no quería
pasar á la enfermería.

Guerra, viendo que el asunto se ponía más latoso que discurso de Elduayen, conferenció con el edil para hacerle comprender que el toro debía pasar al callejón acompañado de los mansos.

Así se hizo, después de tres meses: cuando tienen que salir los cabestros hay que echarse á temblar.

No puede darse nada peor organizado en el Universo mundo. ¡Qué hermosura!

Por fin se extrajo la espina; pero fué difícil separar al interfecto de sus mayores en edad, saber y gobierno.

Mas como todo tiene fin en este mundo, lo tuvo también esta escena, nunca vista en nuestro circo nacional.

Y llovía dulcemente
pa refrescar á la gente.

En el segundo puyazo, *Cantares*, el de la fechoría de marras salió enganchado. Justo castigo á su perversidad.

Cotufo aguanta, después de la rajadura, cuatro más y asesina dos cuartagos.

Los chicos del Guerra ceden las banderillas á los del debutante.

Valencia (el bueno) prende un gran par cuarteando y consintiendo (Palmas), y en su turno otro ídem per ídem. (Más palmas.)

Su colega despachó con uno caído y abierto.

Guerra confiere á *Bombita*
la muceta de doctor,
y le dice: ¡Ojo, muchacho!
que está el bicho *mu* ladrón.

¡Camará, y que lo estaba de veras! Gracias al *Cantares*.

El mozo pasó cerca y valiente, soltó un pinchazo ido y una corta en su sitio, entrando bien.

Guerra actuó de Cirineo como él sabe.

(Palmas al *Bombita*.)

Segundo.

Fogonero, cárdeno, *craso*, adelantao y abierto de leña.

Tardó y con poca voluntad, sufrió seis garrochazos, por dos jacas para cofres.

Bombita hace un quite de mérito, que se le aplaude.

Con cinco avivadores, asina, como perejil mal *sembrao*, pasó el *Fogonero* al negociado de Fuentes, ya restablecido (el diestro, no el negociado) de la cogida que sufrió el 18.

Y Fuentes pasa movidito, soso y sin arte; pierde el refajo *una volta*; amaga y no da; receta media á salga lo que saliere y un pinchazo bueno. Se arma una mijita de lío—que corta Guerra—y viene un metisaca, y otro, y otro, y otro, y otro, y un aviso, y sigue la mechadura, y el diestro gana la calleja. Por fin el toro, convertido en *chifón*, toma el acuerdo de morirse cuando ya iban á salir los mansos.

El cornudo habíase convertido en estatua de sal, es cierto; pero aquella labor del chico no tiene disculpa. Fué horrible.

Tercero.

Jardinero, cárdeno, terciadito como el difunto, y no escaso de madera.

Bravo y voluntario, toma nueve varas (una buena de *Pegote*) y mata un orangután con baticola.

Bombita aceptable en quites.

Moji prende un buen par cuarteando.

Empieza á granizar como el día que enterraron á Bigotes, y hay que dar un punto de reposo á la fiesta, la cual siguió después con un aceptable par de Almendro y otro del supradicho *Moji*.

Guerra se quita los chapines, torea como el mismísimo Alá, suelta una de buten entrando corto, saca el estoque y descabella. El reacabóse.

(Ovación piramidal, á la altura de las circunstancias.)

Nada, que todo lo que se diga del chiquillo es poco.

Al redondel cayeron hasta los tricornios de la benemérita.

Viendo que el Presidente lo hacía muy mal, y que con sus exabruptos podía comprometer á la tropa, Guerra, *motu propio*, tomó la presidencia desde la cancha.

Diga usted al señor de Concha Alcalde,
que por mí no le quiero ni de balde.

Cuarto.

Gallareto, castaño con chorreras, sacudío de carnes y cornalón.

Con mucha cabeza y poca voluntad se arrimó seis veces á los anarquistas de la mona, reventándoles un petardo.

Almendro y *Mojino* cumplen como pueden—y pueden mal—con los seis palos de cajón.

Almendro sale perseguido y se ve *embrocao* sobre corto.

Guerrilla, tras de breve faena, no tan lucida como la anterior, suelta un pinchazo y un volapié, hasta mojarse la muñeca. ¡Olé!

El bicho tenía que matar.

Quinto.

Aguijeño, castaño, chorreao, veleto y cornalón á testa que pides.

Con cinco varas solamente, porque la tarde expiraba en el regazo del crepúsculo (como diría Moret, que pocas veces sabe lo que se dice), cambiamos el tercio.

Los alumnos de Fuentes, *juyendo* y pasando las de Caín, dejan once palos en la pista y cuatro en el toro.

¡¡Qué miedo hace!!

Fuentes, ayudao al principio, y solo después, sacudió la clámide unas cuan-

tas veces para quitarle la polilla. Después recetó dos pinchazos, yéndose del mundo; un sablazo feroz; un pinchazo con achuchamiento; otro ídem, ídem; un metisaca bajo, otro más bajo *ancora*...

Fué un aviso, se echó el toro, y al intentar *Pepín* meter la puntilla se levantó el bruto, cayó el cachetero debajo y pasó á la enfermería, en cuanto se vió libre de la mole, con una fuerte contusión en la pierna derecha.

Fuentes salió pitado y *denuestado*.

Vaya, vaya, Bartolo; licencie usted á ese joven y fúnebre *diestro*, y que no vuelva más.

Va estando peor que la lejía. ¡Uf!

Sexto.

Gañafón, cárdeno, chico y bien puesto.

Recibió cinco puyazos, mató tres pencos, le colgaron dos zarcillos en mil viajes y con ellos solos fué á la muerte.

Que se la dió *Bombita*, previa su correspondiente faena de zaragata y cancán, de un metisaca inmundo, un pinchazo en un brazuelo, una delantera y atravesada y varias *jurgaduras* en el cabello.

C'est fini.

¡Vaya un debut!

1895

SEXTA DE ABONO

AYER, á las doce en punto,
sin minuto más ni menos,
á los Pérez de la Concha
llamó á sesión un cabestro,
y del corral á la puerta,
en cornapuk mugiserio,
con tono pausado y grave
les dijo al son del cencerro:
«Ya sabéis que hay en la corte
piramidales festejos,
que, aunque naide los ha visto
ni tiene noticias de eyos,
los anuncian los pogramas
y deben ser estupendos.
Vosotros suis de esas fiestas,
sin comerlo ni beberlo,
y pues en la fiesta os meten
hay que salir como güenos.
Sez bravos, duros y nobles;
hacez ver á todos esos
ministros que nos gobiernan,

desde el Bosch hasta el Romero,
la diferencia que existe
entre los que usamos cuernos,
y esa turba de pobretes
politiquillos del pego.
Demostraz á los maletas
que se visten de toreros,
y son unos sinvergüenzas
afanosos del dinero,
que no valen todos juntos
el detritus de un cabestro.
Pensaz que todo es basura,
asco, prodedumbre y sieno;
qué abundan los hombres-jembras;
que llega el rebajamiento,
desde el palacio del grande
hasta la Cárcel Modelo.
Y si pensando estas cosas
no salís pegando resio,
malditos seáis vosotros,
malditos los que os ficieron,
maldita sea la vaca
que crió tales engendros,
dando título de bravos
á bueyes pal mataero.»

Esto dijo el manso, y tenía razón.

La sinvergüencería llega á un punto que espanta. Hace pocos días un sacerdote y conspicuo orador sagrado, en los cerros de la Castellana quiso hacer no sé qué cosa á un jovenzuelo. Por fortuna para la moral y desgracia del tonsurado, aparecieron en escena algunos mozos de empuje y dieron una soberana paliza al *ministro del Señor*. Vivito

y coleando está el hecho de una noble y *varonil* dama andaluza, que obligó á dejar las tablas á una conocida cantante y se la llevó á su casa con gran escándalo de las gentes. Todos los días leemos que tal ó cual candidato se gastó en la elección muchos miles de pesetas, y como el cargo es gratuíto ¡figúrense ustedes á qué irá esa gente á los Ayuntamientos! Es público y notorio que los expedientes no marchan si no se *unta el carro;* que los principales destinos los dan las mujeres; que la guerra no se acaba á tiros, sino con *danaro...* pero, ¿qué moscón me picó ahora para meterme en estas honduras?

Vayan al diablo las filosofías y yo á lo mío, que ya está en plaza el bruto

Primero.

Ranito, berrendo en jabonero, sacudío de carnes, *abundante* en leña y buen mozo.

Seis veces le sangraron, siempre en la bodega, los abencerrajes de la mona, falleciéndose de sus resultas tres electores canovistas, que votarán en las próximas.

El toro hubo de probarnos que tenía alguna cabeza y mediana voluntad.

Juan sobaquillea un palo malamente, y luego... ídem de íd.

Tomás prende al cuartéo dos zarcillos desiguales, y al relance otros dos, hermanos gemelos de los supradichos.

D. Luis torea de flámula con sobriedad y aseo, y larga un volapié de los suyos, de los de antaño, de los que hicieron de un simple mortal un famoso *matatori*.

¡Bravo, Luigi!

El toro cayó como herido por la electricidad. (Ovación.)

Segundo.

Tomatero, jabonero, terciadito y con unos cuernos capaces de infundir pavor á cien legiones de japoneses.

¡Muchos cuernos son pa cosa buena!

Lo que decía una chula que había á mi vera:

—Sabe usted: en los toros, como en las presonas, los más abultaos de pitones son los más inofensivos. Diga usted que lo digo yo, que soy prática.

Juyendo y sin recargar, se arrimó siete veces á los picapedreros, despenando tres caballerías mayores.

El bicho, entre par y par, de los tres que pusieron *Ostioncito* y *Saleri*, se entretuvo ensayándose *p'al handicape*, y al

fin saltó con bastante limpieza varias veces consecutivas.

¡Qué razón tenía la chula *prática*!

Salió *Bombita* á pasar,
y por causas que no explico,
en vez de pasar al toro
fué el toro quien pasó al chico.

Un pinchazo en su sitio y una entera á un tiempo hasta la bola, tirándose Emilio con fe, dieron fin del *cornúpeta*.

¡Bravo, mocete! Te perdono el baile anterior.

Tercero.

Granadino, castaño, bragao, fino, bien criao y también ampliamente surtido de materia córnea.

Los chicos dejan el percal en los pitones con el mayor desahogo. ¡Pero, hombre! ¿Creían ustedes que era aquello un *porte-manteau*?

Bombita hace un quite gótico y por poco no hay hule. ¡Niño, niño!

El pavo, haciendo faena de toro, tomó ocho varas por cuatro encuartes.

Sale un niño negrucho de suyo y dispara un par muy malo.

Mazzantinito prende otro aceptable, y el negrucho (que resulta ser el *Páqueta*) tira otro de los mermos.

Baila el *Litri* peteneras,
y soleares, y... tó;
¡y aún hay quien le dice ¡jole!
¡Cómo se halla la afisión!

El tal *Litri,* echándose fuera y sin mirar al morrillo, larga un sablazo en la propia paletilla.

¡Vaya un torero sinalagmático!

(Pita *rebozá.*)

Cuarto.

Cardenisllo, colorao, con bragas, lista y unas agujas como las del *duomo* de Milán.

Pero, camará, ¿pone el Sr. Pérez de la Concha astas postizas á sus *huéspedes?*

Cardenisllo aguantó, sin voluntad ninguna, siete lanzadas, mató un potranco y se dedicó á oler la taleguilla á los peones. ¡Qué mañas!

Galea y *Regaterín,*
Regaterín y Galea,
le largan seis palitroques
y se acabó la faena,

sosa y *esaboría* de suyo propio.

Baila un bolero
el señor Luis;
pincha tres veces,
y está en un tris
que no le agarre
el *Cardenis...*

A tan *lucida* faena sigue media estocada delantera por tirarse largo el Mazzantini, y otra lo mismo por igual causa. Viene un aviso y á continuación arrea nuestro hombre una estocada perpendicular, en el pescuezo de la res; actúan los enterradores, con protesta de las tribunas; va el segundo aviso, «se produce» otra estocada como la anterior y el alguacil trasmite ¡la última advertencia!

¡¡Y fué el toro al corral!!

¡Para qué más comentarios!

¡Orrore!

Quinto.

Fantasía, castaño lombardo, con bragas, girón, bien puesto y afilao de herramientas.

D. Luis hace un quite y se le aplaude.

Ya lo dijo Cicerón
al hablar de las corrías,
mutas mutandi, in aplausum
reverterunque las silbas.

Fantasía recibe seis garrochazos y respeta los violines.

Ostioncito y su colega cumplen en palos (frase de ritual).

Sale *Bombita,*
sopla el Eolo,

entra la jinda,
torean todos,
baila el espada,
se arropa el toro,

y sin un solo pase, ni saber de qué pie cojeaba el animal, larga *Bomba* un sablazo desprendido, y un intento.

El chico de las de Torres recibió un aviso de parte del edil, el cual aviso le comunicó uno de los guacamayos de tanda.

Sexto.

Cucharero (de Miura), negro, bragao, adelantao de pitones, flaco, chico y poquita cosa.

El becerrote resultó bravo, admitió ocho picaduras, mató tres anchoas sin salar, y á banderillas tocan.

Gonzalito dispara un par por elevación y *Páqueta* otro por depresión. Hay un palo suelto junto á las pezuñas del becerro, que es como si se dijera: hay una continuación.

Y aparece el *Litri*, da unos cuantos pases de corre ve y dile (suerte nueva, que consiste en presentar el trapo al bicho y salir bailando de *coté* ó enseñando la parte posterior del individuo).

Después de estas pasaduras, receta

un pinchazo y una entera á volapié *deguisé.*

POST-JINDA

Los toros buenos en general.

Los toreros malos.

El consentir Mazzantini que sus peones trataran de ahondar el estoque con la percalina, á puñetazo limpio, y lo de envainar él la espada en la tripa del toro cuando salían los cabestros, merece reproches, que con pena le dirijo.

Eso nò lo hacen los matadores de su categoría.

Cuando el santo viene de espaldas, hay que resignarse y esperar el desquite. ¡Lo puede tener Luis tan fácilmente!

A buscarlo, y *rien ne va plus.*

1895

SÉPTIMA DE ABONO

Dedicada al duque de San Fernando.

Tas enteráo, Nemesio,
de lo que hizo ese vejete?
—¿Cuál?
—El de los diez miyones.
—Cáyate, no me lo mientes,
porque sólo de pensarlo
me va á dar á mí la peste,
el tifus y las viruelas
y el cólico y la diabetes.
¡Miá si cojo yo esos cuartos!
¡pues no iban á ser bisteses
y medias tostás y copas
y emancipación de bienes!
—¿Qué es eso?
—¡Anda! ¡no lo sabe!;
lo diré pa que te enteres:
eso es libertar la ropa
de Peñaranda, ¿me entiendes?
¡Miá si me deja los cuartos
el *buen* viejo! A mi Mercedes
la pongo un *landó* y dos clarens.
Vamos, porque lo merece,

porque es muy honrá, y muy guapa,
y muy relimpia y muy terne;
y no es tacaña y tié rumbo;
y si quisiera perderse,
más de cuatro de la hilife
la darían cuanto tienen.
Eso es virtú.
—Que lo digas.
—¡Miá si heredo esos parneses!
—U los heredan los pobres,
ú los del *Reina Regente*,
ú los maestros de escuela,
ú los méndigos decentes,
esos que tién más carpanta
que tú y que yo, y no parecen
nunca por los sitios públicos,
y antes que pedir se mueren.
¡Si me pagasen á perra
ca maldición que al vejete
le han dirigío estos días!...
—¡No pides na!
—¡Me parece!
Y si yo fuera San Pedro
y el hombre quisiá meterse
en la gloria, de un sopapo
le mandaba á que viviese
cien años aquí en el mundo,
un siglo siendo un pobrete,
trabajando noche y día
y jamando solamente
un cacho de pan muy duro
por comida.
—Lo merece.
¡Digo! lo merecería.
—Pero dime, y ¿quién es ese
señor?
—Pues naide lo sabe:
hay aquí un lío, ¿me entiendes?
pero mu gordo, mu gordo.

Busca alguien tú que te entere,
que yo me cuelo en la plaza
á ver si hoy salen los güeyes,
ú haber si recibe el *Gayo*.
—¡Recibir el *Gayo*! ¡Puede!...
Ese recibe los cuartos
como... (al oído) ¿comprendès?

Ha resurtao el introito argo larguito; pero con esos miyones que se me han ido de las manos estoy que echo chispas. Sí, señor. Vamos á ver: ¿por qué no había de haber sido aficionado á toros ese señor cunero, y leer mis revistas, y gustarle, y decir: «Vaya, pues como no tengo padre ni madre, ni perrito que me ladre, ahí va to eso pa *Varetazos?*»

En fin, paciencia y barajar.

He aquí ahora la reseña de la corría en que hacen de toros seis bichos de Ibarra y *salen* como espadas el *Gallo*, D. Luis y *Bomba*... va.

El desdichado Albarrán abre la caja de los *cornúpetas* y salta el

Primero.

Grillito, negro, bragao, choto imberbe y con pocas defensas. De salida, y al pasar por los hulanos, éstos le pinchan dos veces de refilón.

Siempre najándose, y huyendo hasta

de su sombra, tomó el choto cinco puyazos como quien toma una purga.

Dos pares buenos de *Gonzalito*, y otro ídem del *Guipuzcoano* (quien luego repitió á destiempo, quedando mal) constituyeron la segunda etapa toreable del feto buey.

Ningún caballo difunto.

Gallo pasa como Alá
y le aplauden las tribunas,
luego receta un pinchazo
y una hacia la dentadura

del bicho; es decir, muy delantera.

El abuelo acierta con el sitio de descabellar á la segunda *repetition*, y el pueblo sigue palmoteando.

—¡Adiós, Fernando!; que sea enhorabuena—gritaba una barbiana.

—Oye, Sinforosa: ese Fernando ¿es pariente de los Duques?

—Calla, chica; ¡qué ha de ser!

—Como se yama Fernando, y los otros son Duques de San Fernando, pus creía yo que algo les tocaba.

—¡Ca! Si les tocase, como tú te piensas, no le habrían puesto Fernando; tó menos eso. Y si no, ahí tiés al viejo de los miyones, que le pusieron Soler y era hijo de un Conde y una Duquesa, según dicen.

—¡Ay qué lío! Oye, y ahora resurta

que los Duques pagan los belenes de aquellos señorones.

—Pus velay.

Segundo.

Piñero, negro. bragao, más toro que el difunto, aunque no gran cosa.

Tenía las agujas cortas y *desaparás.*

Uno de aquellos caribes de la mona atraviesa la puya en el *cutis* de la fiera. Mire usted, por menos han ido algunos á la guillotina.

El tocayo de Gavira resultó un toro; ¡como que tomó nueve varas por siete tumbos y un vejete cunero *pal* arrastre!

Regaterín prende dos arracadas por sorpresa, al ver que el bicho busca la taleguilla y corta el terreno geodésicamente.

Galea tira dos pares que, por casualidá, cayeron en el toro.

Y repite el *Regaterín* con dos zarcillos, entrando con cierta enjundia.

Cogió Luis el trapo rojo
y dijo: ea, *tutti fuori,*
si me veo argo apurao
yo sus yamaré, *signori.*

El mataor, con mucha valentía y con más quietud que de costumbre, pasó al *Piñero* como sabe (ya hemos conveni-

do en que sabe muy poco), teniendo algunas *colás* y tal cual achuchón.

Después, tirándose con *amore* señala un pinchazo en hueso, y mete una entera á volapié legítimo que partió al de Ibarra.

Cuando salió el puntiyero
á largarle la puntiya,
oyó que el bicho *intercornium*
estas palabras mugía:
«Lo que es si en el otro barrio
me topo al viejo é la guita,
le atizo cuatro cornás
en er medio é la barriga »

Amén.

Ovación á D. Luis, que si con la muleta dejó *argo* y aun *argos* que desear, con el estoque estuvo superior.

Tercero.

Barberito, también negro y también terciado, como el azúcar *pa* pobres, astinegro y bien armao.

Fué pegajoso y blando, le picotearon ferozmente en sus ocho acometidas y tres *soleres* ochentones prestaron su cuerpo fallecido *pa* hacer baules.

Ostioncito y su cofrade plantan los palos de reglamento con gran sosez.

Una brega sobria y valiente del *Bombita,* sirve de prolegómeno á un

pinchazo *dans l'os,* una corta *atravesá* á boca que quieres, y otra ídem, barrenando.

(Palmas al chico.)

Vamos, decididamente,
el pueblo es muy indulgente.

Cuarto.

Centello, negro, bragao, largo, sacudío de carnes y cortito de bisturíes.

Don Fernando se abre de percalina, y da unas verónicas de buten, y unas navarras, y unos faroles, que alumbraron más que todas las lámparas del Edison.

Estuviste quieto
y estuviste bravo,
y hubo que llamarte
don Fernando octavo.

El toro, codicioso y con chola, recibe siete puyazos y mata tres potrancas.

Gallo hace algunos quites buenos, y D. Luis uno también de esa alcurnia.

Se armó un handicap de caballo mientras los matadores finamente, y diplomáticamente, y elegantemente obsequiados por el *maestro*, tomaban los palitroques.

Bombita, luego de muchos adornos, largó medio par de ballestilla y malo.

Luis cumple con un entero aceptable.

Y el *maestro* clava medio casi en las orejas.

Muy mal, *agüelo*. La verdad.

Viene después algo de lo consabido: un buen trasteo de muleta y á punzar tocan. El de la cresta tiró dos pinchazos á lo que saliere y una honda lo mismo, que hizo acostarse al toro.

Quinto.

Tortolillo, cárdeno, bragao, chiquito, gordo y apañadito de facas.

Llamar *Tortolillo* á un toro
sólo le ocurre á un vaquero;
es como llamar filántropo
al ya *famosismo* viejo

de los millones.

Tortolillo ¡al fin ave! resultó blanducho, aunque bravo, voluntario y certero en las diez tomas de *bravais* que le suministraron los de aupa.

Luis hace un quite oportuno y de verdadero peligro.

Muy bien, pero muy bien. ¡Olé que sí!

Se espiran tres *cornúpetas*, como dicen los sabios.

En banderillas el toro se declara castelarino. (Ya ustedes me comprenden.)

Y ¡claro! como los *chicos* (Juan y Tomás) se veían perseguidos de cerca por el becerrote, dispararon la leña como pudieron, ayudados hasta de los monos sabios.

¡Qué miedo hace!

Uno que había á mi lao sirbaba á los mocetes, lo cual que un otro le dijo:

—¡Hombre, no les pite usté!: los probecillos sólo ganan unos cuantos duros por jorná y pa eso exponen la vida, y hay quien pesca diez millones en un boleo sin ningún compromiso.

Un minué y un *pas á quatre* se baila D. Luis delante del buró.

Luego receta dos pinchazos (uno sin soltar), una delantera á volapié, un intento, otro, otro, y se murió el cornudo.

Sexto.

Vendaval, negro zaino, llenito de cuerpo y ancho de cuna.

Hubo el quiebro de rodillas, que es de óbligo hallándose el *Gallo* en el *coso*, y le aplaudimos.

Vendaval resultó brisa ligera; sólo volcó una vez á un pincharratas, en los ocho puyazos sufridos, y esa vez don Luis hizo un quite piramidal, que le valió una ovación ruidosa, como hace

tiempo no veíamos, y capaz de quitar todas las espinas del mundo.

¡Olé y requeteolé! Es usté un bravo, compare.

—Anda, hijo, te has ganado un éxito, que para sí lo quisieran todos los Soleres—dije yo en voz alta.

—Ya me tié usté cargao con ese señor, buen hombre—exclamó una chula muy requeteguapa.

—Déjale, Nicanora, que tó lo que diga es poco, la arguyó un punto. Aunque lo que tú tiés es envidia porque no te haiga tocao ná de esos monises.

—¿Sabes? no los quiero, que probe soy, pero tengo yo mucha equidaz en mi individua, ¿estás? y si yo me encuentro con esa guita, que debía ser pa los de San Fernando, se la doy motu propio.

—Pues dicen que el viejo era muy decente, y en cuanto vido que los herederos de aquel que lo recogió decían que si *hache*, que si *erre*, él contestó que sabía trabajar y que se metía á hortera.

—Pamplina pa los canarios. ¿Por qué no se metió? ¿Y por qué, si era tan dizno, no renunció la herencia que le disputaban, y se fué pal mostrador?

—¡Anda la órdiga!

—Lo dicho.

La ovación á Luis nos distrae, y no vemos lo que hacen los chicos del *Bomba*. Sólo oimos que les tocan las palmas.

El matador da un pase dibujado, otros dos ó tres en boceto, y tirándose á volapié frascuelino mete una hasta la mano, que fué para mí la estocada de la tarde.

El muchacho sacó el estoque y descabelló al primer intento.

(La mar de palmas.)

ASTICILO

La corrida buena en general.

Los toros, aunque no muy grandes, estaban bien presentados, y cumplieron como buenos.

Los espadas, cada uno por su estilo, dejaron satisfecha á la afición.

Ya se ha repartido el prospecto para la corrida de Beneficencia.

La cosa no ofrece ningún atractivo.

De esta famosa corría
ya me ocuparé otro día (1).

Por hoy *c'est fini*.

---

(1) Hubo, como siempre que se trata de la Diputación, mucho censurable.

1895

CORRIDA EXTRAORDINARIA

II DE JUNIO

Se proyectó sólo á beneficio de las familias de los náufragos del *Reina Regente* (¡eche usted *dés*!); pero luego cayóse en la cuenta que esas familias ya tienen bastante, en punto á socorros, con los concedidos por el Gobierno más los que arroje la consabida suscripción.

Y así pensando, se hizo la cosa de caridad mixta; es decir, una parte para

los del naufragio y otra para los inutilizados en la campaña de Cuba, los cuales bien han menester de auxilios, pues si no tienen más que los que el Gobierno les conceda, ya pueden echarse á morir.

Para que esta, mi revista, respondiese á las circunstancias, dirigí á varios hombres públicos (de esos á quienes llamamos un día sí y otro también, conspicuos, eminentes, ilustres, importantes, etc , *lo cual* que ellos se lo creen), la siguiente carta-circular:

«*Compare Sr. D...*

Ya s'habrá enterao de la corría que hoy echan y por mor de quién la echan, y aunque usté mayormente no sirve pá maldita é Dios la cosa, como hemos convenío que es una lumbrera (porque en la política y en el teatro, ambos del mismo percal, *tutto é convencionale),* le pido á usté que *filando* el motivo de esta juerga taurina, me haga un toro. Vamos, quiero decir, que me reseñe usté á su modo y manera lo que ocurra en uno de los bichos que se corran esta tarde.

Salú y mandar..., etc.»

Largué estas cartas por un chico del Continental (pues si las mando por el interior, á estas fechas están viajando por la China), y velay las respuestas que he recibío:

Zeñó «Varetasos».

Aunque argo afligío por esta irregulariá de los *clises* que no m'eja ve las cosas tal y como eyas son, y aunque mu cargao con esos peroraores repubricanos que no van á ningún lao y son lo mesmo que el perro é mi güerta, y aunque mu bilioso y mu retequemao por verme costriñío á pasar la mano á Don Prásedes, yo, que siempre he sío partidario de patear jasta el Verbo, y aunque me tié reventao er Sirvela por no querer ná con mis *chicos* er *Dientes*, *Veintiun dits* y otro que no quío mentarle, le haré á usté el primer toro y lo haré en verso libre pa que vea c'aun m'acuerdo é la poética y lo mesmo largo al Martínez á Cuba pa quitármelo de ensima y que se *lusca* (po el ole), que m'ocupo é pitones con aqueya sal de mi tio er *Solitario*, que miá si viviera hoy y viese á onde é subío ¡pa chasco! Con que lo dicho y espere mis cuartiyas.

ANTONIO (EL TONANTE).

Al publicista crítico «de re taurina» que firma sus crónicas con el contundente pseudónimo de «Varetazos».

Muy distinguido señor, amigo y compañero en letras: No sé cómo le vino en mientes pensar en mí, ya retirado de toda lid activa ó pasiva, cual se retiró el Cisne de Pésaro á su encantadora quinta de Passy, y á semejanza del ostracismo forzoso ¡ah! del gran Capitán del siglo, del que cruzó triunfante los ámbitos del mundo, del que tocó con su combácea frente la ingente base de las pirámides de Egipto (que parecen una inextinguible acumulación de las titánicas fuerzas de infinitos obreros labrando á través de los siglos) y pasó su mártea

figura por bajo de las ojivas tialianas, encajes marmóreos que diríase tallados por mil legiones de querubes para glorificar el genio del arte arquitectónico en una época en que la fe y el cerebro, el corazón y el espíritu, lo material y lo inmaterial, se confundían y se refundían en aras del cristianismo.

¡Ah! no sé, no, cómo tuvo usted la parda idea de que yo pintase ni un momento esa lucha brutal del hombre con el *cornúpeta*. ¡Jesús! ¡qué horror! Siempre, desde mi pubertad, me repugnó la sangre. Para mí, en mí modesto criterio de artista y amante platónico de la forma, el espectáculo que tanto odió Isabel la Católica, la que conquistó á Granada y redimió á Colón, se reduce al arrobamiento que me producen los lidiadores de á pie; pero por ellos en sí; por ellos aisladamente; por ellos sin relación con la fiesta; por ellos con sus trajes de seda y oro, que dibujan formas esculturales dignas del cincel de Phidias; por ellos, que son otros tantos Apolos que ocultan la morbidez de su exuberante natura con filigranas de oro y destellos de luz.

Y como para ustedes los taurómanos el hombre es lo de menos y la lucha brutal lo de más, como no hay conjunción en nuestras ideas, ni manera de entendernos, no puedo complacerle en lo que me pide ¡ay! con harto dolor de mi alma.

EMILIO.

Señor crunista de esu de los toros en «El País».

Eu me creo que es usted un pillu al pedirme que le haga un toru. Vusotrus que llamáis gallegu al que nun tiene estampa de toreru, ni vale un cuartiño; vusotrus que por lu que se

ve consideráis á eus mis paisanus como rapaciñus despreciables, no merecíais que us contestara.

Sepa, señor crunista, que eus mis paisanus que salen finus como el Monteru y yo, y gastan guantes á todo trapu, van donde el primeru.

Yo nunca entendí de torus: de vaquiñas algo comprendu; pero aun sin entender de aquellu (que menus entiendu de Cuba y esu hice mi fuerte) dígame cuántu voy ganandu por escribirle lu que pide y lu mandaré. Suyo

MANOLU.

Señor de «Varetazos».

¡Bonito humor tengo para que me vengan con peticiones! ¡Bueno estoy ahora para escribir de toros! Yo que esperaba esos cuartos que, según *El País*, darían para mi Asilo de Pobres, me encuentro con que ni vienen ni nadie sabe de ellos media palabra.

Aquí no hay capital, ni réditos, ni ofrecimientos, ni herencia de ninguna clase; lo que hay es mucho pobre y mucha necesidad sin socorrer, pues quien debía hacerlo se llamó andana.

—Anda, y que escriba de toros el Nuncio.

ALBERTO.

Señor crítico taurino del órgano del partido zorrillista.

Muy señor mío: No hago lo que me pide, porque soy lego en el asunto. Es como si le pidiese usted á Cos-Gayón que se arrancase por peteneras. Yo sólo entiendo de matemáticas diferenciales; es decir, de esas que hacen

ver que tres y dos son seis ó cuatro y seis son nueve, según las circunstancias.

Pero ya que no le mande lo que desea, le enviaré un consejo. Procure usted que se haga luz, mucha luz sobre la distribución de lo recaudado en España para los del *Reina Regente*; porque en estas *cosas* hay siempre tremendas filtraciones. Lo sé por experiencia.

NAVARRO.

Amigo «Varetazos».

No entiendo de toros una palabra; el toreo político lo practiqué con éxito hace algunos años, pero hoy me he cortado la coleta.

El que torea por mí es Pablo Cruz, que da largas y medias verónicas á los individuos de los Comités fusionistas, esos infelices que aún me creen dispuesto á preocuparme de esas cosas. ¡A mí!...

Ya sabe usted mi escuela cuando yo toreaba en política: me arrancaba á salga lo que saliere; si pinchaba en hueso, bien; si agarraba un buen estoconazo y me aplaudían, bien; si daba en el gollete y venían los *pitíos*, bien; si me echaban el toro al corral... bien; me rascaba la barba y tan fresco; porque aquí se olvida todo, y á los diez minutos nadie piensa en el descalabro.

Con que haga usted lo mismo en su revista.

Diga usted lo que quiera, sin pedir colaboración á los *conspicuos*, y quédese tranquilo, que todo lo de esta vida es un infundio, y hay que tomarlo como tal.

MATEO.

Camará, que tié razón el hombre,

me ha convencido, y sigo sus consejos.

Publicaré la reseña del primer toro tal como la redactó el *Tonante,* y luego á *dosimetricar* tocan.

***

En la plaza había profusión de follaje y flores; las columnas estaban adornadas con guirnaldas en espiral, puestas con *arquitectónico* gusto. El mismo reinaba en la circunferencia de los palcos. Muy bonito y muy fino; sí señor.

Ya ustedes saben que Rafael el grande, además de regalar un toro, pagó mil plumas por un palco.

En cuantico se presentó en el de la empresa se armó un jollín de palmas, que aquello paesía la fin del mundo. ¡Qué ovación! Si el hombre hubía acabao eso de Cuba y se hubiera traído p'acá 100.000.000 de pesos, no le jalean más.

Sólo con ver al Califa
se entusiasmaba la gente:
eso es un hombre, compare,
todo lo demás es... plebe.

Y vamos con el primer bicho.

Tiene la palabra Antonio *el Tonante,* que lo reseña.

Abrid el paraguas.

Salió er primero pol la puerta dela Ergástula,
como diría Emilio,
que es un idilio,
con su amor á las formas del Apolo,
y su cara de Eolo;
y se yamaba el cornúpeto *Tabernero*,
y era de Bañuelos, er ganaero,
y usaba capa castaña lombarda,
y tenían los cuernos que pinchaban
como una alabarda;
y tomó siete puyazos,
dando á los de aupa algunos batacazos,
mayormente,
según dice la gente;
y no se fayesió ningún *soler*,
según con los gemelos pude yo ver.
Juan y Tomás
le plantan los palos,
unos un poco alante y otros un poco atrás:
y lo mata don Luis, pasando sosegao,
de una media en su sitio, entrando muy pegao,
y un gran descabello
á pulso, que encontré bastante bello.
Palmas á Luis
le dedica el país,
y diga usté que, de Bañuelos, el animal
resultó bueno y mereció una credencial.

¡Cielos, qué berzas! Las conozco.
¡Ay, Elisa; por qué vino usted á este mundo! (1)

---

(1) ¡Quién había de decirnos que á los pocos años, estos versos (les llamaremos así) escritos exprofeso para ridiculizar los macarrónicos del cantor de Elisa, habían de tener imitadores en los poetas modernistas, los cuales, no solamente encuentran publicaciones de autoridad que inserten tanto despropósito, sino que aun se ven ensalzados por quienes de escritores se precian! (*N. del A.*)

Ahora, vamos abreviando.

***

Segundo, *Cuadrado,* de D. Vicente, fué berrendo en castaño, gordo y bien puesto; aguantó á duras penas cinco varas y asesinó legalmente un soler hijodalgo. Resultó blanducho y con tendencia á coger.

Jarana torea desconfiado, con coladas y baile de *achucho*; mete un pinchazo sin apretar, una entera atravesada, entrando el chico con coraje, otro pinchazo y una hasta la bola, después del primer aviso. (Palmas.)

***

Tercero, *Limosnero,* de Aleas, fué castaño, de hermosa lámina y muy bien puesto. Siete veces le pincharon los de la calzona, perdiendo un soler álbeo.

Reverte, parando mucho, toreando serio, castigando y hecho un valiente, metió un pinchazo y una hasta la mano que partió al bicho. Pero éste coge en la salida al matador, lo voltea, lo recoge de nuevo, y el mozo pasa á la enfermería con grandes varetazos en el vientre y en el pecho, los cuales le producen un «colapso cardiaco respiratorio

de gravedad», siendo preciso sangrar al espada.

***

Cuarto, *Gitano,* de Miura, era «un punto negro», chorreao en verdugo, bien alimentao y con los pitones bien puestos.

Al salir de uno de los primeros garrochazos «echó mano» á *Bombita* y el chico sacó la manga de la chaquetilla partida por gala en dos. Esto produjo tal pánico en las cuadrillas, que todas andaban de cabeza. ¡Qué lío! ¿Y esto es la plaza de Madrid? Sólo Luis escuchó palmas.

El *Gitano,* que fué un toro ¡olé, Miura!, tomó nueve varas recargando y se trepó cinco octogenarios soleres.

Bombita torea solo, cerca y con enjundia; mete un pinchazo, saliendo sucio, y una tendenciosa de la que resulta trompicado y con un golpe en la cara. (Palmas.)

***

Quinto, *Jaquetón,* de Pérez de la Concha; era negro, listón, *senza rabi,* buen mozo y adelantao de cuerna.

Con seis varas, algunas buenas de *Badila,* un marronazo y un soler gris

en la pista, se dió el bicho por satisfecho.

Lesaca, con ayuda de Tomás, tantea al *Jaquetón,* y tirándose de *nájibus,* envaina el estoque al biés, y suelta luego una muy baja, por iguales principios. (Pita.)

***

Sexto, *Cebollero,* de Mazzantini, berrendo en negro, capirote, gacho, abierto de facas, mal mantenido y becerrote impúber. Es, hasta la presente, el peorcito de los *cadeaux.* Con alguna voluntad sufre seis picotazos por un soler antidiluviano *pal* arrastre.

Don Luis brinda el becerro al Califa, lo cual que *tós* aplaudimos; pasa con sobriedad y aseo, larga media buena á volapié legítimo y siete intentos, acertando en el último.

***

Séptimo, *Lagartijo,* del propio Califa, de la figura más grande *c'habío* en el toreo, era un bicho jabonero, meleno, basto y cornalón. Tomó siete puyazos y finiquitó un soler lioso.

Don Luis, *Jarana* y *Bombita,* en obsequio á Rafael, cuyo era el toro, toman los palos, saliendo «de primeras»

Bomba, que prende un par malo, por marcar exageradamente esa cosa que llaman quiebro; después va *Jarana* con un par aceptable, cuarteando, y Luis con otro superior de frente ¡olé!

Jarana pretende lucirse con la muleta, y como no sabe torear, se hace un lío, pierde el refajo y tiene que acudir en su socorro toda la *troupe.* Luego, volviendo la cara, atiza el chico un sablazo corto, con toma del olivo, y un pinchazo en el que tuvo la suerte de descordar al bruto. Si no, tal vez hubiesen funcionado los del cencerro.

***

Octavo, *Valenciano,* de Ibarra, fué colorao, ojo de perdiz, fino y abierto de púas.

Rafael pasa al palco presidencial, le aplaudimos y... ¡viva Córdoba!

Valenciano lleva nueve garrochazos, en todos los cuales demostró bravura y poder.

Mazzantini, sustituyendo al colega herido, estuvo mal; pero fué breve ¡Dios se lo pague! Bailó un poquito, metió un golletazo, y que vengan las mulas.

***

Noveno, *Playero,* de Vázquez, colorao, con bragas, salpicao, fino de alfileres, pobre de *rosbifs* y sin ningún respeto, resultó bravo y codicioso; recibió, siempre queriendo, nueve lanzadas, y mandó al Este caballar tres soleres capitalistas.

Bombita, después de un malísimo trasteo, larga media baja y tendida, otra media algo mejor y una entera, acostándose en la cuna. (Palmas tímidas.)

***

Décimo y *dernier, Lamparilla,* de Udaeta, fué berrendo en negro, capirote y botinero, grande, gordo y abierto de dagas. Con poca voluntad sufre seis picotazos y no deja ningún soler realista para baules.

Lesaca extiende el finiquito al toro y á la juerga benéfica, de un sablazo, volviendo hasta los calcetines, dos intentos y un descabello.

LIQUIDACIÓN

La corrida dejó satisfecha á los morenos.

Los criadores merecen toda clase de elogios, porque no han hecho lo que otras veces, enviar lo peorcito de casa,

sino que regalaron toros bien presentados y que podían verse.

¡Así se portan los hombres!

Ha sido organizador de la corrida el señor Villanova, teniendo de Juan Molina, vamos al decir, al simpático y buen aficionado Sr. Vela.

A uno y á otro les palmoteo cual se merecen.

Nota importante:

Todos aquellos soleres
que ayer fueron arrastraos,
según me dijo el Boniya,
murieron abintestato.

1899

TERCERA DE ABONO

Seis toros de Cámara, por las cuadrillas de Guerra y Reverte.

Yo me lo sé! Del arte los arcanos
resurtan ya pa mí
infundios y camelos soberanos:
jonjana ú cosa así.
Sólo el toreo á mi ansiedaz responde,
y po el toreo sé
que hoy la sez de monises no se esconde
y hay ansia de parné.
Sé que tengo en la mano una verruga
(y ya es algo saber),
y sé que er *Buñolero* y er *Lechuga*
á naide puen coger.
Sé que el calor que ensiende las faciones
cosa es der sol y... tal;
que el toro no usó nunca pantalones
ni siquiá de percal;
que la afisión que al ruedo nos inclina
ya no es tal afisión:
es sacar de esa fiesta argo taurina
un cacho de turrón;

que el resibí ya no es sagráo emblema,
no, señores, no tal;
eso es meté la pata por sistema
con un miedo serval,
y las aciones de sin par guapeza
sólo están en rasón
der vino que se sube á la cabeza,
nunca del corasón.
Vista, sangre torera, arrojo, brío,
esperiensia, saber...
palabrejas vacidas de sentío
y sin razón de ser;
el lidiar es tener á las cornadas
un terró colosal,
y el hule en sí no es nada, ó casi nada:
un chisme de hespital.
¡Y aún dirán de la lidia que es prosáica!
¿Hay ná, por vida é Dios,
bello como la fórmula jindáica,
Cero T = *á* TOS?
¡Tó me lo sé! Del arte los arcanos
resurtan ya pa mí
infundios y camelos soberanos:
jonjana ú cosa así.
Mas ¡ay! que cuando digo sastifecho:
¡Todo, tó me lo sé!...
Siento asina un picor dentro der pecho
que... me jase tosé.

¿Qué les ha paresido á ustés esa parodia del Bartrina? Mala, ¿verdá?

Pues peor es el *Sirano* y le han jaleao hasta perdé la campaniya, y han dicho que aqueyo resurtaba canela pura y oro de ley; que elevaba el corasón y recreaba las entretelas del espíritu; que venía á jasernos románticos

por lo jondo; que to español se sentía un *Sirano,* aunque menos narigudo, y que asin deben ser las piezas pa la escena.

¡Me varga Dios! Si cuasiquier chico e la Prensa d'acá, escribe eso y se lo ponen, en cuantico el púbrico hubiá visto salí aquel tío narigón, y se hubiese enterao de que yamaban *Cadetes* á los segundones, y de que una moza que se está medio azto de charla con un individuo, de repente toma su *voce* por la del novio; y en cuanto se hubiá apersibío de que el de las narices no resurta romántico, sino tonto é la chola, arma ayí un pateo tan gordo que es custión de poné la siudá en estao e guerra.

Y luego nos habrían contao que aquel famoso *Gran Cerco de Viena,* de que se pitorreaba Moratín, lo habían querío jasé tragá ar cabo é los años.

Bueno; pues con esto, con felisitá al Gabaldón por su artículo y sus monos del *Blanco y Negro*; y con desí á la Diputación que si no remienda las banquetas de la plasa tendré que ponerla en solfa, vamos á la revista.

Que dice así:

El pueblo no fué á votar
y se vino á la corría:

eso es demostrar cacumen,
sindéresis y pupila.

Antes de comensá, debo alvertir á ustés que el niño Reverte pidió sorteo, según me aseguran. ¡Olé los hombres que tien prudensia!

Largaron la tocata los de la cazuela, y salió el cornudo

Primero.—*Marismeño,* negro mulato, bien criao, largo, recogidito de púas, entrefino y con facha de toro.

Los maestros se lucen con largas, recortes capote al brazo y caricias en el palmito de la res.

Esta, brava y queriendo, tomó nueve garrochazos sin gran poder y sin recargar.

En la última vara, el piquero Molina mete su palo en el gollete del bruto, y el pobre bicho, d'ayí á poco, entrega su espíritu al supremo Alá.

Y nos queamos jasiendo cruces.

Si yo soy el presidente
mando armar la guiyotina,
y ayí, á la vista der puebro,
decapito ar tal Molina.

Con menos rasón guillotinaron al Pranzzini, pongo por caso.

***

Segundo.—*Bolero,* cárdeno, reple-

to é magras, algo basto, grande y con los pitones liliputienses.

O sobraba toro
ó faltaba cuerno:
nunca conseguimos
lo que pretendemos.

Con cinco garrochazos por cuatro tumbos pasamos á banderillas. (Es desí, pasan *eyos*.)

Cero bajas en los pesebres.

Blanquito y *Barquero* cumplen con dos y medio pares de avivadores. Ná.

Reverte, con la flámula recogía, se dirige al buró y le torea confiao y cerca, aunque metiendo mucha zaragata en las pasaduras.

Luego ¡ay! con los terrenos cambiaos endilga un metisaca en el gollete ¡¡uf!!

El toro estaba pa que se luciera hasta la Angelita.

Reverte nó se lusió
y el púbrico le abroncó.

***

Tercero.—*Cucharero,* negro zaíno, engallao, abierto de bisturises, gordo como sus hermanos y de buen trapío.

Cinco varas sufrías con voluntá y empuje, volcando en tres á los pucheros electorales y manchando las papeletas

de oposición, constituyeron la primera parte del auto sacramental.

Dejó el bruto en la pista dos candidatos de baticola.

Al llegar los arponeros, se quedaba, defendiendo el físico.

Antonio y *Patateríllo* largan la leña muy por lo mediano.

Hay que advertir que *Zurito* metió un puyazo en los bajos, y medio mató al cornudo.

Guerrilla lo trastea como cuando está de *splín*.

Y lo mata de un bajonazo. ¡Horror!

Pero esto son rosquillas de Fuenlabrá pa lo que viene después.

Allí verán ustedes cosa é mérito.

***

Cuarto.—*Hechicero,* negro, bragao, largo y cebao con sandviches. Yevaba los pitones tapaos por las orejas. ¡Cómo serían eyos!

Reverte veroniquea pasablemente.

Guerra tira una larga de las de... expresiones á la familia.

A to esto, el bicho, con arguna cabeza, pero sin coraje, se deja tentar seis veces, y desconcha tres almejas.

La direción, fusilable. En cuanto el bicho arrancaba á lo Bargosi, to Dios

se embarullaba, y ¡hasta Juan! perdía el capote.

Lo dicho: que hace falta D. Luis.

Currinche y su cofrade parean sin emocionarnos.

El del sorteo empieza toreando con zaragata y ayudao de media humanidá, porque el animal se cernía en el engaño y lo tomaba con intermitensia.

Y el mataor cancaneaba.

¡Olé tu mare,
olé mi niña!
Pa bailar peteneras
veste á Seviya.

—

Tenía el bicho en los clises
argún defezto visual,
y, claro, no se metía,
por lo que pudiá tronar.

Sin cite, y á salga lo que saliere, le tiró Reverte un estoconazo hondo, que cayó por los alrededores de la cruz, como pudo caer en la alcantariya.

Pita, con el voto de la asamblea en masa.

¡Toma sorteo!

***

Quinto.—*Desertor,* negro mulato, listón, apañaíto é navajas y cortao pol mismo patrón del difunto.

También yevaba la vista
argún tanto repará:
estos ¿son toros de Cámara,
ú toros de camará?

El burriciego, burla burlando, se acercó siete veces á los de aupa, y no hubo urnas revolcás.

Juan sobaquillea un par, que ayegó á su sitio.

Guerra *cadet* dispara dos palos muy *igualitos*.

El uno tira pal rabo,
y el otro al pescuezo va.
Si en el camino se encuentran,
¡qué de cosas se dirán!

Repite Juan con otros dos palitroques semejantes á los de su compañero. ¡Ande el barato!

El cordobés abanica al *güespede* y le obsequia con pases de pitón á pitón y de zurriagazo.

Unos le aplauden
y otros le gritan,
él da un sablazo
de los nihilistas.

Y entonces sí que ya no le aplaude ningún nasío.

A pesar del sablazo, el toro no quié morirse y Guerra dispara una corta y día, otra lo mesmo, recibe un aviso, le

llueven naranjazos y aquello es la fin del mundo.

Aún viene otra media estocá y el mozo arrea un descabello cuando ya había en los corrales olor de mansos, muy distinto al de santidá como ustés saben.

Luego gorveré al asunto.

***

Sexto.—*Juncoso*, cárdeno oscuro, entrepelao, con bragas, mucho tejío adiposo y bien surtío de leña.

Sin cabeza, sin voluntaz, con toda la sosería del Universo, la *fiera* recibe seis lanzás por dos paquidermos insepurtos.

Currinche deja un buen par al cuarteo.

Blanquito se va á la alcantarilla con otro par y repite el de enantes con otro de los aplaudíos.

Reverte baila unos pases
llevando dos Cirineos;
luego se le arranca el bicho,
y un estoconazo á un tiempo
que se fué p'al lao contrario
da fin d'aqueste suceso.

RESUMEN

La corrida ha defraudado nuestras ilusiones. Creíamos que iba á ser de las

de primera magnitud y resultó una de tantas.

Los toros estaban bien presentados; pero en resumidas cuentas, no hicieron más que cumplir. No hubo entre ellos ninguno de esos bichos secos, pegajosos, duros, que recargan, se duermen en la suerte y entusiasman á la afición.

Los picadores insufribles, inaguantables, haciendo cada herejía capaz de irritar á un santo de piedra.

Y como esto sucede un día sí y otro también, es preciso tomar la cosa en serio y acordar algo.

¿No les parece á ustedes?

Los banderilleros, muy medianos.

Reverte ya queda juzgado en el *cuerpo* de la revista, y nada he de añadir á lo dicho.

Lo de Guerra, merece párrafo aparte.

Estuvo el mozo mal, muy mal; sí, señor; pero no merecía aquella lluvia de naranjas y aquella serie de improperios que le *enderezó* gran parte del público.

Aquí hemos visto á *Frascuelo* pinchar diez y doce veces á un toro, salir huyendo, tirarse de cualquier manera, saltar al callejón azarado, desgreñado, con el espanto en la cara y la bilis en los ojos, apareciendo, al fin, la fatídica

media luna como remate de tal faena.

Aquí hemos visto al gran Rafael convertir á un toro en picadillo; huir á cada pase; tirarse de cabeza al olivo, después de haber arrojado espada y flámula y perdido las zapatillas en la contienda.

Sin embargo, el público no se ensañó con los matadores. Les silbó, les abroncó, les gritó; pero no llegó á lo de ayer.

Y entre aquellas faenas y la última de *Guerrita* hay alguna distancia.

El quinto toro, el del *jollín,* estaba incierto; llegaba á la muleta extrañándose; no *besaba,* por ende, el trapo; desarmaba, y al sentir el pincho se embebía á boca que pides.

Guerra trató de fijarle con la muleta, estuvo siempre en la cara del bicho, le arrancó de frente y no acudió á las estocadas al *rechace,* como acertadamente califica un gran revistero á los mandobles tirados con ayuda de un peón.

Esta es la verdad, y con ella y lo sucedido, quedó ayer de manifiesto que Rafael II no tiene simpatías entre la inmensa mayoría del público, la cual goza cuando halla ocasión de hostilizarle.

Y así las cosas, tienen muy mala soldadura.

¿En qué vendrán á parar estas misas? No lo sé; pero ya lo verán ustedes: nunca en bien del espectáculo.

1899

CORRIDA EXTRAORDINARIA [1]

Menú.

Toros.—Cinco de Conradi (antes Varela) y uno de Pérez de la Concha.

Lidiadores — *Minuto*, *Bonarillo* y Robert (que toma la alternativa).

on jour, monsieur Robert.
¿Comment vous portez
[vous?
Je suis très bien portant
et me promène partout.

—

J'ai répondu hier même
votre polie demande
à propos de... ¡saprist!
à propos des moustaches.

—

Vous les fites tomber
sans grand hésitation;

(1) Dia 2 de Mayo.

mais a du vous raser
le brave monsieur Perron.

—

Croyez monsieur Robert:
au bon Dieu je demande
que vous ayez aujourd'hui
toujours le saint de face.

—

Je vous salue, monsieur;
je vous salue, Robert;
je vous souhaite des palmes;
je vous sérre la main.

Versos tan superfinos me los enseñó á jasé el ilustre y ya sitado Perron, barbero, peluquero, barítono, compositor de solfa y poeta lírico *du Midi.*

Ustés no conosen la rima del tal individuo; pero si la camelasen, verían que en mí sacó un güen discípulo.

Aquestos versos y los suyos se paesen *comm'une goutte d'eau.*

Camará, si jase argunos años, al mismo tiempo que sonaban las campanas y subían pal sielo los murmuyos de los responsos por las víctimas del Dos de Mayo, hubiá salío un fransé á tomar la alternativa e matao de toros en nuestro primer sirco nacioná, se come er pueblo al debutante como si fuá una aseituna sapatera.

Agora la gente se quea tan tranquila y va á ver el debú, lo cual prueba (y

en güen hora lo apuntemos) que se dursifican las costumbres, nos sivilisamos, y aqueyo de:

«Oigo, patria, tu aflicción
y escucho el triste concierto
que forman, tocando á muerto,
la campana y el cañón, etc.»

es güeno pa leído, y como cita d'atrás.

Bien, pues á las cuatro y media salen las cuadrillas y con eyas er debutante, sin bigote.

Resurtaba otra presona.
Cuando lo vide en Bayona
paesía un titiritero,
y ahora tié facha e torero.

Vamos con los bichos.

***

Primero.—*Portero,* negro, terciadito, argo sacudío de carnes y bien puesto.

Monsieur Robert, *fait quelques jeux de manteau,* y aunque moviditos, se le aplauden.

Voilà mon cher ami,
voilà la simpatie.

El bichejo, cobarde y blando, aguanta cinco puyazos y mata un arenque.

Vienen las cortesías de rúbrica en casos de debut, y los chicos del francés salen á parear.

Lo hace bastante mal *Morenito*—porque el bicho desarmaba y el mocete no es un Armilla que digamos—y queda bien el Laborda.

Y se verifica el azto de la investidura e dotor.

Minuto entrega el sable al Robert y le dice:

«Que Dios te dé güena suerte,
poca corná y mucha guita.»
—*Merci,* Minut; mí tu amigo
ser para toda la vida.

El debutante empieza con un cambio y sigue abanicando con baile, pero cerca y sereno.

Luego arrea un golletazo, y á casa.

Se le aplaude, porque se tiró con cierto empuje y deseando servir.

El landés empleó en la faena tres minutos.

¡Oh, monsieur Robert!
vous n'étez pas lourd,
et ça ici s'estime
comme vous avez vu.

***

Segundo.—*Carpintero,* negro zaíno, corto, bien criao, caído de cuernos y bizco del izquierdo.

Bonal torea de capa y apenas nos enteramos, lo cual probará á ustés que la cosa valió muy poquito.

Carpintero toma con voluntaz y poer siete puyazos, cuatro de eyos seguíos de terremoto.

No hay vítimas del Dos de Mayo en aquesta etapa.

Jase una caló de buten
y ayí suamos er quilo,
mientras largan malamente
los chicos del *Bonariyo*
varios palitroques suertos
y ninguno en el morrillo.

¡Bueno!

Bonal torea solo, con jormiguillo, sufre arguna que otra colá y pierde el refajo en una reprise.

El animal yeva la cabesa suerta y mira pa los jormigueros.

Y siguen las colás.

El toro se va queando chocho por istantes.

Y como el horno no estaba pa rosquillas, el chico largó un sablazo, completamente ar biés.

Va un aviso, viene la pita, y acaba el sainete con un descabello.

Muy mal, chiquillo; al toro le pudiste arreglar y lo convertiste en un mansurrón por no saber un pitoche e toreo. Que cueste.

***

Tercero.—*Azuceno,* negro meano, también terciadito y bien armao.

Unos capotazos del *Minuto* abren esa tercera interpelación de la jorná.

El pueblo aplaude la alegría der chico, porque aplaudir otra cosa no hubiá sío justo.

Azuceno nos jiso ver que estaba bien de cabeza, pero no de voluntá ni bravura.

Tomó siete garrochazos, mató un penco y tumbó á los krémpises en cinco viajes.

Los de las arracadas las dejan sin ná é particular que meresca el apunte.

Se devolvieron las finesa é marras y salió er *Minuto.*

Toreó con ¡olés! y más ¡olés!; mas, por mi salú, que no fué la cosa pa tanto.

¡Ay mi niño! la alegría
siempre tuvo simpatía.

Acabó aqueyo, y el atómico espá, arrancándose ende Moscou y cuarteando, larga media que escupe el bicho; luego señala dos pinchazos, y acaba con una entera argo caída, que tumba al Conradi.

Hubo un puntillazo, sin consecuencias, y se murió *Azuceno.*

(Palmas.)

***

Cuarto.—*Madrileño,* castaño, aldinegro, bien criao, chiquitico, impuber y bien colocao de armadura.

En la quinta vara, de las nueve que tomó el bicho con rigular cabeza, cayó un hulano al descubierto; Bonal se metió al quite, y al correr el toro, fué alcanzado y revolcado por éste.

El mataor pasó á la enfermería pedibus andando.

Y va de sustos.

Gonzalito, en el primer par que dispara (fusilable de suyo), cae al suelo, y no hay hule por milagro. Y casi repite la suerte otra vez.

Todo porque el animal tenía patas.

¡Qué toreras!

Mal pareaó y bien aleccionao, fué á la ofisina del *Minuto.*

Al cual *Minuto* lo toreó el *Madrileño,* y ya no hubo ¡olés!

Tirándose largo y sin llegar, soltó el diminuto lidiador un pinchazo, una corta caída y al biés (que se fué colando por mor del percal) y dos intentos.

En este momento histérico sale el Bonal, que escapó del hule por lo que se vede. *Mes compliments.*

¡Ah!, se arrastraron dos jacas rusas.

***

Quinto.—*Perdigón*, berrendo en negro, lucero, cortito y con poco respeto en la cabeza.

El *Perdigón* nos evoca
la mar de tristes recuerdos:
así también se yamaba
el que mató al *Espartero*.

Al saltar *Minuto*, muy acosao por el toro, no pué tomar el olivo, lo alcanza la res y hay pase pa la enfermería. Allí se vido que el nene yevaba «una contusión sobre la sínfisis pubiana, que le impedía seguir toreando».

¡Qué palabrejas me gastan los *físicos* pa desí las cosas!

El toro, bien lidiao, hubiera sido una alhaja; pero ¡qué lidia, y qué herradero, y qué barullo!

Bonarillo oye palmas en un quite; se le suben á la cabeza, coge los palos *motu propio*,

y lo que yo ví,
y lo que éste olió,
y lo que la prebe
asombrá miró,

fué que el Bonal intenta el quiebro, larga muy mal un palitroque y váse p'al estribo.

Y desía á mi vera uno de Borja:
Pa ese viaje no jiso falta alforja.

Siguen largando palitroques los chicos del *Bonarillo*.

Y unos quedan buenos,
y otros quedan malos,
y el Bonal sacude
sin arte el refajo,
y mete una corta
tirándose largo,
y repite luego
con un buen pinchazo.
Y er *mosiú* á to esto
argo distansiao,
der campo e bataya,
jase ayí sus cárculos.

Bonal se arranca con media tendía, pincha varias veces en el cabeyo, nos aburrimos, va un aviso y al fin se muere el bruto.

¡Gracias á Dios!

***

Sexto.—*Haragán,* de Pérez de la Concha, que sustituyó á *Borreguito,* reprobao en el desamen de la mañana.

Haragán era grande, gordo y bien armao. Ya estuvo en terna en la corría pasá.

El animal se extraña de la percalina; el pueblo lo repele, caen banquetas al ruedo y se arma un joyín regulá.

El púbrico pedía que se largase el bicho.

¿Por qué, *s'il vous plait?* ¡Oh, aficionados de Villabrutanda!

Las cuadrillas sin arrimarse.

Haragán mete tres veces la cabeza y se carga dos jacos.

Y salen los mansos. ¡¡Horror!!

¡Qué presidente y qué público!

Después de lo visto, no quió seguir; eso sería colocarme á la altura del público, del presidente y de *Bonarillo,* que mandó retirar las cuadrillas.

¡Vayan ustedes tos á la gloria!

Sólo diré que salió en sustitución del retirao un choto infeliz, que lo lidiaron fusilablemente y le mató el francés con brevedad y enjundia, de una buena, tirándose aceptablemente.

Félix Robert ha tenido un debut muy regular.

Ya pué dir por esos mundos de Dios á matar toros si pa eyo le ajustan.

Mucho le falta que aprender entadía, sobre todo con la tela; pero ya se lo irá enseñando el uso.

A tos les pasó dos cuartos de lo mismo.

Y unos fueron del arte á la alta cumbre
y á otros mató del mal la pesadumbre.

Agréez M. Robert mes salutations empresées.

1899

NOVENA DE ABONO

Seis pavos de Campos, *née* Barrionuevo, por *Torerito, Algabeño* y *Dominguin.*

Después de las vacas gruesas,
aparecieron las flacas;
así lo cuenta la historia,
vamos al desí, sagrada.

—

Después de las estrellas der toreo,
nos vimos alumbráos por quinqués;
asina entre los astros y las luse
nunca se quea á oscuras el parquet.

—

Cuando atorea er maestro
le suertan cabras rapantes,
y á los probes aprendise
les largan seis alifantes.
Er visio admiro y la virtuz alabo:
¡Ateme usté esa mosca por el rabo!

Bueno, pues salió el toro

Primero.—*Regatero*, negro, in-

menso, gordo como un dominico, bien cebao, con leña abundante y bien puesto.

Sin bravura ni voluntaz y saliéndose él solito del palo, sufrió mansamente cinco lanzadas y suicidó un soler.

Torerito jase
como que dirige,
y ar mirar pal bicho
el hombre s'aflige.

Malamente pareao por *Torerito frére* y su compinche—porque el *Regatero* se tapaba y los chicos pertenecen á la mayoría del gremio, con lo cual ya quedan explicás sus aptitudes—fuimos al trance difícil.

Abanicó al bruto el mataor (llevando éste de Cireneos á tós los peones) y con un jormiguiyo que si el hombre tié campanillas se oyen hasta en la Persia, sortó un sopapo en el pescuezo de la res y... que vengan las mulas.

(Pita universal).

Este es el *Torero*,
éste, sí, señor;
que antes era malo
y agora es peor.

***

Segundo.—*Moñón*, negro zaino, largo, alto de agujas y con menos romana que su difunto hermano.

De leña andaba bien, á Dios gracias.

Muy certero al herir—por lo que manumitió cuatro jacas del handicá—y con sierta y relativa bravura, armite siete varas.

En palos se distingue Rodas, que deja un buen par.

Su compañero..., bien, expresiones.

Sale el *Algabeño*,
sufre una colada,
torea argo insierto
y con mucha guasa;
se echa luego el Maüser
á la misma cara,
da un pinchazo en güeso
y una estocá magna,
crusando los brasos
como Alá nos manda.

¡Bravo, chiquillo! Así hay que acostarse en la cuna. ¡Olé tu mare! y ¡viva La Algaba!

***

Tercero.—*Pichón,* negro, girón, grande, bien mantenío y apañadito de bisturíes.

De salida tira un derrote á las tablas y jase una puerta fingía.

El *Torero* al meter un capote
ve cerca al bicho y tiene cerote.

La verdá es que al hombre le anduvo

el cuerno á dos centímetros de la obra muerta.

El cornudo tenía cabeza, pero no voluntá.

Se contentó con cinco sangrías, mató un álbeo Rocinante y el edil mudó la suerte.

Pareao con faitigas por los rehileteros de servisio, y sin ná más que un embroque sobre corto que apuntá, le fué servío ar *Dominguín*.

Cerca y confiao, pero sin empapar, el chico muleteó sobriamente.

Luego metió un pinchazo perdiendo la franela colorá.

Siguió una pasaura esaboría, con ayudas; y vino media atravesá, gorviendo el mozo hasta las sapatiyas; una corta también de travesía, tirá ende largo, y un sablazo de lo más fusilable que se puen ustés imaginar.

Fué un aviso.

Y aún *apuntemos* un pinchazo sin soltar, un acosón con desarme, un intento, otro acosón, y otro sablazo. El mozo atina á descabellar cuando ya el magistrado habíale dirigío dos amonestaciones. ¡Uy!

Le ví aplaudío en sierta pasá corría
y dije: ¿Será aquesto la flor de un día?

Me paese que sí.

Cuarto.—*Vizcaíno,* colorao, ojinegro, también grande, también gordo y también recogidito de facas.

El hulano núm. 2 abre, de primeras, un boquete horrible en la tripa del bicho.

Y otro de aquellos pincha-dátiles envaina la garrocha en los lomos der animá.

Y no se ajorca á ninguno
ni tan siquiá va á presidio.
Ser hoy picaor de toros
va resurtando un idilio.

Entreacto pa sacá la espina.

Varas, siete.

Pencos en la cama imperial, uno.

Pares de banderillas de los de m'alegro verte güeno, 2,50.

El *Torerito* manda retirá la gente, baila sin abusá y suerta una corta, tendía y al biés, tomando carrera como quien va á sartá con trampolín.

Y remata con un volapié de los que el hombre gasta pa los días de fiesta.

(Palmas entrepelás.)

Le sonó la flauta
por casualidaz.
¡Oh!, dijo el *Torero,*
qué bien sé matar.
Sin reglas del arte

toreritos hay
(Etc., etc.)

***

Quinto.—*Greñudo*, negro zaíno, buen mozo, bien surtío de rosbics y bien colocao de pitones.

Se arma un herraero
que hasta el Sá de Rusia
lo ve por los hilos,
y el hombre s'asusta.

¡Qué toreras!

El bicho, con una cabeza como un ariete, toma siete varas por otros tantos desprendimientos y tres semicorcheas fuera del pentágrama.

Quiso dar una rasón ar *Buñolero,* echó el peso de su humanidá sobre las tablas y las deshizo como si fuán de papel.

Los chicos del *Algabeño* quedan muy mal en su dúo.

El de La Algaba torea distansiao, con redova y sin arte; pero suelta una corta, cruzando como nadie cruza hoy día, y jase porvo al *cornupeta.*

(Palmas y *petite* ovasión.)

Y dijo al ver al mosete
un fransé de Mont-Marsán:
—Ese trae en la moschilla
er bastón de mariscal.

***

Sexto.—*Regaterín,* negro zaíno, de alzá gigantesca, bien criao y con una cuerna grande y levantá, que ni de encargo pa jasé una percha e toreros.

El animal resultó blando, topón, cobarde, y no quería ver caballos ni en er mapa. Tres se fayecieron motu propio.

Sólo cuatro varas aguantó, por compromiso, y Zozaya, el vendedor de fusas, que presidía, sacó el *mouchoir.*

Los rehileteros del *Dominguín,* con una jinda *épouvantable,* sueltan la leña, que va repartía entre los pitones y el rabo. Asina, da gusto.

Dominguín sacude el refajo con tembladera, y entrando de *coté* suelta media mala, tirándose como cualquier novillero principiante; repite con un pinchazo igual, otro algo mejor (ó poco menos malo), otro ídem sin soltar, otro *ancora,* media de travesía, y se echó el toro, aburrío.

Te subiste pa las nubes
en las faenas pasás,
hoy t'has dío pa los sótanos.
¡Cuándo gorverás ayá!
Bien dise el refrán taurino:
«Los toros quitan y dan»;
pero tú no jágas caso
mientras salgas sin corná,
que el toreo es un infundio
y la torería más.

RESUMEN

Pues ná, que cuando hay toros no hay toreros, y al revés.

Vamos, que no s'haya la dicha completa en este mundo; y como del otro ná sabemos, pues naide nos escribe lo que ocurre, hay que achantarse aquí y soportá lo que venga.

***

—¿Qué hay de la corría
de Benefisensia?
—Ná; to s'ha deshecho.
—Hombre, no hay pasensia
pa sufrí las cosas
de la Provinsial.
—Ni jechas d'encargo
saldrían tan mal.

Aquel último y definitivo arreglo se fué al hoyo.

Cámara no pué enviar bichos.

Ahora se piensa en traer ocho de Pérez de la Concha, ó si no cuatro de esta firma y otros cuatro de la de Halcón.

¿Y estamos á 22 y la corrida quieren *soltarla* el 28?

Pa mí que nieva.

1899

DÉCIMA DE ABONO

Toros.—Cuatro de Clemente y dos de Arribas que se prestan á sustituir á dos colegas reparaos.
Toreros.—*Bombita, Algabeño* y Montes con sus *discípulos.*

UN cabestro c'había en los corrales
y yevaba senserro vitalisio,
viendo que hoy tós los jefes de pelea
le largan á su güeste un discursiyo,
antes d'escomensar el apartáo,
á los seis der Clemente reunios
les mugió el padre grave aquesta espiche
que resibí ayer noche po los hilos:
«Está la cosa que arde, compañeros;
nos hayamos ar borde er presipisio:
esto ya no lo arregla asín viniera
de Nasaret er propio Jesús-Cristo.
Viyaverde no tiene una peseta;
se va pal Vaticano D. Camilo;
er Durán es más duro que un serrojo,
y Dato paese un peso filipino.

Er Pidal en Fomento jabla solo,
y está aforrao de cálsicos laitinos;
Sinvela tié un cerote que non vede,
y s'ha queao mermo el pobresiyo.
¿Qué va á pasar aquí? yo me pregunto.
La lus der porvení ya no distingo.
El der tupé no vale cuatro perras;
er Gamusa no entiende é logaritmos;
de Carlos Chapa ya se pitorrean
jasta los más incurtos monaguillos;
los de la res publica no se entienden
y están que paesen tós adormesíos;
er Pablo Iglesias me resurta un cursi,
que no sabe ni jota é sosialismo.
Las masas atrofiás; la gente imbésil,
jasiendo el caldo gordo al jesuitismo.
Mucha beata, mucho fraile intonso,
mucha coguya, mucho lenosinio,
poca lus, poca escuela, poca guita,
y de vergüensa ná. Conque... lo dicho.»
—Camará, dise un pavo de Clemente,
y esa soflama aquí, ¿pa qué ha venío?
¿qué nos importa á tós ese jaleo
morituri que semos en el sirco?
—Esa es la moa que de la Tarasca
sacan hoy tós los jefes de partío,
jablar d'aqueyo que ni á Dios l'importa
y aburrí á la nasión á juersa é pico.
A esta artura, ayegaron los vaqueros.
Y *per se* disorvieron er Consilio.

Y vamos con los toros.

***

Primero.—*Avión*, de Arribas, negro zaíno, terciadito y bien puesto.

Bombita lancea
y pierde terreno,

y no mus convence
ni muchismo menos.

El toro, blando y sin gran voluntad, sufre un refilón y cinco varas en los bajos, á trueque de tres desprendimientos y un soler difunto.

Pulga y *Ostioncito,* con redova, jindama y desasosiego, arcabucean la mar de medios pares, que dan en el toro por chiripa.

Emilio abanica con movimiento continuo, larga un pinchazo sin coraje y el toro se va.

Igual que Don Alejandro
después de la votasión,
que al ver susfragio tan probe
el cristiano s'amoscó.

Bomba repite lo del pinchaso dos veces, una de eyas gorviendo el físico.

Y acabó con una estocá baja que produjo derrame externo.

(Palmas y pitos, á gusto der consumió.)

Si tú, Emilio, hubieras consentido al bruto, llenándole la cara de muleta (¡así que no la usas grande!) y te hubiás confiao, otro gallo te cantara.

Pero te faltó coraje, vínote á las mientes la úrtima cogía y... velay (1).

---

(1) *Bombita* fué cogido aparatosamente en la corrida

Segundo.—*Monterillo,* berrendo en negro, con calzas y botines y apañadito de herramientas.

El animal se les figuró un beserro á los chicos de las tribunas y protestaron.

Entre los gritos de los protestantes aguantó el feto seis picotazos, como quien toma agua de Carabaña.

Se murió un percebe, él solito.

Los banderilleros del *Algabeño* quedan fusilablemente con los palos.

Hay que amonestar á la cuadrilla, mocete, porque va resultando muy medianeja.

El de La Algaba torea poco confiao al becerro y le larga un golletazo ignominioso. ¡¡Horror!!

***

Tercero.—*Sonajero,* de Clemente, negro zaíno, largo, fino y á *moitié* brocho.

Montes veroniquea sin noveá.

---

octava de abono, lidiando reses de Muruve con Fuentes y Reverte.

Creyóse en un principio que la lesión era de gravedad. El Dr. Bravo redactó este parte en casa del diestro:

«Emilio Torres, *Bombita,* se encuentra bajo la influencia del choque traumático. Su estado es grave, y necesitando tranquilidad completa, no puede ser visitado por persona alguna.»

Afortunadamente, el diestro se repuso á los pocos días y pudo torear en esta décima de abono.

Seis varas por cinco caídas constituyeron la primera parte de la trilogía córnea.

El bicho andaba bien de testa.

Ná é particular en quites:
la plasa hecha un herraero,
y er *Bomba* se sonreía
y se queaba tan fresco.

¡Buen general en jefe nos hemos echao! Como otros que yo me sé. Tos corren parejas.

Potras difuntas, tres.

En palos, el disloque e la esaborición.

A uno de aquellos infelices rehileteros, al dirse p'al cayejón después de meter una banderiya, le volteó el bruto, y el hombre paesía una campana en libertá.

No hubo hule.

¡Qué miedo tenían
los banderiyeros!
paesían sus piernas
sinfes volanderos.
¡Hombre! no es pa tanto
resibí corná;
la más de las vese
no resurta ná.
Y eso viste mucho,
y tié resonansia;
lo dise la prensa
y le da importansia.
Es mucho más grave,

me parese á mí,
que muera aplastáo
un probe arbañí.

Montes torea con ayuda y colás. ¡Qué bonito!

Y viene un pinchaso,
y otro de igual guisa,
y una corta buena,
y el toro se expira,
y argunos aplauden,
y otros muchos pitan;
pero es el silensío
lo que ar fin domina.

Pero conste que debió pitarse en gordo. Sí, señor.

***

Cuarto.—*Gargoso*, de Clemente, berrendo en cárdeno, listón, botinero, largo, *ragazzo* y cornivuelto.

Pensándolo mucho y echando sus cuentas se metió á por aceitunas y cogió ocho, dejando dos güesos pa simiente.

Los de aupa aporrean el suelo en cinco *reprises*.

Tardeando y con fatigas cumplen en palos los edecanes del *Bomba*.

Este muletea sobriamente y sin floreos, porque el torillo no estaba para

dibujos, y larga un vuelapiés *corto* de los que matan.

(Palmas ar baño é María.)

***

Quinto.—*Manchuelo*, berrendo en negro, también con sapatiyas, bien mantenío y con las armas perfectamente colocás.

En el ruedo un lío espantoso, sin que ni Dios se enterase del por qué.

¡Ah, toreras!

Manchuelo resultó soso, blando, topón y cobarde. Saliéndose solito de los caballos, consintió en ser picoteao cuatro veces.

No hubo crímenes caballares en que tuviese que intervenir el juzgao.

Y con tres pares de zarcillos, mal puestos, tocan á matar.

Entre el bicho que decide marcharse y el de La Algaba que no le deja, se arma una lucha á brazo partío en la cual descueyan argunos buenos pases.

Después viene un volapié inmenso, marca registrá.

Y le dijo el *Manchuelo* á aquel gachí:
da gusto que le maten á uno así.

(Palmas y ovación de segunda categoría).

Con el pincho andamos bien, mocete; pero con el trapo hay que aprendér mucho entadía, pues en cuanto sale un toro que tié dos deditos de pesqui, tú eres el toreao y el bruto se te lleva de calle. Con que á aprovechar la leción, ya que de barde la resibes.

***

Sexto.—*Esmeraldo*, de Arribas, cárdeno, bragao, girón, fino, largo y adelantao de cuerna.

Con mucha cabesa y su miaja é voluntá, arremetió á los de la mona.

Llevó seis picaúras, dió cuatro porrazos, mató tres Babiecas y á parear tocan.

Y lo parearon con mansa sosería los chicos de Montes.

Y salió el espá.

Y bailó.

Y juyó.

Y le ayudaron.

Y se tiró ende Rusia, soltando un pinchaso malo.

Y repitió la suerte con una estocá corta que—salvo lo de ser perpendicular, delantera y caída—estaba superior.

Y jurgó en el cabello, sin consecuensias.

Y se murió el bichejo.

Y vió el pueblo que aquello era malo y pitó.

Y nos fuimos pa casa haciendo este

RESUMEN

Clementes, malos;
Arribas, cero;
hubo argún toro
niño de pecho.
¡Duro y que multen
al ganaredo!
Dinamitables
los arponeros.
Mucho baruyo,
mucho herraero,
mucha jindama,
poco toreo.
Nos aburrimos,
nos entró el sueño,
y, buenas noches,
que yo me duermo.

NOTAS

Con motivo de la muerte de Manuel García (el *Espartero*), en 1894, publicó *El País* lo siguiente:

DÍA 28 DE MAYO

Biografía.

Nació *Espartero* el 18 de Enero de 1866; tenía, pues, veintiocho años, cuatro meses y nueve días, al morir.

Manuel García era de humildísima condición; hijo de un modesto espartero de Sevilla, aquel honrado menestral se propuso dedicarle á su oficio; pero Manuel, apenas cumplió los quince años, sintiendo afición loca por nuestra fiesta, y desoyendo paternales consejos, lanzóse á esa azarosa vida en la que el hombre desprecia su superioridad, se iguala al bruto, lucha con él y mata ó muere.

Empezó como empieza la mayoría de ellos, sintiéndose irresistiblemente atraídos por un algo que les subyuga; lo que es valor incipien-

te, conviértese en temeridad rayana en la imprudencia; vencen ó sucumben; pero sonriendo siempre; mártires vencidos ó vencedores colosos.

De la aldea al pueblo, de éste á la villa, de la villa á la ciudad, á cuantas capeas había en la sevillana provincia asistía Manuel; y aquí con un varetazo, allá con un rasguño, con un puntazo más tarde, el mozo entusiasmó siempre, hiciéronle torero de sangre, y obtuvo *el grado* de novillero, lidiando como tal en varios pueblos, donde admiraron su arrojo temerario, su valor y destreza.

En el año 1882 entró á formar parte de la cuadrilla del *Cirineo*, estando en ella hasta el año siguiente, que obtuvo el bautismo de matador, despachando en Cazalla un *toro sabio*, res corrida en varias capeas, y á la cual Manuel lidió con habilidad suma, hasta el extremo de que, animado por muchos inteligentes, decidió hacerse matador de toros.

En la misma plaza, en 1884, fué cogido por vez primera, no amenguando por ello su valor, antes al contrario, aumentó en él su afición al arte, logrando, después de lucida campaña, que la empresa del circo taurino de Sevilla le contratase para que aquel verano saliera con *Currito* Avilés y Campó.

Un año después, y de manos del *Gordito*, recibió la alternativa en esa misma plaza, y en 1886 le fué confirmada en la de Madrid por el *Gallito chico*.

A unas 30 ascienden las cogidas que desde entonces ha tenido el *Espartero*, gravísimas algunas de ellas, y este año era el último que exponía su vida tan arriesgadamente.

Enamorado de la viuda del célebre ganadero Concha Sierra, y prendada ella á su vez del matador, iban á contraer matrimonio en el pró-

ximo invierno, subiendo á algunos millones el capital que entre ambos aportaban.

Los padres de Manuel García residen actualmente en Sevilla, donde anoche supieron la terrible desgracia.

Era Manuel de carácter completamente opuesto al que, en general, tienen los de su oficio; enemigo de *juergas* y escándalos, gustaba del sosiego más que de las diversiones; muy ahorrador, enviaba á sus padres el producto casi íntegro de sus contratas.

Ganaba al año unos treinta mil duros libres, teniendo que renunciar á varias escrituras que le ofrecían *por falta material de tiempo.*

—

Un dato que nos refiere un amigo, testigo presencial:

Hace algunos días y en el café de París, en un círculo de aficionados, hallábase el *Espartero*; se hablaba del arrojo de unos y del miedo de otros.

—A mí—exclamó Manuel—me dan odio los que, cobrando bien, tienen miedo en la plaza; un albañil se expone á morir tan violentamente como yo; á él le dan dos pesetas diarias, y yo cobro algunos miles por corrida.

—

Pública era su temeridad ante los toros.

Cuando algún amigo le recriminaba por ello, aconsejándole que no se metiese en el *terreno del bicho,* respondía tranquilamente:

Los toros pegan, pero no matan; cuanto más adentro, mejor.

Esto mismo decía *Pepe-Illo* y así lo consignó en su *Tauromaquia*, y *Espartero*, como *Pepe-Illo,* ha muerto de igual modo y en circunstancias idénticas.

Noticias.

El Gobernador llegó á la plaza á las cinco y media de la tarde, dictando algunas disposiciones para que el orden no se alterase al intentar la gente (una vez concluido el espectáculo) ver el cadáver, que seguramente será llevado al depósito judicial y le será practicada la autopsia.

—

Cuando ingresó Manuel en la enfermería sufría un colapso tremendo por consecuencia de la caída.

La herida es en la región hipogástrica, y tiene cuatro centímetros de abertura.

Se trató de hacerle volver en sí por medio de la respiración artificial, en la cual se emplearon veinte minutos.

Después le hizo una sangría el Doctor Ortiz de la Torre, sin resultado tampoco.

—

Un excelente amigo del infortunado matador, el acaudalado bilbaíno D. Félix Urcola, que se hallaba en la plaza, envió un telegrama al señor Mata, apoderado de Manuel, manifestándole que á su cuenta y riesgo viniese en un tren especial para disponer lo concerniente al enterramiento.

—

Cumpliendo las órdenes del Gobernador, el cadáver del *Espartero* fué sacado de la enfermería de la plaza entre ocho y media y nueve de la noche y llevado á la calle de la Gorguera, número 10.

Espartero se hospedaba en el núm. 13 de la

misma calle; pero como allí habitan, á más de los individuos de su cuadrilla, otras personas, el picador *Cantares* ofreció su casa, situada enfrente, para que depositasen el cadáver en ella.

Así lo acordaron, siendo trasladado en una camilla y en hombros de los banderilleros y picadores de la cuadrilla, vestidos de paisano.

En la fúnebre comitiva marchaban Fuentes y el *Zocato*, que no se han separado del cadáver hasta las primeras horas de esta madrugada.

Tras la camilla, y al salir de la plaza, sólo iban algunas personas, pues el grueso del público, que amontonado á las puertas esperaba, habíase retirado una hora antes en la creencia de que no trasladarían el cadáver.

Mas por el trayecto los curiosos fueron aumentando, hasta el punto de que, al llegar á la calle de la Gorguera, no bajarían de mil almas las que seguían al cortejo.

—

La sala del cuarto, que en el piso segundo de la citada casa ocupa el *Cantares*, fué convertida en capilla ardiente.

El cadáver ha sido colocado sobre una cama imperial, sobre la plancha de zinc de ésta y completamente desnudo, cubierto únicamente por una sábana blanca; alúmbranle cuatro blandones.

—

El cadáver será embalsamado.

De esta operación se encarga el Doctor Castillo, y no podrá hacerse hasta hoy, después de las cinco de la tarde, puesto que han de transcurrir veinticuatro horas después de la muerte.

En la gran herida del vientre le ha sido colocado un tubo de goma, por donde periódicamente le echan una disolución de ácido bórico, con el fin de evitar la descomposición de los tejidos interesados por el asta.

—

Durante toda la noche la calle de la Gorguera ha estado completamente llena de curiosos que comentaban el suceso.

La casa fué invadida por gente de diferentes clases y muy distinta posición, hasta que á la una *Cantares* ordenó que se prohibiese la entrada en absoluto.

Dos parejas de orden público fueron las encargadas de hacer cumplir la orden.

Velan al infortunado Manuel los diestros de su cuadrilla y gran número de amigos y compañeros.

—

A la una de esta madrugrada habíanse recibido bastantes telegramas, entre ellos uno de los padres de Manuel preguntando con urgencia si era realmente cierta la fatal noticia recibida momentos antes en Sevilla.

—

El Diputado Sr. Rodríguez de la Borbolla, amigo íntimo del *Espartero*, ya que éste convertíase en ocasiones en activo agente electoral suyo, ha sido quien desde los primeros instantes se ha hecho cargo de lo concerniente al embalsamamiento y entierro.

Anoche estuvo en el Gobierno civil para rogar al Duque de Tamames que, tan pronto se reciba la autorización judicial para el entierro, dé las órdenes oportunas para la traslación.

El Gobernador prometió hacer cuanto de su

autoridad dependa, por más que esto incumbe al Ministerio de la Gobernación, por ser el sepelio fuera de la provincia.

—

Manuel García había llegado en el tren de la mañana en un vagón-cama, viniendo durmiendo la mayor parte del viaje.

En la casa donde solía hospedarse le aguardaban algunos aficionados madrileños, á los que dijo:

—Vengo dispuesto á quedar bien para que el público de Madrid vea que siempre soy el mismo.

Después de separarse de sus amigos comió un pequeño trozo de carne asada, acostándose después hasta la hora de vestirse para la corrida.

Por el camino fué contentísimo, riendo con sus banderilleros, bien ajeno de que momentos después iba á morir.

—

Con arreglo al contrato entre la empresa de la Plaza de Madrid y el *Espartero*, aquélla tendrá que abonar á la familia de éste el importe íntegro de las corridas contratadas en esta temporada, siendo seis las que aún quedaban por torear.

—

La traslación del cadáver á Sevilla se verificará mañana; será conducido en un vagón reservado y le acompañarán los diestros que formaban parte de la cuadrilla, el apoderado y algunas personas conocidas entre la afición.

—

Coincidencia fatal:

El que indujo á Manuel para que fuese matador de toros y le apadrinó, fué el difunto ganadero D. Antonio Miura.

Manuel García ha sido muerto por un toro de la ganadería de su protector, como también éste murió á consecuencias de una cogida que tuvo en su dehesa.

DíA 30 DE MAYO

La mañana de ayer.

Apenas había amanecido, y ya la fila de «capitalistas» habíase formado *motu proprio*, sin que los guardias que se hallaban cuidando del orden en la calle de la Gorguera tuviesen que intervenir en tal operación.

Desde la estación del Mediodía marcharon directamente á la casa mortuoria el anciano padre de Manuel García, su apoderado y el diestro Mazzantini.

A su llegada hubo una conmovedora escena; el padre, sollozando, dando gritos de inmenso dolor, quería abrazar el inanimado cuerpo, y todos los presentes trataban de consolarle y apartarle de aquel sitio.

En secciones de á cuatro iban subiendo y desfilando por delante del féretro admiradores y curiosos de ambos sexos, notándose que en el débil abundaba lo flamenco.

Muchas de aquellas mujeres á las que antes vimos esperando largo turno, sufriendo acosones y gritando á los *distraídos* para que se fuesen á la cola, lloraban amargamente al pasar por delante del cadáver del desventurado torero y besaban el cristal de la tapa del fére-

tro, á través del cual adivinaban más que veían las rígidas facciones.

A las tres de la tarde suspendióse la peregrinación y comenzaron á llegar amigos, compañeros, comisionados, etc., con el fin de asistir á la conducción del cadáver.

Las coronas.

Estas sumaban 19; ofrecidas por Compañy, *Cantares*, Manuel Morales, *El Toreo*, la cuadrilla de *Espartero*, *Lagartijillo*, la empresa de caballos, Hernández (D. E.), Urcola, Valentín, Mazzantini, empresa de la Plaza, *Guerrita*, *Lagartija*, Fuentes y cuadrilla, *Pepete*, Reverte, *Badila*, *Cacheta* y Ligorri (D. L.).

Antes de partir.

Tan numerosa era la concurrencia dentro de la casa, que se dió la orden de desalojarla porque era irresistible el calor é imposible el moverse.

Logrado aquello, procedióse á cerrar el ataud, notándose entonces principios de descomposición en el cadáver.

Con trabajo inmenso los dependientes de la empresa funeraria bajaron el féretro por la estrecha escalera.

Las calles inmediatas á la de la Gorguera estaban invadidas por gente, que se estrujaban para ver más de cerca la fúnebre comitiva.

Aun cuando el itinerario autorizado por el Gobernador era otro, en vista de que resultaba casi imposible el despejar las calles que el cortejo había de seguir, sin que ocurriera alguna desgracia, y también accediendo á los deseos de los amigos del finado, se varió por completo aquél, acordándose que llevase la siguiente

carrera: calle de Núñez de Arce, Cruz, Victoria, San Jerónimo, Puerta del Sol, Alcalá, Sevilla, San Jerónimo, plaza de las Cortes, Prado, Atocha, á la estación del Mediodía.

En marcha.

A las cinco se puso en marcha la fúnebre comitiva.

El féretro era llevado en hombros por los individuos de la cuadrilla de Manuel, á los que sustituían de vez en cuando otros compañeros.

Detrás iba la carroza, arrastrada por seis caballos empenachados.

Las cintas del féretro, en número de doce, las llevaban D. Carlos Urcola, representando á los amigos del diestro; los Sres. Sánchez Neira y Mínguez, por la prensa; D. Bartolomé Muñoz, por la empresa de la Plaza de Toros; D. Antonio Gil, antiguo espada; Valentín, Reverte y Fuentes, por los matadores de toros; Adalid y Hernández, por los ganaderos, y Julián Sánchez y *Cantares*, por la cuadrilla.

El carro fúnebre iba cubierto de coronas, muchas de las cuales ya hemos citado anteriormente.

En el duelo figuraban innumerables amigos y admiradores del desventurado espada, todos los matadores, banderilleros y picadores residentes en Madrid y varios que han venido de provincias.

Presidían el duelo los Sres. Rodríguez de la Borbolla, Urcola, Ibarra, el hermano del finado, el Sr. Mata, su apoderado, D. Jacinto Jimeno, representante de la empresa de Madrid, y el diestro Mazzantini.

Mientras bajaban el féretro se asomó á un balcón de la casa número 13 de la misma calle, y frente por frente á la de *Cantares*, un hom-

bre de edad avanzada, vestido de luto. Era el señor Juan, el padre del malogrado García, que estuvo en el balcón hasta que partió la comitiva.

El tránsito.

Millares de personas de todas clases y sexos, que se apiñaban empinándose sobre las puntas de los pies para ver mejor, ocupaban las calles del tránsito; los balcones estaban llenos, y llenos también los portales y las entradas de los establecimientos.

Parejas de la Guardia civil de caballería y de orden público cuidaban de que la ola no se desbordase é impidiese la marcha regular de la comitiva.

Delante de ésta iba una sección de Guardia civil montada, y á los lados, municipales y guardias de orden público; á cierta distancia del duelo, el Gobernador civil y el Secretario del Gobierno, señores Duque de Tamames y Sartou, por si su presencia era necesaria; y por último, gran número de polizontes secretos y uniformados.

Con esto se logró que no ocurriera percance de ninguna clase, cosa difícil en una manifestación tan imponente, por lo cual fué muy felicitado el Gobernador civil.

Claro está que no pudo evitarse el que los curiosos se mezclaran con los que tenían alguna misión que cumplir en el acto fúnebre, bien como amigos, bien como colegas, ó ya como admiradores del finado; ni tampoco era fácil impedir que junto al representante *(per sé)* de tal ó cual colectividad, marchase el popular *Vicente*, ese tipo que se mete en todas partes.

Seguía al numeroso acompañamiento un centenar de carruajes, en los que abundaban her-

mosas mujeres, de acresponado mantón unas y con elegantes sombreros otras.

En la estación.

Al llegar el cortejo á la esplanada de la estación, la gran cantidad de gente que allí esperaba, á pesar de los esfuerzos de las autoridades, aglomeróse hasta romper la fila y confundirse con aquel; la bajada al edificio hacíase dificilísima, y al llegar á la puerta todo el mundo quería pasar á la vez.

Mazzantini colocóse á la entrada del andén, no pasando más personas que aquellas que él indicaba.

Colocado el féretro en el furgón, fueron distribuídas las coronas á los lados y sobre la caja.

A las ocho y cuarenta y cinco minutos sonó la campana y el tren partió, llevando el cadáver del infortunado diestro á Sevilla, ciudad que fué su cuna y será su sepulcro.

En este último viaje, Manuel García fué acompañado de su padre, su hermano y algunos de sus amigos y compañeros de profesión.

DOS OPINIONES

El fin trágico del *Espartero*, que tan profundamente impresionó al público, hace pensar seriamente si es lógico, si es humano que una corrida continúe después de ocurrir en ella desgracia semejante. Hay muchos aficionados que, respondiendo á los impulsos de su corazón, dicen rotundamente: «No; la corrida debe darse por terminada, porque es inhumano, es salvaje continuar la *fiesta* cuando un lidiador muere en el circo.» El domingo, mientras un Ministro de Dios prestaba *sub conditione* los últimos auxilios espirituales al *Espartero*, la banda hacía oir un alegre paso-doble.

—¡Qué sarcasmo! (arguyen): mientras el público aplaudía entusiasmado á un matador, en la enfermería cubrían el cadáver de otro, y allí quedaba á los pies de la virgen, hasta que la *fiesta* concluyese y, sin la aglomeración de curiosos, pudiera conducirse el muerto á otro sitio.

—Sí (dicen); es inhumano obligar á unos hombres que tienen los ojos llenos de lágrimas y el corazón hecho pedazos, á separarse del muerto para seguir la brega; y los gritos del

público, los aplausos, las censuras, constituyen una monstruosa profanación. ¡Qué ánimo, qué tranquilidad han de tener los lidiadores para seguir en la plaza después de la catástrofe! Si no por el muerto, por caridad hacia los vivos debe prohibirse la continuación de la lidia.

***

No todos piensan así. Hay quien opina que la muerte de un torero en la plaza no es causa suficiente para que la corrida se suspenda.

—No (replican); no se puede exigir sentimentalismo en un espectáculo que se basa en la lucha y la sangre, en que la ferocidad domina, en que se ve impasible el incesante suplicio del caballo, ese animal noble é inteligente, el cual, vendados los ojos y por la costumbre de obedecer á quien le guía, avanza confiado ó se detiene tranquilo, bien ajeno de que la bestialidad humana pueda entregarle á martirio tan brutal. No se puede hablar de ternuras ante esos hombres que á fuerza de palos levantan á un animal con los intestinos fuera, para que, desangrándose, vaya otra vez delante del toro.

—No; no cabe sentimentalismo en tal fiesta: siempre fué así, y hay que admitirla con todas sus condiciones ó desecharla en absoluto.

Al entrar en la plaza deja el público á la puerta todo lo que tiene de racional y de humano; si así no fuese, no iría á los toros.

Al salir recoge los olvidados sentimientos, y cada uno regresa á su casa como de ella salió: bueno el que era bueno, perverso el que era perverso.

El aliciente de la fiesta está en el peligro; quitad éste y no queda nada. Poned la maroma de Blondín en un salón, y aunque la habi-

lidad en pasarla sea la misma, nadie verá el ejercicio con interés; pero tendida sobre el Niágara constituye un grandioso y emocionante espectáculo.

Aserrad los cuernos al toro, y la plaza estará vacía, aunque las suertes sean iguales y lo plástico tenga el mismo valor.

Los toros dan dinero, nombre y cornadas: no pueden dar otra cosa. El que se dedica á esa profesión, ya sabe lo que arriesga y lo que puede esperar.

Un oficio en el que á los pocos años de emprendido con éxito se consigue gran popularidad y algunos millones, ha de contar necesariamente con desventajas en relación á tantos beneficios.

Todos los espectadores sintieron la desgracia del matador. Si en el momento de producirse, y á costa de cualquier sacrificio, hubiera sido posible devolver la vida al infortunado mozo, nadie se hubiese negado á hacerlo.

***

¿Por qué se quedó el público en la plaza? Porque hay un no sé qué en los toros que arrastra y encadena; porque el peligro atrae; porque se produce una tensión nerviosa imposible de explicar.

Al volver á casa cuántos espectadores dirían: —¡A qué habré ido hoy á los toros! ¡Cómo no me vine después de la cogida! Y seguramente experimentarían un angustioso malestar, y seguramente el cuadro de aquel hombre muerto presentaríase á su imaginación impresionándola tristemente.

Pero vieron toda la corrida y ansiaron conocer con todos sus detalles cómo era la herida del torero y qué destrozos había causado el asta.

En cuanto á los lidiadores, ninguno quiere abandonar su puesto en casos semejantes; tendríalo por una cobardía. El dolor, la rabia mejor dicho, les estimula y quieren vengar en los toros lo que el toro hizo. Es un momento de locura, de frenesí; algo que fascina, que empuja y hace olvidarlo todo para seguir luchando.

De no ser esto, no habría fuerzas humanas para retener en la arena al que ha perdido allí un hermano, un protector, un sostén, que en tal caso estaban el domingo los banderilleros de Manuel García.

Cierta tarde (¡quién no lo recuerda!) un toro empuntó á Juan Molina, dándole una cornada que hizo temer por la vida del diestro.

Aquel toro lo mataba Rafael. Este, que llevaba unas cuantas corridas muy apático, se rehizo entonces. Vió conducir á su hermano á la enfermería y no se movió de la plaza. Cuando tocaron á matar se fué al toro, y hecho una fiera, lo pasó castigándole, rindiéndole y le hizo morder el polvo de una soberbia estocada: quizá la mejor que dió en su vida.

Después tiró los trastos, corrió á la enfermería y, á pesar de que nada bueno le dijeron acerca del estado de Juan, volvió inmediatamente al ruedo y siguió bregando como pocas veces lo hizo.

Cayetano conquistó un gran nombre por su arrojo y voluntad la tarde en que murió *Pepete*.

Fuentes, el domingo resultó un torero y ganó simpatías que será difícil hacerle perder.

Y si nos remontamos á la época caballeresca, cuando los nobles rejoneaban toros, y á cada instante tenían *un empeño de á pie*, ahí está el caso del Marqués de Pozo Blanco. Un toro (también el primero de los que se lidiaban

aquella tarde) le mató de una cornada. Pues bien; ni la reina, ni las damas de palacio, todas amigas del apuesto noble, dejaron su balcón. Se retiró al moribundo, soltaron nuevamente al toro, salió el caballero Luque de Bengoa y lo mató de una cuchillada en el testuz.

Y siguió la fiesta.

Será bárbara, inhumana, salvaje,. pero no puede ser de otro modo.

Por supuesto, que de haber ocurrido á un mono sabio la desgracia, nadie habla de suspender la corrida.

Así piensan los que no están por la terminación del espectáculo en accidentes como el del domingo.

Y expuestas dejo las dos opiniones: que el lector vote la que quiera.

PASCUAL MILLÁN.

30 de Mayo de 1894.

ÍNDICE

	Páginas
Al salir las cuadrillas (Proemio).....	1
1881.—Inauguración de la temporada...	55
» —Tercera de abono.....	65
1882.—Segunda de abono.....	73
» —Cuarta de abono	81
1883.— Corrida extraordinaria y gratuita.....	85
» —Corrida extraordinaria (31 de Mayo).....	97
1887.—Alternativa de *Guerrita*.....	103
1889.—Primera de abono..... ...	109
» —Cuarta de abono.....	121
» —Décima de abono.....	131
1890.—Quinta de abono.....	139
» —La despedida de *Frascuelo*.....	151
1891.—Corrida extraordinaria (mes de Marzo).....	163
» —Corrida de Beneficencia.....	175
1892.—La corrida del domingo (tercera de abono).....	181

Páginas

1892.—Cuarta de abono..... 187
» —Lagartijiana (octava de abono).. 197
1893.—Primera de abono..... 209
» —La despedida de Rafael..... 219
1894.—Sexta de abono..... 231
» —Séptima de abono..... 239
» —Novena de abono (cogida y muerte del *Espartero*)..... 247
» —Duodécima de abono..... 259
1895.—Sexta de abono..... 267
» —Séptima de abono (dedicada al Duque de San Fernando)..... 277
» —Corrida extraordinaria (11 de Junio) 289
1899.—Tercera de abono..... 303
» —Corrida extraordinaria..... 315
» —Novena de abono..... 325
» —Décima de abono..... 333
Notas..... 343
—Dos opiniones..... 355

OBRAS DE PASCUAL MILLÁN

	Ptas.
Iconografía calderoniana. — Homenaje á Calderón.—(Agotada).....	50
La Escuela de Tauromaquia de Sevilla.—4.ª edición.....	3
Los toros en Madrid.—Estudio histórico.....	4
Corazón y brazo.—Novela.....	3,50
Menudencias.—Idem.....	3
Fuerza mayor.—Idem.....	3,50
Los novillos.—Estudio histórico.....	4
Tipos que fueron.—Estudio.....	1,50
Falstaff. — (Bajo el pseudónimo de *Allegro*.)—Estudio crítico.....	1,50
González Pérez y Compañía.—Novela.....	3,50
Biarritz y sus cercanías. — Notas é impresiones.....	4
Quince bajas.—Drama en tres actos...	2

	Ptas.
Caireles de oro.—Toros é historia.....	4
Los toros en el siglo XIX.—(Número extraordinario de *Sol y Sombra*).....	0,50
Miguel Andrés.—Drama lírico en tres actos.....	2
Trilogía taurina.—Primera parte.—En la Redacción.....	3
—Segunda parte.—En la Plaza.....	4

RETURN TO → CIRCULATION DEPARTMENT
202 Main Library
LOAN PERIOD 1 2 3

YB 4[redacted]

442827

Milan

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

U.C. BERKELEY LIBRARIES

4193892